Orfanato Corazón Asustado



PATRICK LOGAN


Sacred Heart
ORPHANAGE
PATRICK LOGAN

Orfanato Corazón Asustado

La serie embrujada

Libro 5

Patrick Logan

Prólogo

HACE TREINTA Y UN AÑOS

Los diecinueve niños, de edades comprendidas entre los tres años y los veintitantos del mayor, se sientan pacientemente en sus pupitres. Eran una colección ecléctica de individuos de todas las clases y credos.

Pero a pesar de sus diferencias, todos tenían dos cosas en común: todos eran huérfanos y uno de sus padres había sido Guardián

Hasta que Leland los asesinó.

La mujer que dirigía la clase era severa y hábil, se cebaba con los niños independientemente de su edad o procedencia, y les hacía trabajar más duro en cada lección. No era una persona mezquina, ni mucho menos, pero no había tiempo para mimos; era muy consciente de la gravedad de lo que tenían entre manos, de la responsabilidad a la que estaban destinados aquellos niños y niñas -en su mayoría varones-. Aunque no había sido idea suya crear el orfanato, y aunque al principio se había resistido, cuanto más enseñaba a estos niños, más sentido tenía para ella.

Después de todo, el número de Guardianes que quedaban en este mundo era peligrosamente bajo; no todos habían adquirido la particular tenacidad de Sean para sobrevivir, su capacidad para resistir el envejecimiento.

Y los pocos que quedaban estaban siendo cazados.

La mujer levantó la cabeza y miró a los diecinueve niños, cuyos querubines rostros eran más coloridos que todas las sombras que existían en el orfanato del Sagrado Corazón, abandonado hacía mucho tiempo.

No todos llegarían a ser Guardianes, eso era seguro, a pesar de la incertidumbre de prácticamente todo lo que hacían en el Sagrado Corazón. Algunos se frustrarían o, peor aún, se aburrirían y abandonarían el orfanato al cumplir los dieciséis años. La mujer no podía hacer nada para impedirlo y, aunque hubiera podido, habría resistido el impulso. Lo último que querían hacer era entrenar a un Guardián que no hubiera sido completamente investigado.

Un escalofrío la recorrió.

Lo último que querían era otro Leland.

Antes de que Leland rompiera filas, las cosas habían seguido una rutina establecida: diecinueve Guardianes para vigilar la Médula, para enviar a la quididad reacia a sus orillas, para asegurarse de que todos los que iban se quedaban allí, independientemente de la decisión que tomaran.

Era una calle de sentido único, siempre lo había sido, *tenía* que ser

una calle de sentido único.

La alternativa era casi impensable.

Diecinueve Guardianes.

Pero entonces, uno a uno, Leland había empezado a cazar a los demás, asesinándolos mientras dormían, en sus casas, con sus familias, dondequiera que los rastreara.

Crímenes despiadados y brutales que sólo un loco podría justificar.

Sólo quedaba un puñado de ellos, pero si Leland tenía algo que decir en el asunto -y hasta ahora definitivamente lo tenía-, entonces era sólo cuestión de tiempo antes de que sus cartas fueran perforadas también.

Incluida la suya.

Y muy probablemente los huérfanos sentados ante ella, que, contra todo pronóstico, habían logrado escapar de sus garras la primera vez.

"Muy bien, niños", dijo a la clase, tanto en su beneficio como en el de ellos. No le servía de nada pensar en el pasado; los niños que tenía delante eran el futuro.

Golpeó la rama de árbol lijada contra la pizarra verde oscuro, provocando que una bocanada de polvo de tiza se sumara al polvo que ya llenaba el aire. Con un movimiento de muñeca, subrayó el texto en cursiva, ignorando el chirrido que su imperfecta punta producía en la dura superficie. "¿Quién puede leer lo que pone aquí?"

Recorrió los rostros de los niños y sus ojos pasaron del mayor, un chico llamado Kent, a dos de los más pequeños: sus dos hijos.

Al ver que nadie respondía, suspiró y se frotó los ojos con la mano que no sujetaba el puntero, tratando de despejar la suciedad y el polvo que amenazaban con oscurecerle la visión. Luego respiró hondo.

No es culpa suya, se esfuerzan, trabajan *duro. Y ya han pasado por un infierno.*

Y a pesar de sus esfuerzos, las cosas avanzaban demasiado despacio para su gusto. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más probable era que Leland acabara encontrándolos.

Ella no dejaría que eso pasara, *no* podía dejar que eso pasara.

"Es el Libro", dijo en voz baja, instándoles con la mirada.

Un chico de pelo negro y liso levantó la mano.

"*Inter mortuos et vivos*", respondió con un ceceo. Era uno de los huérfanos más jóvenes, apenas tenía cinco años. Lo habían encontrado a un lado de la carretera mientras su casa ardía hasta los cimientos, con los gritos de sus padres aún audibles por encima de los chasquidos y estallidos de la madera ardiendo.

Sean había llegado a él antes de que se dejó caer en el sistema.

"No, no del todo. ¿Alguien más?"

Una pequeña sonrisa cruzó su rostro cuando el chico de pelo castaño corto levantó la mano a continuación.

"¿Sí?"

El chico no levantó la vista.

"*Inter vivos et mortuos*", dijo con su aguda voz de niño de cuatro años. "Significa: Entre la *vida y la muerte*".

La mueca de la mujer se convirtió en una verdadera sonrisa. Una manifestación física de orgullo, si es que alguna vez hubo una.

"Así es, así es. ¿Y a qué se refiere el título?"

"La Médula", susurró el chico, "donde cada persona debe hacer una elección".

"¿Y qué hay en el libro?"

"Una profecía". Su voz era aún más pequeña ahora, apenas audible. "Sobre una grieta, una apertura, y demonios inundando hacia atrás, llegando aquí a la Tierra".

La sonrisa de la mujer se desvaneció y tragó saliva. El chico tenía razón, por supuesto, pero eso no empañaba las imágenes que inundaban su mente.

"Correcto. Ahora, Robert, ¿podrías por favor...?"

La mujer se detuvo bruscamente, inclinando la cara hacia el cielo. Había sentido algo en el pecho, un pequeño temblor, como una arritmia.

Ya lo había sentido antes.

Sus ojos se abrieron de par en par y volvió la mirada hacia la puerta. Una fracción de segundo después, la madera desgastada y alabeada se abrió de par en par y Sean, con la cara roja y la frente bañada en sudor, irrumpió por ella.

"¡Está aquí!", gritó, corriendo hacia ella. "¡Nos ha encontrado!"

De repente, todo el cuerpo de la mujer se sintió como si estuviera envuelto en hielo.

Leland está aquí, mi marido nos ha encontrado.

Dejando a un lado el miedo, la mujer se volvió hacia los niños, cuyas expresiones coincidían con la suya: puro horror. Dudaba que supieran a quién se refería Sean, pero estaban reaccionando ante *ella*.

Y estaba reaccionando a la sensación casi aplastante en su pecho.

Está aquí.

La mujer trató de calmar su corazón, ahora acelerado, de contener sus emociones, de dirigir a los huérfanos para que se comportaran de forma ordenada, como si estuvieran sometidos a un simulacro de incendio.

Está aquí.

Falló.

"¡Levántate!" gritó la mujer. "¡Levántate de una puta vez y *corre!"*

Parte I - Los muertos también piensan

Capítulo 1

Edward Gray, conocido por casi todo el mundo como Ed el Narizotas, había visto muchos crímenes atroces en sus doce años como detective de Nueva York.

Al fin y al cabo, había trabajado en un caso en el que un hombre había asesinado a dieciséis personas a lo largo de una década, había troceado sus cuerpos y los había dejado por Central Park como comida para palomas.

Probablemente nunca lo habrían atrapado, si no hubiera sido porque una gaviota demasiado entusiasta cagó un dedo índice entero en el centro de un flash mob.

Pero de algún modo, este caso era peor*,* quizá el peor.

Algunos decían que trabajar como detective de homicidios te endurecía, te condicionaba a los peores tipos de crímenes, de depravación humana, que convertía a un ser humano que respiraba vivo en una cáscara orgánica de ser.

Pero no Edward. En todo caso, su trabajo le había convertido en una persona más compasiva, que se preocupaba mucho por sus semejantes, víctimas e incluso agresores. Cuando compartía esta opinión, la respuesta más común, incluida la de su antiguo compañero Pauley Ruddick, era siempre en forma de pregunta: "¿Por qué *te preocupas tanto? ¿Por qué te esfuerzas tanto por ser* bueno cuando hay *tanto* mal *a nuestro alrededor?*

Ed había reflexionado mucho sobre su respuesta a lo largo de los años y, sin embargo, lo único que se le ocurrió fue de naturaleza infantil, un pequeño paso por encima del "*porque sí*".

Ed acaba de dar la vuelta al guión, planteando exactamente la misma pregunta a Pauley, sólo que ha cambiado la palabra *hacer* por *no hacer*.

'¿Por qué no *te importa tanto?'*

Como era de esperar, esta respuesta había vuelto casi loco a Pauley, lo cual, por supuesto, nunca había sido su intención. La verdad era que, en el fondo, Ed sabía que todo el mundo era esencialmente bueno. La evolución los hizo así; el altruismo, la generosidad, el cuidado, el amor... eran características incorporadas al alma humana, un subproducto necesario de la evolución que facilitó su éxito como especie.

¿Y los despreciables asesinos, violadores y terroristas con los que había tratado a lo largo de los años?

Ed también los consideraba buenos. Sólo que estas personas tenían una enfermedad, una para la que el sistema penitenciario definitivamente no era una cura.

El simple hecho era que no había cura para lo que aquejaba a estas personas, al menos no todavía. Estaban enfermos, simple y llanamente. Y sin embargo, aún tenía un trabajo que hacer, la obligación de mantener a la población a salvo de estos infectados.

Ed se quedó mirando la fotografía de la mujer que yacía en la jaula. Era un primer plano de su rostro y quizá la imagen más inquietante. Las otras tres personas que habían visto las fotos -el fotógrafo, la policía que las descubrió y, por supuesto, su jefe, Gerry Trudemont- habían dicho que las manos de la mujer, mordidas y *carcomidas hasta el hueso, eran* lo peor.

Ed no estaba de acuerdo.

En el primer plano de la cara de la mujer, sus ojos estaban abiertos lo justo para que él pudiera distinguir las semilunas inferiores de sus iris grises, sus mejillas estaban demacradas y cetrinas, y su boca, antaño bonita, estaba abierta como por afecto.

Sus ojos, eso era lo que más le afectaba a Ed. Sabía que los ojos de aquella mujer habían visto su muerte inminente, su perdición, y que ella no podía hacer nada más que aceptar aquella horrible realidad. Ed no estaba seguro de cuál era la peor forma de morir, y a pesar de haber oído a lo largo de los años que ese dudoso título lo ostentaba el ahogamiento, no estaba tan seguro. Era una tarea de tontos intentar averiguarlo, ya que nadie había vuelto con un informe detallado de lo que se sentía al morir. En cualquier caso, estaba bastante seguro de que morir de hambre, que tu cuerpo se comiera a sí mismo desde dentro hacia fuera, no era una buena manera de morir.

Con un suspiro, cogió el vaso de poliestireno con café rancio y bebió un trago. Estaba frío y tragó el lodo con una mueca.

La lógica decretó que el hombre que había hecho esto a la mujer de la fotografía era un psicópata, alguien que tenía un historial de tales actos. Y por extensión, la lógica también decretaba que una persona así no se levantaba e iba cuando tenía lo que probablemente consideraba una comida perfecta esperándole en casa.

Y luego estaban los gastos pagados para crear el falso suelo, la jaula, el intrincado montaje.

Y eso no decía nada de las cintas que habían encontrado.

Las de las otras víctimas, las de Michael Grant Young comiéndoselas vivas.

Edward se estremeció y sus ojos se clavaron en la imagen ampliada de Michael que aparecía en su tarjeta de identificación laboral.

Está enfermo, un hombre muy, muy enfermo. Pero no es una mala persona.

Esta vez, sin embargo, le costó convencer a su voz interior. Michael tenía el aspecto típico de Wall Street: alto, moreno, guapo, perfectamente arreglado. Ropa cara, coches caros, condominio caro,

gustos psicopáticos. Un auténtico psicópata americano del siglo XXI.

"¿Dónde has ido?" murmuró Ed. "*¿Por qué te fuiste*?"

Cuando se trata de psicópatas como Michael, las dos respuestas más probables son o que fue encarcelado por otro delito, o que conoció a alguien más malo que él.

Pero, por lo que Ed podía ver, ninguno de los dos era el caso de Michael.

"Ed, voy a almorzar una buena salchicha callejera. ¿Quieres?"

Ed levantó la vista de las fotos y se frotó los ojos.

El detective Hugh Freeman era el más joven de su distrito, pues acababa de ser nombrado detective hacía tres meses. Estaba demasiado joven para ocuparse de ningún caso; en su lugar, trabajaba como ayudante en el futuro inmediato. Ed se dio cuenta de que no se parecía en nada a Michael, salvo, claro está, en el pelo rubio desgreñado. Hugh tenía unos treinta años, era guapo, estaba en forma y gozaba de buena salud, a pesar de la carne de la calle.

Ed pensó en su propio cuerpo, en el hecho de que a sus más de cuarenta años había bebido un poco más de la cuenta y ahora tenía al menos veinte kilos que perder, todos ellos concentrados alrededor de la cintura. Y mientras los trajes de Michael y Hugh eran probablemente a medida, Ed llevaba el mismo abrigo deportivo de mezcla de lana que había usado durante años.

Hugh agitó una mano sobre el escritorio de Ed.

¿"Ed"? ¿Te encuentras bien? Me quedé un poco dormido".

Ed se quedó mirando.

"Bueno, voy a por una salchicha". Pasó un pulgar por encima del hombro para indicar que se iba. "¿Quieres una? ¿Quieres algo? ¿Algo para llenar ese neumático tuyo?"

Ed sonrió satisfecho, pero negó con la cabeza.

Bastardo sarcástico. Espera a que lleves en el juego tanto tiempo como yo... ya veremos entonces quién parece un extra en Baywatch.

"Estoy bien", respondió. Sus ojos se desviaron hacia la fotografía del rostro de la mujer, hacia sus fríos ojos grises. "No tengo hambre. Cuando vuelvas, ven a verme, ¿vale? Quiero enseñarte algo".

La cara del hombre se iluminó. Estaba ansioso por llegar, lo cual era otra diferencia entre ellos; el trabajo también había enseñado a Ed a ser un maestro de la paciencia.

Pero no podía culpar al hombre por ser entusiasta. Mierda, él había sido así una vez.

Cuando Hugh se marchó, Ed volvió a centrar su atención en la fotografía de Michael Young.

Puede que estés enfermo, pero aún así tienes que pagar por lo que has hecho. Y te encontraré, Michael, no importa dónde estés.

Capítulo 2

"***¿Qué eres qué?*" Robert casi** gritó. No podía creer lo que oía. No tenía sentido... y era lo último que habría pensado que saldría de la boca de Shelly en aquel momento. Una fracción de segundo antes de enfrentarse a ella por la fotografía que había encontrado de ella en la iglesia del padre Callahan, había soltado *esa* bomba.

Dice que está embarazada, dijo Helen dentro de su cabeza.

"Gracias", respondió con una mueca.

Shelly le miró como si tuviera una crisis esquizoide que recordaba a Andrew Shaw.

"Dije que estaba embarazada, Robert. No sé cómo sucedió".

Cal dio un paso adelante, con la cara redonda de un tono blanco inhumano. Parecía haber visto un fantasma... o muchos.

"Chicos, tenemos que hablar de esto más tarde. Primero, tenemos que deshacernos de este cuerpo, antes de que la mierda vuelva. Y luego tenemos que averiguar cómo demonios vamos a recuperar a Allan".

Al oír el nombre del chico, Robert miró hacia el lugar cerca del centro de la habitación donde había estado antes de que la quiddity lo rodeara con sus brazos.

¿Cómo coño...?

Entonces recordó a Helen y el hecho de que había sido ella quien había enviado a Allan por su camino, y Robert detuvo el pensamiento antes de que fructificara.

No había sido ella; había estado bajo el control de Carson o de Leland.

A pesar de sus mejores esfuerzos, se dio cuenta de que iba a tener que hacer un mejor trabajo para mantener sus pensamientos para sí mismo; su mente parpadeó de color naranja.

Lo prometiste, le recordó Helen. *Prometiste que me enviarías de vuelta.*

Robert sacudió la cabeza, tratando de recuperar cierta apariencia de control, de fortalecer su tenue control sobre la cordura.

"Joder... ¿embarazada? ¿Estás segura?"

Shelly le miró, con expresión agria.

"Estoy seguro. Y esta no es exactamente la reacción que esperaba".

Robert se mordió la lengua. Tenía tanto que decir, y aún más que preguntar, pero ahora no era el momento.

Cal tenía razón, tenían que hacer algo con el cadáver humeante con la camiseta de Mickey Mouse que yacía detrás de ellos.

Shelly, como si estuviera en su cabeza en lugar de en la de Helen, abordó la cuestión con su característica franqueza. "Quémenlo".

Esta vez, sin embargo, Robert no sintió la necesidad de reprenderla

por su insensibilidad. Tenía razón. Recordó algo que Sean había dicho durante una de sus visitas anteriores, sobre enterrar el cuerpo a suficiente profundidad o incinerarlo. Cualquiera de las dos cosas funcionaría.

Sean.

Sólo pensar en el nombre de aquel hombre le hacía hervir la sangre.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza y volvió su atención a la tarea que tenía entre manos.

Quemarlo significaría, por supuesto, que Leland volvería a tener a otro de sus horribles secuaces en su lado de la Médula, pero no había nada que pudieran hacer al respecto. Además, era mejor con él *allí* que *aquí*.

También tiene a Amy y Allan.

"Joder", refunfuñó, apretando los dientes contra la frustración que amenazaba con volver a ponerlo furioso. Todo era un ciclo interminable: los malos venían a matarlos, o peor aún, a utilizar a Robert para abrir la grieta, y si ganaban los buenos, los malos sólo conseguían un billete de primera clase para volver con su malicioso líder.

Lo menos que podía hacer Robert era enviarlos como holocaustos.

"Quémalo", dijo con un movimiento de cabeza, apartando de momento los pensamientos sobre Sean, sobre Shelly y su embarazo. "Cal, ¿quieres agarrar una pierna y yo agarro la otra?"

Cal asintió y juntos se acercaron al cuerpo caído del hombre. Robert trató de no mirar directamente al agujero en el centro del cuerpo, el orificio abierto que borraba la cara de Mickey Mouse.

Justo cuando se agachó para agarrar uno de los tobillos regordetes del hombre, volvió a levantarse al instante.

Con todo lo que había pasado esta noche, y él tan cegado por intentar salvar a Shelly y Allan, y luchar contra Carson, ni siquiera se había parado a pensar de dónde había salido el disparo... o, quizá más importante, quién lo había hecho.

Sus ojos se desviaron hacia la ventana destrozada del fondo de la habitación y se asomó a la noche.

Sólo vio una fina media luna que proyectaba rayos neblinosos sobre la finca de Harlop.

Preparándose para la sangre, Robert se volvió hacia el enorme agujero en el cuerpo del gordo.

No era una bala de pistola normal; mierda, ni siquiera era de una ametralladora como las que los hombres habían usado en Seaforth. No, se trataba de un rifle de alta potencia de algún tipo, claramente de grado militar.

Y a Robert sólo se le ocurría una persona que pudiera tener acceso

a un arma así, o incluso saber cómo usarla.
"¿Recoges un amigo en tus viajes, Robert?" preguntó Cal, claramente pensando lo mismo.
Robert negó con la cabeza.
"No, no un amigo. Pero estoy bastante seguro de saber quién disparó. Lo único que no entiendo es *por qué... y* por qué no hizo otro", respondió, pensando en cuando el otro hombre se le había echado encima y le había arrancado parte del dedo de un mordisco.
Recordar el chasquido que habían hecho los dientes del hombre al romperle la piel le hizo revolverse el estómago, y evitó mirar directamente a ninguna de sus propias heridas.
En el fondo, sabía que la oreja, el estómago, el tobillo, el pecho y el dedo le iban a provocar agonía en los próximos días, pero con todo lo que había pasado, culminando con el embarazo de Shelly, casi parecía algo secundario.
Estaba entumecido.
"¿Quién era?" Preguntó Shelly, acercándose a ellos. Seguía sin camiseta y él no pudo evitar mirar su vientre desnudo. No era un bulto, en sí, sólo un poco de piel extra alrededor de su medio.
Pensando en el pasado, recordó la última vez que habían tenido relaciones sexuales, la primera vez que Allan había llegado a la finca, y se dio cuenta de que ella debía llevar ya unos cuatro meses.
Tragó saliva. Todo estaba sucediendo muy rápido.
"¿Robert? ¿Quién mató a esta puta escoria?" preguntó Shelly mientras caminaba justo encima del hombre en el suelo. A diferencia de él y de Cal, ella no parecía tan perturbada por los eslabones de vísceras que se derramaban del cuerpo del hombre.
Probablemente porque estaba feliz de que se hubiera ido.
Si hubiera entrado unos minutos más tarde...
Robert se lo quitó de la cabeza.
"Te lo diré más tarde, pero por ahora, ¿por qué no vas y te das una ducha? Límpiate. Cal y yo nos ocuparemos del cuerpo".
Shelly frunció los labios y él temió que volviera a obstinarse, que se negara por principios, aunque sólo fuera eso. Pero cuando ella habló a continuación, se dio cuenta de que había juzgado mal su reacción.
"¿Es seguro?", preguntó en voz baja.
Robert volvió sus pensamientos hacia su interior. Ya no sentía ninguna presión en el pecho, en su núcleo, y no tenía la sensación de que el tiempo se ralentizara.
Y como confirmación adicional, los pensamientos de Helen imitaron los suyos.
"Es seguro", respondió. Se aclaró la garganta y repitió la frase. "Es seguro, Shel".
Shelly asintió, y fue como si esa simple frase le restara energía.

Parecía agotada.

Sin decir nada más, se giró y salió de la habitación, dejando a Robert mirando cómo se iba.

Embarazada.

Robert negó con la cabeza, se agachó y agarró con ambas manos el tobillo gordo del hombre. Luego se volvió hacia Cal.

"¿Listos? Vamos a quemar a este cabrón, enviémoslo de vuelta al infierno".

Capítulo 3

"**¿Alguna vez has estado en** un caso como este? Quiero decir, como gruñón, ¿alguna vez has visto algo tan malo?" Ed preguntó, con los ojos fijos en la carretera.

"Nada tan grave, no", admitió Hugh. Por el rabillo del ojo, Ed vio que el hombre se encogía de hombros. "Tuvimos un caso que se enfrió después de quince años antes de ser resuelto. Una mierda bastante jodida, niños desaparecidos y todo eso. Pero nada como *esto*".

Ed permaneció en silencio; su pregunta había cumplido su propósito. Había sido diseñada para ver si Hugh era consciente de lo jodida que era en realidad toda esta situación: un hombre manteniendo a mujeres en su mazmorra de sótano, en una jaula, comiéndoselas mientras aún estaban vivas.

Fue increíblemente *jodido*.

La actitud indiferente de Hugh sugería que, o bien estaba en estado de shock, o bien este tipo de mierda no molestaba a la generación más joven de la forma en que afectaba incluso a alguien tan experimentado como Ed. En cualquier caso, al menos significaba que el hombre sería capaz de funcionar.

Sin embargo, aún estaba por determinar si sería útil o no.

Al pensar en los detalles de los horribles crímenes cometidos por Michael Young, Ed pisó el pedal un poco más fuerte. Su larga relación con los medios de comunicación se había tensado al máximo con este caso; tuvo que ir a ver a algunos de los altos cargos para asegurarse de que los detalles se mantuvieran en secreto. Filtrar pequeños fragmentos de información como migas de pan no era lo que más les gustaba hacer a los medios de comunicación, y Ed sabía que sólo era cuestión de tiempo que saliera a la luz toda la historia.

En los últimos años, Ed había visto cómo las noticias pasaban de los sutiles matices de una novela de John LeCarre a una película de Michael Bay: choques y explosiones y toda la sustancia de una escuálida alita de pollo.

Y ahora no sólo había que enfrentarse a los medios de comunicación. Sólo hacía falta un cabrón con un móvil y un micrófono de largo alcance, y se acababa la historia. Cuando el público se enteró de los horrores en Wall Street, el hecho de que un animal como Michael Young vivió entre ellos, en sus narices, bueno ... podía ver el titular ahora: Horror en Wall Street.

Meh, la creatividad no era su fuerte.

Esa era la cuestión; el público en general quería creer que crímenes como este ocurrían como en las películas: un paleto mutante enterrado en lo más profundo del bosque que asesinaba y torturaba sólo a

aquellos que venían a llamar.

Como si el hecho de que alguien sea curioso le hiciera merecedor de su destino, o al menos eso se decía a sí mismo.

Pero Ed lo sabía mejor.

En todos sus años, no lo había visto. El mito del asesino ermitaño era simplemente eso: un mito.

En la mayoría de los casos, el autor era un sociópata que llevaba una vida normal y que, en virtud de su enfermedad, causaba estragos en personas que ni siquiera conocía.

Y esto era aterrador para la mayoría de la gente, casi impensable.

"¿Adónde vamos?" preguntó Hugh, rompiendo el incómodo silencio dentro del coche.

Ed suspiró.

"Vamos a la oficina de Michael."

¿"Su oficina"? ¿Por qué? La policía local ya ha hablado con todos sus colegas, nada que hacer. Trabajaba solo, como sugiere el perfil".

Ed conocía bien los hechos del caso, así que decidió no responder. Hugh le siguió, y el resto del trayecto hasta el despacho de Michael transcurrió en silencio, lo que a Ed le pareció bien. Hugh, en cambio, parecía incómodo; el hombre jugaba con su teléfono, se movía en su asiento, hacía prácticamente todo lo que podía hacer menos romper el silencio.

El centro de la ciudad era un atasco predecible, pero cuando Ed tomó un camino lateral que claramente no conducía a la oficina del hombre, Hugh no pudo contener la lengua por más tiempo.

"Su despacho está en la 31", dijo con naturalidad.

Ed optó por permanecer en silencio. Acercó su Taurus a un pequeño aparcamiento, medio subido al bordillo para no bloquear el tráfico en la estrecha calle, y detuvo el coche. Luego abrió la puerta, pero antes de salir, Hugh lo llamó.

"Mira, no quiero ser grosero, Ed. Te respeto a ti y a tu nariz -quizá no tanto a tu vestuario-, pero no veo cómo esto me ayuda a aprender el oficio. Quiero decir, si ni siquiera me hablas... ¿qué se supone que debo hacer?"

De espaldas a Hugh, Ed se permitió una pequeña sonrisa.

"Escucha, Hugh. Sólo mira y escucha".

***

El parque estaba tranquilo, lo cual era bueno, pues significaba que si Michael quería hablar con alguien fuera de su vista, pero no quería alejarse tanto de la oficina que no pudiera volver después de comer, ése sería el lugar.

Pero lo que era obvio para Ed parecía estar por encima del nivel

salarial de Hugh.

"¿Qué estamos haciendo aquí, Ed?"

Ed sacudió la cabeza, deseando que el hombre se callara y se quedara sentado en silencio. Llevaban casi una hora sentados en distintos bancos, siguiendo sus instrucciones, con dos vacíos entre ellos. Durante ese tiempo, varias personas habían pasado por el parque, pero a pesar de ser mediodía, nadie se había acercado a sentarse. A Ed le estaba entrando hambre y, aunque tenía mucha más paciencia que su compañero, no sabía si podría aguantar más de una hora o dos sin meterse algo en la barriga.

Pero cuando la mujer de unos ochenta años, vestida con una chaqueta de Gucci, las orejas y la garganta adornadas con perlas, entró en el parque, supo que no tendría que esperar mucho más.

Miró a Hugh, que le devolvió la mirada enarcando una ceja. Ed le tendió la mano, indicándole que no se moviera. Por el momento, la mujer no se había fijado en ninguno de los dos, lo cual era otra buena señal. Significaba que el parque estaba normalmente tranquilo, que la mujer que llevaba las gafas de sol de gran tamaño no esperaba ver a nadie.

Lo que también significaba que si alguien *hubiera* estado aquí -un agente de poder elegantemente vestido, por ejemplo- entonces ella podría haberse fijado.

La mujer paseó a su pequeño perro hasta un trozo de hierba a menos de tres metros de donde Ed estaba sentado en el banco.

"Vamos, Tootsie, haz tus cosas. Mamá no tiene todo el día".

El perro, una pequeña bola de pelo marrón, hizo un pequeño círculo, luego se puso en cuclillas sobre sus pequeñas y temblorosas ancas y dejó caer un trozo de mierda del tamaño de una moneda de diez centavos sobre la hierba.

"Es una buena chica", dijo la mujer, a lo que siguieron unos arrullos ininteligibles.

De repente, Tootsie levantó la vista y, cuando sus ojos negros y brillantes se cruzaron con los de Ed, ladró.

"¿Qué...?"

Entonces la mujer vio a Ed y a Hugh, y si su cara no se hubiera sometido a docenas de operaciones de cirugía plástica a lo largo de los años, habría esperado que se le cayeran los rasgos. En lugar de eso, se irguió y se subió las gafas de sol a la nariz.

"Vamos, Tootsie, vámonos", dijo rápidamente, dando un tirón de la correa del perro. El perro permaneció inmóvil. "Tootsie, ¡he dicho que nos vayamos!"

Como Tootsie seguía sin hacer caso, se apresuró a cogerla en brazos.

"¡Señora! ¡Señora!" Dijo Ed, finalmente levantándose. Hizo un gesto

a Hugh para que le siguiera.

"¡Lo siento, no tengo cambio!", le gritó la mujer, girando rápidamente sobre sus talones.

Ed ahogó una risita. Quizá su abrigo deportivo *era* así de malo.

"Señora, por favor, sólo tengo unas preguntas".

La mujer no miró atrás, sino que arrastró los zapatos Louboutin por la acera y salió del parque.

"¡Déjame en paz! Llamaré a la policía... lo juro, gritaré".

Ed se apresuró a seguirla. A pesar de que debía de rondar los ochenta años, cuando la alcanzó ya respiraba con dificultad.

Debió de oírle acercarse, porque cuando estuvo a menos de medio metro, se dio la vuelta.

Ed casi esperaba que sostuviera una lata de Mace entre sus finos dedos. Por suerte, solo era un teléfono móvil.

"¡Policía! Llamaré..."

Ed mostró su placa de detective.

"No hace falta, señora; ya estamos aquí".

Capítulo 4

El olor era horrible, pero Robert no se atrevía a alejarse del cuerpo.

Quería asegurarse de que todo se quemara.

Robert sabía que los huesos no se reducirían a cenizas, no arderían en la hoguera improvisada que habían construido en el patio trasero, pero tenían planes para después.

Pero el resto sí.

En ocasiones como ésta se alegraba de que la finca Harlop estuviera tan aislada. Para cuando las densas y oscuras nubes procedentes de la grasa de extracción de Jonah Silvers llegaran a cualquiera de los vecinos, ya se habrían disipado en la atmósfera.

Como mucho, alguien podría pensar que estaba celebrando una barbacoa a medianoche; extraño, pero no extraño como para "llamar a la policía".

Y, sin embargo, esto le ofrecía poco consuelo. Habría mentido si hubiera dicho que, de pie junto al cadáver mientras el vello del pecho del hombre crepitaba y se consumía y sus ojos chisporroteaban antes de estallar, su nivel de comodidad ante lo que era innegablemente grotesco no era inquietante.

Qué lejos había llegado -o se había perdido- desde que era contable de Audex Accounting.

"¿Quién era, Rob?" preguntó Cal en voz baja. Al igual que Robert, sus ojos estaban fijos en el cuerpo en llamas, pero a la luz del fuego, Robert sabía que el hombre seguía muy afectado por lo que había ocurrido dentro de la finca Harlop.

Era extraño, ya que Robert tenía más constitución que su mejor amigo.

Robert se mordió el labio un momento antes de contestar. Había abandonado tanto a Cal como a Shelly porque no quería que se involucraran más en este lío de lo que ya estaban. Pero al final, fue su regreso lo que los había salvado.

Ha vuelto sin un trozo de oreja, con un corte en el centro del pecho, un tobillo torcido y ahora sin un dedo, pero ha vuelto.

Y ahora que Shelly estaba embarazada, no podía imaginarse volver a dejarlos pronto.

Parecía que estaban juntos en esto.

Para bien o para mal, eran un trío.

Trío...

Sus pensamientos se volvieron hacia Allan y la expresión de puro horror en su rostro al desvanecerse.

Deberíamos ser un puto *cuádruple.*

Una luz naranja parpadeó en su mente.

Quint, le recordó Helen, *pero esperemos que no por mucho tiempo.*

Robert asintió.

Cuando el silencio se prolongó demasiado, Cal se volvió hacia él.

"¿Qué ha pasado ahí fuera, Robert? ¿Adónde fuiste?"

Debería haber sabido que el arrebato de Cal ante Seaforth era lo más lejos que el hombre llegaría. Cal era ferozmente leal, y aunque albergaba un oscuro secreto propio, Robert sabía que siempre estaría a su lado.

A pesar de su lealtad, había dolor en la voz de su amigo, dolor y traición.

Robert suspiró.

"Encontré el libro, Cal. Tenía el..." Levantó las palmas de las manos y miró hacia el cielo. A través del espeso humo negro, vio una salpicadura de estrellas en el cielo nocturno. Durante un breve segundo, le recordaron a las motas del Mar de Tuétano que aparecían cuando cerraba los ojos, salpicando la oscuridad de pimienta.

"Tenía el *Inter vivos et mortuos* en mis manos, Cal. En mis..." Se le quebró la voz y contuvo las lágrimas. "-En mis manos tenía el libro. Y entonces me lo arrebataron. Ese *cabrón de* Sean y sus hombres...". Dejó que se le escapara la frase.

El mismo bastardo que nos salvó a Shelly y a mí de Jonah Silvers.

Por un momento, Cal no dijo nada. Luego respiró hondo y respondió en voz baja.

"¿Qué te parece, Robbo? ¿Qué crees que este libro va a hacer por ti? ¿Por qué es tan importante?"

La respuesta cogió desprevenido a Robert.

"¿Qué hará por *mí*? No, no, no para *mí, para ella*, Cal. En él, hay una manera de recuperarla. Lo sé".

"¿Lo *sabes*? ¿Cómo lo sabes? Mira, entiendo que eres especial y todo eso, Robbo, pero ¿cómo lo sabes? Es sólo un puto libro".

"No es *sólo* un libro, Cal. Era una forma de recuperar a Amy".

Cal se encogió de hombros; no necesitaba decir nada más, porque Robert no había respondido a su pregunta ni la primera ni la segunda vez.

La verdad era que Robert no podía responder porque había algunos secretos que aún se negaba a compartir.

¿Cómo lo sé? Lo sé porque el Padre Callahan me dijo que consiguiera el libro. Me lo dijo justo antes de que le disparara en la cabeza.

Así es como lo sé.

A Robert no se le escapaba la ironía de que Cal, el de las teorías conspirativas que van desde que el 11-S fue un trabajo desde dentro hasta los chemtrails, intentara hacerle entrar en razón.

Pero eso tampoco le daba la razón.

Se oyó un chisporroteo y las llamas se apagaron de repente. La ropa y la piel de Jonás habían desaparecido, y la humedad de sus órganos debajo había calmado el fuego. Cal caminó un par de pasos detrás de ellos y cogió un bidón de gasolina. Luego regresó y se inclinó sobre el cuerpo humeante. Tras lo que pareció un momento de contemplación, vertió todo el bidón sobre las llamas.

El fuego era tan ardiente y brillante que Robert se vio obligado a protegerse los ojos. El ardiente chapitel sólo duró unos segundos antes de que todo el gas desapareciera de nuevo, dejando a su paso una silueta incandescente de lo que una vez había sido Jonás Silvers.

"No quiero sonar insensible, Robbo, de verdad que no... no puedo imaginar por lo que has pasado. Quiero decir, mierda, mientras yo he pasado por el infierno, tú has estado allí y de vuelta-dos veces."

Robert no creía que la observación de su amigo mereciera una respuesta, así que guardó silencio. Además, tenía la sensación de que se avecinaba algo más, algo que incitaría una respuesta.

"Pero... pero tienes que dejarlo ir, hombre", Cal hablaba rápidamente ahora, sin darle a Robert la oportunidad de intervenir. "Deja ir a Amy... ha pasado, ¿cuánto? ¿Un año? ¿Dos años? Y ahora que Shelly está embarazada, y que tu puto hermano y algunos de sus psicópatas homosexuales están a por nosotros, ¿no crees que ya es hora de dejarlo ir?".

Robert tragó saliva, tratando de contener sus emociones mientras reflexionaba sobre las palabras de su amigo. Olvidado el preámbulo de toda esta diatriba, luchó por no perder el control.

Calma, ten calma.

Esta vez no sabía si el pensamiento era suyo o de Helen.

Cerró los ojos, pero el fuego seguía ardiendo tras sus párpados.

"Es mi hija, Cal, y está allí, con *él*", fue su única respuesta. En cierto modo, estaba orgulloso de sí mismo por no haber perdido los estribos.

Cal asintió y pateó un trozo humeante de algo hacia el fuego principal.

"Entonces supongo que tenemos que recuperar ese libro", dijo el hombre con sencillez.

Esta respuesta, muy parecida a la suya, sorprendió a Robert, que miró a su amigo, cuyas mejillas estaban bañadas en lágrimas. Tenía tantas ganas de acercarse al hombre, de estrecharlo entre sus brazos, pero algo lo contuvo.

"Cal, quería..."

Pero una voz a sus espaldas le hizo quedarse inmóvil.

"Puedo ayudarte a encontrar el libro, Robert. Puedo ayudarte".

Capítulo 5

"**Dame el** billete, entonces, porque no voy a recoger la basura."

Ed se rió. No pudo evitarlo. La mujer no tenía ni idea.

¿De verdad? ¿Un detective multándola por no recoger la mierda de su perro?

"Escuche, señora, no me importa la mierda de perro, ¿de acuerdo?" La palabrota tuvo el efecto deseado; los labios de la mujer se apretaron con fuerza.

"Entonces, ¿qué es lo que quieres?"

"Yo sólo..."

La mujer levantó la mano que no envolvía al perro, que estaba acurrucado en su brazo como un corredor acunando un balón.

"No, ¿sabe qué? No voy a responder a ninguna pregunta sin la presencia de mi abogado". Como para reforzar la idea, la señora sacudió la cabeza desafiante.

Ed puso los ojos en blanco, lo que, en retrospectiva, fue un error absoluto. Los ojos de la mujer se clavaron en la mano de Ed, que seguía sujetando ligeramente su antebrazo.

Tiró de él como si estuviera escaldado. Algo le rozó el hombro y giró la cabeza.

Era Hugh, y estaba sonriendo, de todas las cosas.

"¿Qué *te pasa?"*, intentó decir, pero el hombre le cortó.

"Ed, por favor, déjame hablar con la amable señorita". Su sonrisa creció, revelando unos dientes perfectamente blancos. "Por favor."

Ed entornó los ojos, se encogió de hombros y se apartó.

De todos modos, esa mujer no iba a hablar con él, así que ¿por qué no dejar que Hugh se llevara la peor parte de su repugnancia por la clase media-baja?

¿Y cómo se atreve una alimaña como el detective Edward Gray a tocar su abrigo Gucci?

"En primer lugar, señora-o señora, ¿prefiere señora?"

Ed enarcó una ceja mirando a su compañero.

¿Señora?

"La señora está bien".

"Sí, de acuerdo, señora. En primer lugar, quiero disculparme por nuestro comportamiento de antes. Hemos estado un poco nerviosos últimamente, eso es todo".

El rostro fruncido de la mujer se mantuvo, pero algunos de los pliegues alrededor de su boca parecían pasar de hendiduras a barrancos.

Es hora de otra inyección de colágeno, señora.

"¿De qué se trata esto, Mr....?"

Hugh sonrió y se apartó un mechón de pelo rubio de la frente.

"Hugh, Detective Hugh Freeman. Y esto es sobre una pregunta o dos..."

Sus ojos volvieron a nublarse.

¿Qué demonios le pasa a esta mujer?

Hugh levantó las manos a la defensiva.

"No, no hay necesidad de alarmarse. Todo lo que mi compañero y yo queremos saber es si vio a alguien aquí hace un par de semanas. Eso es todo. No tiene nada que ver contigo y no tienes ningún problema. De hecho, puedes marcharte ahora mismo, si quieres, y no volverás a vernos. Te lo prometo".

La mujer parecía desconfiada, pero para sorpresa de Ed, no aceptó la oferta de Hugh de marcharse.

"¿Aquí? ¿Si viera a alguien en este parque?"

"Sí. Este parque. Habría sido hace unas dos semanas. Ahora sé cómo la memoria puede..."

"Mi memoria es aguda, joven. Y vengo aquí, por este parque, todos los días a esta hora".

Ahora Ed sonrió satisfecho. Estaba impresionado por la actitud del joven: tranquila, serena, calculada. Hugh era impaciente a más no poder, pero al menos tenía eso a su favor. Ed trató de recordar si alguna vez había sido tan tranquilo.

Dudoso.

Pero, por otra parte, nunca había parecido un surfista con un traje a medida, así que no era exactamente culpa suya.

"Bueno, entonces tal vez puedas recordar hace dos martes..." Miró a Ed. "Mi compañero y yo no estamos seguros, pero podría haber habido un hombre aquí, un hombre con traje, tipo Wall Street, ya sabes el tipo."

La mujer frunció el ceño y ajustó el agarre del perro en el pliegue del codo.

*¿"*El *tipo"*? Mi nieto es uno de los mejores comerciantes in-"

"¿Bonito?"

"Sí."

Hugh deslizó un dedo por la solapa de la chaqueta de su traje.

"¿Viste bien?"

"Sí."

"¿Buenos modales?"

"Por supuesto".

Hugh sonrió de nuevo.

"Ese es el tipo al que me refería. Debe estar muy orgulloso de su nieto".

"Lo estoy."

"Entonces... ¿viste a alguien con esa descripción aquí? ¿Hace dos

semanas?"

Las mujeres parecieron reflexionar sobre ello.

"No, no vi a nadie como mi nieto".

Hugh se encogió de hombros.

"Así que eso es todo, entonces. Muchas gracias por su..."

La mujer levantó un dedo.

"Espera, espera. Había un hombre con traje, pero su corbata estaba desordenada, ¿y su pelo? También estaba desordenado. Mi nieto nunca se dejaría ver así tan cerca de las oficinas".

Ed levantó las orejas. De repente, las cosas se habían puesto mucho más interesantes.

"¿Habías visto a este hombre antes? Quiero decir, en todo tu..." Ed comenzó, pero Hugh levantó la mano, silenciándolo.

"Señora, ¿puede decirme cómo o por qué podría recordar algo así?".

"Bueno, en primer lugar, no suele haber nadie en este parque a la hora de comer, o casi nunca, al menos. Pero eran los otros dos los que estaban con él...". Se estremeció antes de continuar: "Normalmente vengo aquí, dejo que Tootsie haga sus necesidades y vuelvo a mi ático. Pero esta vez, les eché un vistazo y me di la vuelta. Salí de aquí lo más rápido que pude. Esto es Nueva York, ya sabes; nunca se es demasiado cuidadoso".

Ed gruñó.

No sabes ni la mitad.

"Espera, ¿había otros dos hombres con él? ¿Puedes... puedes recordar algo sobre ellos? ¿Algo?"

"Oh, sí, puedo. Como dije, mi memoria está bien, y esos dos... esos dos dejaron una *impresión*".

Hizo una pausa, con la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba y a la izquierda.

"El primero, era una cosa gorda y calva, llevaba una especie de camiseta de Disney, y tenía unos ojos pequeños y brillantes, ¿sabes? Era un hombre malo, me di cuenta desde el segundo en que lo vi. Y no me refiero a robarle el bolso a una anciana". Hizo una mueca, y esta vez se estremeció definitivamente. "Pero el otro... el otro era peor".

"Por favor", dijo Hugh, extendiendo la mano y tocándole suavemente el brazo. "Cualquier cosa que puedas decirnos será muy útil".

"Sí... el otro hombre era delgado, demacrado, parecía que no había dormido en días. Profundos círculos oscuros alrededor de sus ojos, ¿sabes?"

Hugh asintió, animándola a continuar.

"Y estaba... no sé... sonreía mucho, pero sólo con la boca. Sus ojos definitivamente no sonreían. No, no creo que ese hombre haya sonreído realmente en mucho, mucho tiempo".

Hugh miró a Ed y le guiñó un ojo. Un *guiño*, de todas las cosas.

Bastardo engreído.

Pero por dentro, Ed también sonreía. Estaban llegando a alguna parte.

Capítulo 6

Cuando Robert reconoció la voz, inmediatamente levantó las manos.

"¡No disparen!"

Cal, con cara de confusión, se dio la vuelta.

"¿No disparen? ¿Que no dispare? ¿Quién coño...?"

Pero debió de ver algo que le dejó sin aliento.

"¡Tú!", dijo, bajando la voz de un grito a un susurro.

"No... no estoy aquí para hacerte daño", respondió Aiden.

Algo le rozó el brazo y Robert dio un respingo.

"Robbo, date la vuelta."

Robert, al darse cuenta de que era Cal quien le había agarrado, hizo lo que su amigo le indicaba.

Era difícil distinguir mucho, ya que sus cuerpos bloqueaban el resplandor del fuego tras ellos, pero el hombre que estaba ante ellos era sin duda Aiden, con un fajo de mandíbula metido en el labio inferior. Pero había algo diferente en él, algo que no podía identificar.

Pero Robert no tuvo tiempo de pensar mucho en ello; estaba más preocupado por lo que parecía ser un rifle de francotirador colgado del hombro del hombre.

"Tú disparaste a Jonás", dijo Robert en voz baja. Las imágenes del horrible troll encima de Shelly volvieron a él y sintió una punzada en el estómago. "Gracias; gracias por eso".

El hombre no dijo nada; se limitó a escupir un chorro de zumo de tabaco al suelo, entre los dos.

"No, de verdad. No puedo..."

"El hombre me dijo que te vigilara, así que lo hice".

Cal parecía menos agradecido que Robert.

"Sí, ¿y qué hay del otro cabrón? ¿El monstruo que se comió parte del dedo de Robert? ¿Qué hay de él? ¿Qué pasó allí? ¿Y Carson? ¿La perra con el cuchillo? ¿Qué pasa con ellos? ¿Te dijo 'el hombre' que dejaras de dar por culo después de cargarse al gordo?".

"Tranquilo, Cal", dijo Robert, con los ojos aún clavados en Aiden. Había algo en la forma en que la poca luz que le llegaba parecía extraña, como un trampantojo.

Miró a Cal y se dio cuenta de que la luz rebotaba en él con una especie de iridiscencia. Pero con Aiden parecía apagarse.

"No, no me lo pongas fácil. Se suponía que este tipo debía protegernos y falló, carajo".

Las palabras de Cal no hicieron mella en Aiden; de hecho, ni siquiera pareció darse cuenta del enfado del hombre.

"No nos falló", dijo Robert en voz baja. Sintió una agitación en la

mente y un destello naranja.

Helen volvió, pero Robert la empujó de nuevo.

Lo sé.

Cal se volvió hacia él y a Robert le recordó la forma en que se había marchado enfadado ante Seaforth. Cal era un hombre mucho más enfadado de lo que él recordaba. Su mejor amigo siempre había sido un poco raro, deseoso de aferrarse a teorías conspirativas, pero nunca estaba *enfadado*, al menos no así.

"Cálmate, Cal, por favor."

"No, no voy a hacerlo. Este cabrón nos ha *fallado*. ¿Escuchaste eso, pez gordo? Todo tu..."

Robert alargó la mano y apretó con fuerza el brazo de su amigo. El enfado de Cal estaba claramente fuera de lugar; no era como si hubieran contratado a aquel hombre, ni siquiera como si hubieran sabido que estaba fuera de la finca Harlop cuando todo había ocurrido.

"¿Qué coño, Robbo?"

"Cal, cállate."

El rostro del hombre se ensombreció.

"No..."

Robert no le dio ninguna oportunidad.

"No nos falló, idiota. Se falló a sí mismo, protegiéndonos".

Cal retrocedió.

"¿Qué? ¿Qué demonios estás...?"

"Está muerto", dijo Robert rotundamente. "Aiden está muerto".

***

"Me sorprendieron. Bajé la guardia un minuto, tal vez menos, y me sorprendieron. Sabía que él estaba allí, por supuesto, pero no había previsto a la chica. Y Dios mío, era rápida".

Aiden parecía casi apático, aunque Robert no estaba seguro de cómo se suponía que uno debía sentirse o sonar o incluso parecer cuando hablaba de su propia muerte. De hecho, aparte de Helen en su cabeza y quizá el doctor Mansfield, Aiden era la única persona muerta normal con la que había hablado.

"Lo siento, Aiden. Y..." Robert señaló a Cal y Shelly, que estaban sentados en el sofá frente al hombre gris. "-Y queremos darte las gracias por ayudarnos".

Shelly, que parecía casi tan monocroma como el quiddity que tenían enfrente a pesar de haberse duchado y vestido, tragó saliva. Robert se dio cuenta de que quería coger a Aiden para darle las gracias por haberle quitado a Jonah de encima, pero eso, por supuesto, estaba fuera de lugar.

Robert le hizo un gesto con la cabeza y se volvió hacia Aiden.

"¿Por qué... por qué... por qué sabes lo que te pasó? Quiero decir, estabas allí en Seaforth con todos los demás, no tenían idea de que estaban muertos ".

Aiden abrió la boca para contestar, pero para sorpresa de Robert, no eran sus palabras lo que oía, sino las de Helen en su mente, contando su propia historia.

Era un lío confuso. Sabía que algo iba mal, que algo no iba del todo bien, pero no podía ubicarlo. Como una palabra que quieres decir, que quieres decir, pero que no te sale. Y entonces, cuando esa cosa -la Cabra- me habló, no tuve más remedio que escuchar. No sé cómo...

Robert intentó calmarla con pensamientos tranquilizadores.

Helen tenía razón, por supuesto; *era* confuso.

Confuso y abrumador.

Miró a Shelly y, al ver su propio desconcierto reflejado en su cara bonita y redonda, Robert supo que tenía que ser él quien se hiciera fuerte. Ni Cal, ni Shelly, ni siquiera Allan, estuviera donde estuviera.

Pero él.

Robert Thomas *Black*.

"No lo sé", dijo Aiden encogiéndose de hombros. "No lo sé".

"¿Y por qué... cómo volviste tan rápido? Con los otros..."

Aiden volvió a encogerse de hombros y continuó mirando al frente.

Robert se tomó un momento, intentando no enfadar al hombre. Sin embargo, mirándolo a él y a su expresión plana, no estaba seguro de que Aiden fuera capaz de tal emoción.

La mayoría de los hombres, supuso Robert, se habrían enfadado después de lo que le había pasado a Aiden, incluso se habrían puesto furiosos. Pero él no.

Cal entrelazó los dedos, dio unos golpecitos con el pie y se inclinó hacia delante en el sofá. Su tono se había suavizado considerablemente desde su encuentro fuera y Robert pensó que Cal casi había vuelto a ser el de antes.

"Podemos enviarte de vuelta", susurró tan bajo que Robert apenas captó las palabras. "Robert puede hacerlo".

Los ojos de Aiden, antes claros aunque un poco grises, de repente brillaron con oscuridad, como tinta derramada en un vaso de agua de manantial.

"No, no quiero volver, no todavía. Tengo algo que hacer".

Tal vez sea capaz de enfadarse después de todo, pensó Helen. *Pero es un buen hombre, y deberíamos alegrarnos de tenerlo de nuestro lado.*

Robert no podría estar más de acuerdo.

Sólo tenía que averiguar la mejor manera de utilizarlo para encontrar el libro.

Capítulo 7

"¿Crees en fantasmas, Hugh?"

¿"En qué"? ¿En fantasmas? Diablos, no".

"¿Dios?"

Fue una charla pesada durante quince minutos postprandiales, pero Ed estaba tan impresionado por la forma en que Hugh había tratado a la mujer del parque que sintió la necesidad de conocer mejor al hombre.

Y cuando Hugh había utilizado la palabra "compañero", por presuntuosa que hubiera sido, algo había hecho clic en el interior de Ed. No estaba seguro de estar dispuesto a tener otra tan pronto, dado lo que le había ocurrido con la última, pero sin duda era algo que se vislumbraba en el horizonte. Podía ver una buena situación del yin y el yang con el hombre, una pieza complementaria que podría encajar.

Un amigo, tal vez, aunque hacía tanto tiempo que Ed no tenía uno de esos que ya no estaba muy seguro de lo que se sentía.

"No", respondió Hugh. "No, no creo en Dios".

Ed siguió conduciendo, alejándose de la ciudad y acercándose a los suburbios. Dos veces había preguntado Hugh adónde demonios iban, pero su respuesta había sido la misma: vigilar y escuchar.

Y responder preguntas, por supuesto.

No importa lo personal que sea.

"¿Por qué no?"

Hugh se encogió de hombros e inesperadamente se sinceró. Ed había pensado que la generación del hombre era más reservada, con lo de los "lugares seguros" y la gente que se ofendía incluso ante la idea de tirarse un pedo en público, pero estaba claro que Hugh era diferente.

Y eso era bueno, porque Ed también era diferente.

"Supongo que no puedo creer en algo que nunca se ha demostrado, ¿sabes? Todos creemos en Papá Noel, el Conejo de Pascua, el Ratoncito Pérez y otros cuentos de hadas cuando somos pequeños, pero con el tiempo superamos esos mitos. Por alguna razón, sin embargo, este mito, el mito de un Cielo y un Infierno, de Dios y Satanás, persiste. Arraigado en nuestra evolución, supongo, pero un mito al fin y al cabo".

Ed sabía que en los últimos años se había convertido en una moda llamarse ateo o agnóstico, pero la respuesta de Hugh sugería un pensamiento más profundo que el de seguir una moda. Ed miró rápidamente al hombre y trató de asimilarlo, de comprender su esencia. Doce años como detective en Nueva York y nueve más como policía de patrulla le habían enseñado mucho sobre la condición

humana. Y con ese conocimiento adquirió la capacidad de desentrañar al individuo real, subyacente bajo la piel que presentaban al mundo.

Y Hugh parecía ser algo más que una cara bonita y un traje elegante. Había algo en él, algo de sustancia.

"Sabes, miramos atrás a los dioses griegos y romanos e inmediatamente echamos sombra. Ah, eran estúpidos, ¿cómo puede alguien creer que un caballo y un carro arrastran al sol cada mañana? Mi respuesta es siempre que en aquella época tenían más convicción; creían tan plenamente que era real que sacrificaban niños a esas deidades. *Sacrificarlos*. Y sin embargo, por alguna razón, sólo las religiones de hoy son las que son *reales*, entre comillas. Dame un respiro. Es Papá Noel vistiendo largas túnicas y prefiriendo niños pequeños a elfos con trajes verdes".

Ed sonrió satisfecho.

Dime cómo te sientes realmente, Hugh. No te contengas ahora.

Hugh se volvió hacia él, con un breve sobresalto en sus facciones al darse cuenta por primera vez de que Ed le estaba observando.

Se encogió de hombros, como diciendo: "No pasa nada, no quiero ofender".

"¿Y tú?"

Ed apartó la mirada y se guardó las cartas. Aunque era experto en leer a los demás, le gustaba mantener sus propios pensamientos y sentimientos personales.

No siempre había sido así, pero sus ideas de que todo el mundo era bueno, que eso era lo predeterminado y que sólo los errores y las mutaciones hacían que la gente hiciera cosas horribles, habían conseguido que los mandamases más veteranos se pusieran rígidos.

Eran estos comentarios los que probablemente le habían consolidado como detective de carrera, que nunca ascendería en el escalafón.

Pero ahora que él era el mayor, Ed se esforzaba por no juzgar a Hugh.

Se rió entre dientes, tratando de aligerar el ambiente repentinamente oscuro del coche.

"¿Y yo qué?", le preguntó, su estribillo habitual en momentos así. Era muy molesto, lo que se reflejaba en la expresión de Hugh, pero solía funcionar.

Y este caso no fue una excepción.

Condujeron en silencio durante otra media hora, mientras los rascacielos se convertían en oficinas más modestas y luego en edificios de apartamentos. Ed acababa de entrar en una gasolinera cuando Hugh se sobrepuso a su evidente enfado y decidió hablar de nuevo, eligiendo claramente sus palabras con cuidado. Afortunadamente, cambió de tema, volviendo a un enfoque más profesional.

"Entiendo el hecho de que hablar con la mujer no era una pérdida de tiempo... Quiero decir, sabemos que había un hombre que posiblemente podría ser Michael reuniéndose con un tipo gordo calvo y un tipo flaco con ojos no sonrientes en el parque durante su hora de almuerzo, de la que nunca regresó. Me quito el sombrero ante ti; información potencialmente valiosa. Pero tienes que ayudarme aquí... ¿en qué estás pensando? Si fue Michael, ¿quiénes fueron los otros dos? ¿Fueron deudas de juego? ¿Chantaje? ¿Colaboradores? ¿Cómo nos hace avanzar esta información, Ed?"

Ed se lo pensó un momento; sin duda tenía un plan de ataque, una razón, si no una rima, para lo que estaba haciendo. Sólo que no estaba seguro de querer compartirlo con Hugh.

Todavía no.

Cuando Ed no contestó, Hugh suspiró y se quedó mirando por la ventana. No había sido el mejor comienzo de su relación, supuso Ed, pero había algo en idear el plan tú mismo, en encajar las piezas por tu cuenta, que tenía un valor increíble.

Ed recordó una época lejana, cuando sus hijas tenían tres y cinco años. Les encantaban los rompecabezas, y él solía admirarlas mientras trabajaban juntas, intentando encajar las piezas en su sitio. En los rompecabezas fáciles, las niñas se repartían el trabajo. Pero cuando las cosas se ponían difíciles, su hija Haley, de cinco años, tomaba el relevo y Jordynne pasaba a un segundo plano. Haley le decía dónde poner las piezas, la ordenaba incluso. No importaba si la pieza encajaría o no; Jordynne se limitaba a encajarla en su sitio para hacer feliz a su hermana.

No podía estar seguro, pero Ed pensaba que ese simple acto la había moldeado hasta convertirla en lo que iba a ser, que había forjado su personalidad.

La mezcla perfecta de credulidad y abstención.

Tragó saliva con fuerza, intentando apartar la imagen del rostro de su hija menor asomando tras aquellos barrotes de acero, con la cabeza rapada y los ojos hundidos.

El horrible mono naranja.

No quería que eso le ocurriera a Hugh; había algo de *hacerlo* por uno mismo, en lugar de que te lo dijeran o de que te llevaran de la mano mientras juntos saltaban a la conclusión. Y Ed no podía evitar pensar, por muy infantil que fuera, que aquí estaba teniendo una segunda oportunidad con Hugh.

Y pensar que todo esto nació de la carne de la calle, de que Hugh le preguntara si quería una salchicha mientras ojeaba las fotografías.

"Eh, espera", dijo Hugh, con un matiz de excitación en la lengua, "¿no es éste el cajero en el que Michael sacó tres de los grandes la última tarde que se le vio?".

Ed sonrió y salió del vehículo.
Sí, estaba empezando a aprender.
Hugh se apresuró a seguirle.
"Pero, espera, comprobamos la cámara del cajero, nada en ella excepto un Michael Young estresado. No se podía distinguir su coche en el fondo, nada de interés, ni siquiera entró en la estación a mear".
Ed negó con la cabeza.
"No, no lo hizo", dijo Ed. Le dio una palmada en la espalda a Hugh. "Sólo mira y escucha, Hugh. Mira y escucha".

***

"Es todo suyo. Las cintas del martes están ahí arriba", dijo el hombre del bigote de manillar, indicando la pila de cintas de vídeo que había sobre el escritorio de la oficina, en la parte trasera de la tienda. "Cuatro cámaras, dos dentro y dos fuera. Una junto al cajero automático".
"¿Cintas?" Hugh refunfuñó lo suficientemente alto como para que Ed lo oyera. "¿Estos tipos todavía usan cintas?"
Ed le hizo callar.
"Gracias, ¿señor....?"
"Edmonds".
"Huh, Ed y Edmonds."
"¿Perdón?"
Ed negó con la cabeza.
"Nada."
Esa era otra cosa sobre la que Ed tenía fuertes pensamientos: las coincidencias. No ocurrían *porque sí*. El fenómeno Baader-Meinhof y todo eso.
"No sé lo que crees que vas a encontrar, sin embargo. La policía ya lo revisó todo. Y ya hice una declaración: no vi a ningún hombre de traje. Tengo suerte si mi clientela lleva camisa".
Ed se limitó a sonreír y volvió a darle las gracias. Luego guió suavemente al señor Edmonds fuera de la habitación y cerró la puerta.
Volviéndose hacia Hugh, le dijo: "No vas a dejar que un neófito como yo revise las cintas, ¿verdad? Soy más propenso a borrarlas que a encontrar algo en ellas".
Hugh enarcó una ceja.
¿"Cintas"? ¿Crees que tengo experiencia con cintas VHS? ¿Cuántos años crees que tengo?"
Ed se rió.
"Siéntate, empieza con la cámara del cajero, haz una foto de nuestro hombre".
Hugh se volvió hacia las cintas, con las manos extendidas. Su

frustración era palpable.

Asúmelo.

Si algo más había aprendido Ed de este trabajo era que la frustración era casi omnipresente.

Hugh cambió las cintas de sitio. Desde su posición ventajosa cerca de la puerta, Ed sólo podía distinguir la fecha y un número escrito en ellas, que supuso correspondía a la cámara de la que se habían obtenido.

"¿Cuál? Cristo-¿Cuál es el punto de esto, Ed? La policía ya ha..."

"Pon una cinta y empecemos", respondió Ed, apoyándose en un armario marrón oscuro. Vio una lata de Coca-Cola sin abrir encima y la abrió. La carbonatación le hizo cosquillas en la lengua. "Vamos a estar aquí un rato, y cuanto más tardes en empezar, más probabilidades tendré de desarrollar algún tipo de intolerancia a la glucosa", bromeó.

La verdad era que Edward "Ed el Narizotas" Gray ya era diabético, lo había sido durante años.

Capítulo 8

"Cuatro de nosotros, tres de ellos", dijo Cal. "Tiene sentido. *Y* tenemos dos cámaras que aún funcionan. No olvides eso".

Robert ya se había mordido la lengua lo suficiente. Se puso en pie de un salto.

"Cal, ¿estás loco? Shelly no se va a ninguna parte, se queda aquí".

Ahora le tocaba a Shelly levantarse.

"No os dejaré ir solos".

Cal negó con la cabeza.

"No esta mierda otra vez. Robbo, es una puta mujer adulta, puede tomar sus propias decisiones."

Wendy también tomó sus propias decisiones, y mira adónde la llevó eso a ella y a Amy.

"Sé que crees que tienes que cuidar de todo el mundo, después de... después de...". Cal bajó la mirada y dejó que se le escapara la frase.

No importaba; no tenía que decirlo. Sabía lo que el hombre estaba pensando, pero no dejaría que metiera a Amy de nuevo en esto.

"¡Está embarazada, por el amor de Dios! ¡Piensa en alguien que no seas tú por una vez, Cal!"

A Robert empezaba a hervirle la sangre. Estaba tan jodidamente cansado que no podía pensar con claridad. Lo único que le parecía claro, por alguna razón, era el accidente de coche de Wendy, sólo que no estaba Wendy en el asiento delantero, sino Shelly. Y no era Amy la que estaba atrás, sino un recién nacido, envuelto en una manta.

Tranquilízate, Robert, dijo Helen, percibiendo su enfado y frustración. *Esta no es Wendy, y no deberías tratarla como si lo fuera.*

Helen tenía razón, por supuesto, pero a Robert le costaba contener su ira. Parecía que a cada paso había un obstáculo, algo fantástico en su camino que le impedía vivir algo parecido a una vida normal.

Respirando hondo, dio la espalda a Cal y Aiden y se dirigió directamente a Shelly, decidiendo adoptar un enfoque más directo.

"Por favor, Shel, sé que quieres ayudar, y sin duda nos vendría bien tu ayuda si seguimos adelante con este plan. Pero estás embarazada y tienes que pensar en el bebé".

Shelly apretó los labios.

"*Estoy* pensando en el bebé, Rob. Estoy pensando en lo que pasará si vosotros tres la jodéis y Carson desata el infierno en la Tierra. ¿Es ese el tipo de mundo en el que quieres que crezca tu hijo? Hazte esa pregunta, y luego decide si estoy siendo egoísta o no".

Robert apretó los dientes, frustrado.

"Joder", refunfuñó.

Déjalo ir por ahora, Rob. Déjalo ir, y trata con ello más tarde.

Al ver que no había forma de ganar esta batalla, levantó las manos en señal de derrota. Sólo entonces se dio cuenta del alcance de su ira; debía de estar apretando los puños, pues la venda blanca de su dedo índice se había vuelto de un rojo intenso.

"¡Bien! Simplemente genial. Un puto muerto, una embarazada, y Cal y yo para enfrentarnos a Satán y sus putos secuaces. Me parece bien. Entonces, ¿qué tal si uno de ustedes me pone al tanto de su plan maestro?"

Aiden habló por primera vez en un rato.

"No tenemos que ser nosotros cuatro. Puedo conseguirnos al menos uno más".

Cal se chupó los dientes.

"No lo sé. No sé si me siento cómodo metiendo a alguien más en este lío".

Aiden hizo una mueca.

"Este no es un colegial, Cal. Debes preocuparte por él, es sólido".

"Bien, cuatro de nosotros, entonces. Así Shelly puede quedarse en casa".

"Robbo..."

Robert pensó en Helen, con su emoción atrapada en su mente, y luego en Allan.

Tragó saliva.

"Cal tiene razón. No más gente".

Aiden parecía a punto de protestar, pero asintió con la cabeza.

"De acuerdo, entonces. Pero para que nuestro plan funcione, primero tenemos que averiguar dónde se esconden. Tal vez eso es algo en lo que puedas ayudar, Robert".

Robert frunció el ceño, la ira volvía a inundarlo todo.

¿Se ha sentido extraño últimamente? ¿Haciendo cosas que normalmente no harías? ¿Te enfadas mucho, Robbo?

"¿Yo? ¿Cómo coño puedo hacer eso? No tengo ni idea de dónde está esta gente. Sólo fui donde Sean..."

Dejó escapar la frase cuando Cal asintió al mencionar el nombre del hombre y lanzó una mirada a Aiden.

"No, de ninguna manera. No voy a llegar a él. Además, no podría encontrarle aunque quisiera. Él siempre venía a mí".

"¿Y cuándo vino a verte?" preguntó Aiden.

"Cuando el bastardo necesitó mi ayuda, simplemente apareció. Vino primero cuando necesitaba ayuda para limpiar la finca, luego cuando el hospital estaba siendo invadido. Luego otra vez en Seaforth, pero eso ya lo sabes".

"Sí, bueno, tal vez todo lo que tengo que hacer es quedarme por aquí, y él aparecerá".

Robert se lo pensó un momento.

Tal vez. Tal vez Sean detectaría el quiddity y aparecer, con el tiempo. Pero no podía esperar.

"Pero tal vez sería mejor si fuéramos proactivos. Después de todo, él tiene algo que tú quieres, ¿no?" Dijo Aiden, como si fuera él quien estuviera dentro de su cabeza leyendo sus pensamientos en lugar de Helen.

"¿Qué tiene, Rob?" Shelly preguntó.

Robert la ignoró.

"Sí, no gracias a ti".

Aiden se encogió de hombros, como si el horrible calvario por el que había hecho pasar a Robert en la iglesia de Callahan no fuera más que una ocurrencia tardía. En cierto modo, Robert suponía que sí, dado lo que había ocurrido después en la finca.

De repente, Aiden chasqueó los dedos, un sonido extraño y hueco que, como el resto de él, no era del todo *real*.

"¿Sabes qué? Tengo una idea mejor. En lugar de hacer que Sean venga a nosotros, ¿por qué no vamos a verlo?"

"Espera, ¿sabes dónde vive?" preguntó Shelly, incrédula.

Aiden negó con la cabeza.

"No, pero tengo un número al que puedo llamarle. Suele elegir un lugar para que nos encontremos".

Robert entrecerró los ojos al quiddity que tenía enfrente. Aunque estaba descolorido y la luz rebotaba extrañamente en él, de algún modo parecía más real de lo que había sido en el helicóptero o en Seaforth. Como si entonces hubiera estado inhibido y su muerte lo hubiera liberado de algún modo.

Robert no sabía si Aiden podía ponerse en contacto con Sean, o incluso si quería que lo hiciera. Sólo pensar en el hombre le ponía un sabor agrio en la boca.

Las palabras de Leland resonaron de repente en su cabeza como banda sonora de las imágenes de Sean en Seaforth, disparando al hombre atado en la cabeza.

Me miras con tanto asco, con tanto desdén, que me pregunto si le miras a él de la misma manera.

Ambos hombres habían jugado con él, al parecer, y Robert tenía la persistente sospecha de que no era más que un peón en su antiguo juego.

Un juego que nunca había querido jugar y que, sin embargo, estaba decidido a ganar.

Sí, encontraremos a ese bastardo de Sean, y esta vez va a responder a todas mis preguntas.

Sus ojos se desviaron hacia Aiden, y se preguntó cómo reaccionaría Sean al ver a su sicario así, dado que se había opuesto tanto a que incluso Robert le tocara después de que Leland le agarrara la

pantorrilla.

O nosotros, Robert, le recordó Helen. *Cómo reaccionará ante* nosotros. *Si este tipo tiene toda esta experiencia, podría ser capaz de verme a mí también.*

Robert se mordió el interior del labio. Helen tenía razón.

Pero al final, no tenía elección. Tenía que encontrar a Carson, tenía que encontrar el libro, y por el amor de Dios, tenía que recuperar a Amy.

Robert se dejó caer en la silla y sacudió la cabeza.

"Haz la llamada, Aiden. Haz la llamada antes de que cambie de opinión".

Capítulo 9

"Detén el rebobinado de la cinta".

Hugh hizo lo que le decían y Ed se inclinó hacia él.

"Rueda hacia adelante, lento-lento."

Prestó mucha atención a Michael cuando entró en escena.

"¡Ahí! ¿Ves eso?"

Hugh acercó la cara a unos centímetros de la pantalla.

"¿Ver qué? Ese es nuestro tipo, nuestro psicópata caníbal residente. ¿Qué pasa con él?"

Ed se terminó su tercera Coca-Cola de un trago. Luego se llevó el puño al pecho y soltó un pequeño eructo.

"¿Sabes por qué nos llaman 'detectives', Hugh?"

"Supongo..."

"No, nada de adivinar. Es porque *detectamos* cosas, ¿entiendes?"

Hugh se giró en su silla giratoria y miró a Ed.

"Lo único que detecto en este momento es el aumento de mi presión arterial".

Ed se rió. Era una faceta de Hugh que no había visto antes: sarcástico, divertido. Crudo.

Le gustaba.

"Sólo mira la cinta, Hugh. Rebobínala una vez más".

Hugh levantó las manos, pero hizo lo que le ordenaban.

"Aaaaaaaand, justo ahí", dijo Ed, con la voz rebosante de pretensión.

"Hmm. Dijo algo."

Ed aplaudió burlonamente.

"¡Bravo! Dijo algo, pero lo más importante es que le dijo algo a *alguien*. Y este gato Michael no me parece el tipo de persona que entabla una conversación trivial con un extraño al azar, ¿verdad?".

Hugh se encogió de hombros.

"No, pero podría estar hablando solo... es un poco extraño, este Michael. Después de todo, come gente, para que no lo olvidemos".

Ed levantó un dedo.

"O, listillo, la mujer del parque tiene razón, y nuestro amigo estaba con otras dos personas".

Hugh dejó que se reprodujera la cinta. En el vídeo, Michael tenía un aspecto muy parecido al que les había contado la mujer de Tootsie, lo que daba aún más credibilidad a su historia: llevaba el pelo desordenado, la corbata suelta y el botón superior de la camisa desabrochado. La cámara no era HD, y no podía estar seguro, pero Ed pensó que el hombre estaba sudando. El resto del vídeo no tenía incidentes y mostraba casi lo mismo que el vídeo del cajero

automático. Michael simplemente se acercó al cajero, introdujo su tarjeta, sacó algo de dinero y se marchó por donde había venido, desapareciendo del encuadre.

Cuando el vídeo salió a la luz, la primera reacción de la policía fue cerrar las cuentas bancarias de Michael y marcar sus tarjetas. La teoría era simple: cortarle el suministro de dinero y cruzar los dedos, esperar que hiciera algo estúpido que le delatara.

El problema era que Michael era cualquier cosa menos estúpido.

Ni que decir tiene que Ed se había opuesto rotundamente a esta idea, a pesar del evidente riesgo de fuga que suponía el hombre. El hombre era un ególatra, *tenía* que ser un ególatra, y cuanto más tiempo pasara sin saber que iban tras él, mejor. Además, Michael Young había ganado 1,2 millones el año pasado y, sin embargo, las citaciones de sus cuentas bancarias habían revelado un mísero saldo conjunto de 323.000 dólares. Había un montón de dinero que no estaba contabilizado, y Michael no parecía ser el tipo de hombre que gastaba frívolamente, o apostaba, o se lo gastaba todo en medio kilo de coca.

No, el hombre tenía extracurriculares diferentes y decididamente más baratas. Si le cortaban el suministro de efectivo, simplemente usaría sus otras cuentas que no podrían rastrear.

"¿En qué estás pensando, Ed?"

Ed negó con la cabeza.

"Estoy pensando que es imposible que Michael vuelva a usar esta tarjeta".

Hugh le lanzó una mirada, pero Ed la ignoró.

"Vamos a ver otra cámara, entonces. Sólo que ahora tenemos tres personas para espiar y no sólo una. Tal vez tengamos suerte; tal vez Michael entró chocando los cinco con sus co-conspiradores y cogió una bolsa de Cheetos y nuestro bigotudo amigo de ahí fuera simplemente se olvidó. *¿Qué estás pensando*, Hugh?"

Hugh puso los ojos en blanco.

"Creo que esta vez será mejor que te traigas una Coca-Cola light, porque esto de aquí es mucho material para repasar".

***

Hugh tenía razón, tardaron tres horas en revisar cada una de las cintas del martes. Ed contó ocho personas que entraron y salieron de la gasolinera o de sus alrededores durante la hora que Michael estuvo en el cajero.

Dos de ellos le llamaron la atención: una mujer y dos hombres calvos.

"Bueno, ¿en cuál deberíamos centrarnos, Hugh?"

Hugh hizo una mueca, pero contestó inmediatamente.

"La mujer está fuera, no importa lo imprecisa que parezca. La mujer del parque tenía claro que Michael estaba con dos hombres. Tampoco hay señales de un maldito flaco con ojos no sonrientes. Así que eso deja a los dos hombres calvos".

Hugh jugueteó con el vídeo, haciendo aparecer la imagen de un hombre orondo en una batidora irrumpiendo por la puerta. Se rascó los huevos a través de un pantalón de chándal manchado y luego se dirigió a la caja. Llevaba una gorra de rejilla con la leyenda "Make America Great Again", y cuando el Sr. Edmonds bajó la vista para coger el cambio, el hombre miró a la cámara.

Ed negó con la cabeza.

¿En qué demonios se está convirtiendo este mundo?

"Este tío es una pasada, eso está claro".

"¿Y el otro?"

Hugh cambió rápidamente de cinta y puso la otra grabación. La fecha de ésta era diecisiete minutos después de que Michael se acercara al cajero.

El vídeo procedía del exterior del edificio y el sol incidía en el objetivo, borrando la imagen. Aun así, Ed pudo distinguir claramente la silueta de un hombre con sobrepeso, bajo y calvo, que se acercaba al cuarto de baño por un lateral. Abrió de un tirón la puerta del cuarto de baño, tapando el sol durante una fracción de segundo, y luego desapareció dentro. Cuatro minutos después, volvió a salir y se marchó por donde había venido.

"Luego está este tipo", dijo Hugh. "No dice ni hace nada ofensivo, sólo va al cagadero y, o bien se restriega uno, o bien caga y luego se va. Aunque no compra gasolina".

Ed asintió.

"¿Cuál es nuestro hombre, Hugh? ¿El republicano número uno o el peludo McGee?"

rió Hugh.

"Jesús, me siento como Miss Marple aquí."

"Háblalo, háblalo".

Hugh puso los ojos en blanco.

"Ahora me siento como uno de esos putos perdedores de "Quién quiere ser millonario". ¿Es una pregunta trampa? ¿Viste un candelabro en una de sus manos? ¿El Sr. Mostaza en el comedor con la máquina de hacer gofres? Vamos, Ed. Estoy cansado, me duelen los ojos, me duele el *culo*. Sólo dime lo que ves".

Ed hizo una mueca.

"Te daré una pista. Enrolla esta cinta cuando abra la puerta y bloquea el sol, limita los destellos de la lente".

Hugh puso la cinta en el lugar adecuado.

"¿Qué ves?"

Y eso es frustración, Baby Hughey. Mantenla bajo control.

Y, afortunadamente, Hugh lo consiguió de alguna manera. A pesar de sus comentarios sarcásticos, Hugh parecía interesado en aprender.

Tras un momento de aguda observación, Hugh dijo: "Veo a un hombre gordo con una camisa dos tallas más pequeña y...". Se detuvo a mitad de la frase y retrocedió la cinta un cuarto de segundo. Luego esbozó una sonrisa. "Mierda, que me parta un rayo. Veo una camiseta con el puto Mickey Mouse".

"*Y el gordo llevaba una camiseta de Disney*", dijo Ed en su mejor imitación de la mujer con múltiples rinoplastias. "Haz una foto, envíasela a Mac a la comisaría. Mira a ver si alguien le reconoce, pásala por la base de datos de reconocimiento de la policía y todo ese rollo".

Hugh, que seguía mirando la pantalla, sacó el móvil y tomó una foto. Luego tecleó como un loco en el diminuto teclado antes de guardárselo en el bolsillo.

"Que me aspen, Ed; la Nariz está trabajando bien hoy. *Es* un trabajo detectivesco muy bueno", añadió con la comisura de los labios, acompañado de un exagerado golpe de puño. "¿Y ahora qué, *ossifer*?"

Ed recogió sus latas de Coca-Cola y se dispuso a salir de la oficina.

"Ahora, mi buen hombre, nosotros *detectamos;* los detectives *detectan,* Hugh. Que esa sea tu primera lección del día".

Hugh se rió y se levantó.

"¿Primera? ¿Es esta mi primera lección, Papa Pío?"

Capítulo 10

"**No, aquí no,** aquí no podemos quedar".

Rob, Cal y Shelly estaban agazapados en el salón de los Harlop, los dos primeros sorbiendo whisky, con los ojos muy abiertos y los oídos muy atentos.

Todos contenían la respiración.

Sean había contestado al quinto timbrazo, tal como Aiden había dicho que haría.

El sonido de la voz de Sean a través del diminuto altavoz del móvil hizo aflorar en Robert sentimientos muy arraigados de ira y repugnancia. Aquel hombre era un gilipollas egoísta que había puesto en peligro a Cal, Shelly y Allan, utilizándolos como estratagema para que Robert cumpliera sus órdenes. Y eso sin hablar de la mierda que le había hecho pasar en la iglesia.

Aiden no tenía la culpa de eso; al menos, no tenía *toda la* culpa. Pero tampoco estaba libre de culpa.

Pero, ¿qué podía hacerle a un hombre que ya estaba muerto?

Voy a hacer algo más que recuperarte el puto libro, Sean. Es una promesa.

"¿Y Robert? ¿Está bien?"

Incluso esta pregunta le hizo hervir, ni siquiera un susurro de una mención de cualquiera de los otros. Para Sean, ellos no importaban. Para Sean, sólo Robert, el hijo de Leland Black, importaba en su maldito juego.

Torre contra peón.

"Él está bien. Los demás también están bien".

"¿Pasó algo?"

Aiden vaciló, y Robert se encogió, pensando que el hombre se había delatado a sí mismo.

"No. Todo despejado."

"¿Seguro?"

"Claro".

Ahora le tocaba a Sean hacer una pausa.

"Sí, deberíamos vernos".

"De acuerdo".

Sean procedió a darle a Aiden una dirección que Robert no reconoció, y rápidamente miró a Cal, que ya estaba en su teléfono, buscándola.

"¿Puedes estar en la Torre a las ocho?"

La pregunta cogió claramente por sorpresa a Aiden.

"¿Esta noche?"

"Esta noche".

Robert consultó su reloj. Sus discusiones les habían llevado hasta bien entrada la madrugada, y su reloj marcaba las cinco menos cuarto de la mañana. Sólo con ver aquellos números se le caían los párpados. Por instinto, miró a Shelly, que tenía aún peor aspecto.

Embarazada de cuatro meses... no debería estar levantada tan tarde.

Sintió que Helen se encogía de hombros, como recordándole, por enésima vez, que Shelly era una mujer adulta perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones. Aunque Robert estaba de acuerdo en principio, no estaba seguro de que ella estuviera capacitada para tomar las decisiones correctas.

Especialmente dada su historia en la iglesia, una carta que Robert aún mantenía cerca de su pecho.

"Ocho. Allí estaré".

"Bien. Nos vemos atrás. Tengo otro trabajo para ti".

Aiden fue a pulsar *FIN* en el teléfono, pero Cal se puso en pie de un salto y se lo quitó de las manos antes de que lo tocara, teniendo cuidado al mismo tiempo de no entrar en contacto con el propio Aiden.

Habían usado el teléfono de Cal, inseguros de cómo o si funcionaría el de Aiden, que era una opción sólo porque ambos eran quemadores, como el que Robert había usado en la iglesia.

Permanecieron sentados en silencio durante un minuto hasta que Cal bostezó ruidosamente.

"Necesito dormir."

"Yo también", dijo Shelly, luchando por ponerse en pie. Robert se dio cuenta de que su vientre era más que grueso. Con ella de pie, le pareció ver una redondez, un vientre de embarazada esperando a nacer, y casi sonrió.

Casi.

La verdad era que no estaba seguro de cómo sentirse con todo este embarazo, o si siquiera lo había asumido del todo.

Me pareció mal, igual que me había parecido mal acostarme con Shelly en primer lugar.

Como si estuviera engañando a Amy y Wendy.

Wendy está muerta, le recordó Helen, y Robert hizo una mueca, intentando apartarla de sus pensamientos más íntimos.

Cuando había atraído por primera vez el quiddity de la mujer dentro de él, había estado confinada en su propio espacio, una presión sorda localizada en el lado izquierdo de su cabeza. Pero ahora que parecía sentirse más cómoda, parecía estar en todas partes, impregnando sus neuronas como un impulso eléctrico caprichoso. Y el hecho de que alguien, vivo o muerto, fuera capaz de examinar sus pensamientos, sus recuerdos y sus sentimientos en el momento en que ocurrían era más que desconcertante.

Aun así, Helen le ofrecía de vez en cuando una pepita de sabiduría que no se le habría ocurrido a él solo.

Ocasionalmente.

Incluso pensar en ello ahora le incomodaba, sabiendo que ella podía, y probablemente estaba, escuchando. A pesar de lo desconcertante que era, pensó que podría soportarlo por ahora.

Al final descubriría cómo enviar a Helen por su camino. Sólo esperaba que el proceso estuviera enterrado en algún lugar del libro.

Lo había prometido.

Y luego estaba la cuestión de Shelly, y el hecho de que, como él, había estado en la iglesia con el padre Callahan.

Como si también estuviera en su cabeza, Shelly se volvió hacia él en ese instante.

"¿Vienes?"

Robert metió la mano en el bolsillo y palpó la dura esquina de la foto de Shelly de niña. Era extraño, ya que la última vez que había hecho esto mismo, había sido con una foto de Amy.

Joder, te echo de menos, Amy. Voy a recuperarte, lo prometo.

"Sí, ya voy", dijo en voz baja. Y luego se acercó a ella, le rodeó la cintura con un brazo y juntos se dirigieron escaleras arriba.

De camino, oyó a Cal preguntar a Aiden qué iba a hacer.

"Quiero decir, ¿quiddity necesita dormir?"

No hubo respuesta.

"Y esa pistola, ¿qué dispara? ¿Balas fantasma?"

Como era de esperar, Aiden tampoco respondió a esta pregunta.

Cal dijo algo más, pero Shelly y Robert ya estaban tan arriba que no pudo distinguir las palabras.

En pocos minutos, ambos estaban tumbados boca arriba, roncando.

Capítulo XI

"**Tío, si me** dijeras qué estás buscando, quizá pueda ayudarte".

Ed no había respondido a la pregunta la primera vez que Hugh se la hizo, y tampoco iba a hacerlo esta vez.

Detectar, detectar, detectar. Los detectives detectan, Hugh.

"Gira aquí", me ordenó.

Hugh vaciló.

"¿A qué esperas?" Preguntó Ed. Ahora se estaba enfadando. Odiaba dejar de conducir, pero era la única manera de poder mirar por la ventana todo el tiempo.

"Dijiste que girara, Ed. Esto es una intersección-lo siento, pero no tengo tu nariz."

Ed miró fijamente a su compañero.

"¿Qué?"

"¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde quieres que gire, Ed?"

Ed miró a la derecha y luego a la izquierda, dándose cuenta de que no había elegido esta calle por ninguna razón en particular, sólo porque se estaba aburriendo de conducir en línea recta.

Era bien entrada la noche y ya habían estado en más de dos docenas de bares diferentes, locales de striptease, sórdidos garitos de juego, de todo, en los suburbios de Nueva York. Sólo pensar en algunos de esos lugares hacía que Ed se sintiera sucio, por dentro y por fuera.

Sus esfuerzos, como era de esperar, no les habían llevado a ninguna parte. Ed sabía que era una búsqueda inútil, pero no del todo infundada. Después de que Hugh le enviara la foto a Mac en la comisaría, el hombre había llamado a Ed para ver qué pasaba. Y luego le había susurrado un pequeño dato al oído: una de las cuentas de Michael en un banco más pequeño había sonado el mismo martes. Se había retirado dinero de un cajero automático, uno antiguo que aún no había sido equipado con una cámara. La policía había hecho sus averiguaciones, pero no había encontrado nada.

Pero habían estado buscando a un hombre con traje, no a un hombre con una camisa de Mickey.

Sin embargo, una búsqueda inútil, eso era seguro.

Como mínimo, era una forma de matar el tiempo, una forma de conocer un poco mejor a ese tal Hugh Freeman.

"De acuerdo", dijo al fin, sólo porque parecía *lo correcto*.

Hugh no dijo nada, pero se giró. Si en la gasolinera el hombre había estado de los nervios, ahora era un alambre vivo.

"Hugh, sabes por qué... ¡Espera! Espera, detente aquí".

"¿Aquí? No hay..."

"¡Para! ¡Para el coche!"
El coche se sacudió al subir al bordillo y Ed maldijo.
"¿En serio?", dijo, volviéndose hacia Hugh.
Hugh se encogió de hombros y aparcó el coche.
"¿Qué? Me gritaste que parara como si hubiera un ladrón de bolsos al acecho".
Ed sacudió la cabeza y miró por la ventanilla. El coche estaba aparcado justo delante de un bar con luces de neón que decían: *Ladrón de bragas*.
"Un sitio con clase. ¿Este es tu tipo de lugar, Ed?"

***

"Cerveza", dijo Ed.
El camarero dejó de limpiar un vaso y lo miró.
"¿Bud o Coors?"
"Coors".
Antes de tomar su pedido, el camarero se volvió hacia Hugh, mientras frotaba el interior de un vaso de cerveza con un paño de cocina sucio.
"¿Tú?"
"La cerveza está bien".
El camarero suspiró.
"¿Qué tipo de cerveza?"
A Ed no le gustaba la actitud del hombre.
"Coors".
El camarero asintió y luego, increíblemente, tardó otros dos minutos en terminar de "limpiar" el vaso antes de traerles las cervezas. Cuando las puso en la mesa, se quedó mirándolas.
"¿Sí?" preguntó Ed, confundido y molesto por toda esta odisea. Este iba a ser su último bar del día antes de regresar a la estación, por lo que la decisión de tomar una cerveza en lugar de simplemente salir y preguntar por Michael o el otro tipo se sentía como lo que hay que hacer. Pero Ed estaba empezando a arrepentirse rápidamente de la decisión.
"Tres cincuenta".
Ed se quedó mirando al hombre.
"Más propina".
Hugh habló antes de que Ed arremetiera contra el hombre.
"Si quieres que te paguemos, envíanos la factura".
El camarero apretó los labios.
"Sin factura. Sólo efectivo".
"¿Cómo que no hay factura? Tienes..."
Ed se acercó y tocó el brazo de su compañero, tranquilizándolo.

Luego tomó con calma un sorbo de su cerveza. Estaba sin gas. A continuación fue a su bolsillo, pero en lugar de coger la cartera, sacó su placa de detective y la dejó sobre la barra.

No era el momento para el tacto y el encanto de Hugh. Era demasiado tarde, y él estaba demasiado cansado para eso.

La expresión del camarero, ya de por sí agria, se tornó en algo parecido al asco al ver el escudo.

"Escucha, amigo, olvida la cuenta por ahora, ¿quieres?"

Sus ojos se entrecerraron.

"¿Qué quieres?"

Ed respiró hondo. A diferencia de la mujer del parque, tratar con los hoscos habitantes de los suburbios de Nueva York era su especialidad.

"Estamos buscando a dos hombres."

El camarero, aún con el ceño fruncido, extendió la mano e hizo un gesto de "dámelo".

Ed se volvió hacia Hugh y le indicó que le entregara su teléfono con la imagen del hombre de la grabación de seguridad de la gasolinera, al tiempo que sacaba del bolsillo la fotografía del carné de trabajo de Michael.

El hombre echó primero un vistazo superficial al teléfono y luego a la fotografía.

"Nunca he visto a ninguno de los dos", dijo encogiéndose de hombros.

Ed se había quedado mirándole a la cara todo el tiempo, sabiendo que el hombre iba a responder exactamente igual que él, independientemente de la pregunta que le hicieran. Pero no se inmutó, ni pareció inmutarse por la foto.

Decía la verdad.

Ed miró a su alrededor. Era un bar de mierda, uno de los peores en los que habían estado hoy. Con poca luz, la barra en sí era un trozo de madera abollada que, según él, apenas superaba en un ápice a la madera contrachapada, y los taburetes en los que Hugh y él estaban sentados, dos de los seis que había, parecían hechos de bloques de hormigón. Detrás de ellos había un puñado de asientos cubiertos de lo que parecía cuero agrietado y rasgado, pero que más bien era una variante sintética, y las paredes estaban cubiertas de papel pintado beige desconchado.

Ed no podía decir si había un patrón en el papel, o si las marcas eran sólo manchas al azar. Si fuera apostador, habría apostado su pensión por lo segundo. Pero de todas estas atracciones, fue la "u" de neón de un cartel de Budweiser lo que llamó su atención. O, más concretamente, fue el pequeño ojo negro incrustado en su interior lo que le pareció interesante.

Si el hombre hubiera sido educado y hubiera mostrado un mínimo de respeto, Ed lo habría dejado así. Pero no lo había hecho.

Era un capullo.

"Vamos a tener que ver la grabación de su cámara", dijo simplemente, tragando un enorme trago de cerveza caliente y sin gas.

La respuesta del hombre fue inmediata, pero a diferencia de antes, cuando le preguntaron por los dos hombres, apartó la mirada mientras hablaba.

"No trabajes".

"Creo que sí, amigo", respondió Ed. "Mira, no quiero tener nada que ver contigo, ni con este bar de mierda, ni con esta..." Recogió lo que quedaba de la cerveza y lo chapoteó en el vaso. "-o esta terrible cerveza. Estamos investigando un homicidio, varios homicidios, y necesito ver imágenes de hace dos martes. Eso es todo. No me importa nada más".

El hombre cruzó los brazos sobre su estrecho pecho.

"No trabajes".

Ed se volvió hacia Hugh y le dirigió una mirada. Luego se volvió hacia el camarero y, con un solo movimiento, tiró su cerveza por encima de la barra.

"¿Qué...?"

Cuando el hombre se movió para recoger el vaso, Ed se acercó, le agarró del brazo y tiró de él. La cerveza goteó al otro lado de la barra y empapó la parte delantera de la camisa y los pantalones del camarero.

"La puta cámara funciona, colega. Ahora consígueme esa grabación antes de que llame a mi colega de Hacienda para que venga y revise tus libros, ¿qué te parece?"

El hombre temblaba en el agarre de Ed, lo que le dio una pausa. Un hombre como él, en el *Robapantalones* de todos los lugares, debía de haberse cruzado con muchos personajes desagradables en su vida. De hecho, a juzgar por los toscos tatuajes que tenía en los antebrazos, era probable que tuviera un pasado turbio.

Y, sin embargo, agarrarle la muñeca de la forma en que Ed lo hacía ahora le había metido el miedo directamente en el corazón.

Tal vez esto no sea una búsqueda inútil, después de todo.

Capítulo 12

"**¿Qué recuerdas** de tu infancia, Shel?"

Robert estaba tumbado en la cama junto a ella, con la mano trazando un círculo sobre su vientre. Habían dormido hasta mediodía, y habrían dormido aún más si el sol no hubiera entrado a raudales por la única ventana de la habitación.

La pregunta cogió desprevenida a Shelly, que se puso de lado, apartándose de él. Sus dedos le hicieron cosquillas en la pálida espalda.

"¿Por qué lo preguntas?"

Robert se encogió de hombros, intentando sonar natural.

"No sé, estaba pensando... vamos a tener un hijo juntos, y aún así me doy cuenta de que no sé casi nada de ti".

Shelly volvió a darse la vuelta, con expresión severa.

"Lo sabes todo sobre mí, Rob. No importa dónde nací, con quién me crié... lo que importa es quién soy ahora, y que tú lo sepas... y eso debería bastar".

Robert la miró con los ojos entrecerrados. Su pregunta había sido bastante inocua, pero la reacción de ella no se correspondía.

Sondeó un poco más.

"No quería decir nada con eso. Sólo quería saber dónde naciste, cómo fue tu infancia. Nunca hablas de tus padres. Quiero decir, ¿este bebé va a tener abuelos? Es una pregunta razonable, ¿no?".

Robert detectó un atisbo de tristeza en sus facciones, pero se desvaneció rápidamente.

"Todo lo que necesitas saber, Robert, es que vamos a ser *buenos-grandes-padres* para el niño que llevo en mi vientre. Eso es todo lo que importa. Si, por supuesto, dejas de *tratarme* como a una niña".

Robert ignoró el comentario y se quedó mirando, tratando de averiguar si Shelly estaba mintiendo para proteger su secreto de haber estado en la iglesia o si, como él, se sentía avergonzada por no poder recordar su infancia.

"¿Por qué coño me miras así?"

No se acuerda, dijo Helen con convicción. *Actúa así porque no se acuerda.*

"Lo siento, no sé por qué te enfadas tanto", refunfuñó.

Shelly suspiró.

"No, lo siento. Es sólo que han sido dos días jodidos, Robert. No quise ser corta contigo. Las cosas están... bueno, jodidas".

Se inclinó hacia él y le besó en los labios.

"Pero basta de hablar de mí; no es que pase nada con mi cuerpo, hormonas y todo eso. Ya sabes, un feto minándome las fuerzas,

robándome la comida". Ella esbozó una débil sonrisa. "¿Qué tal estás? ¿Cómo está la mano? ¿El rasguño? ¿El tobillo?"

Robert se encogió de hombros. Para ser sincero, no había pensado en sus heridas desde que se había despertado.

Con un gemido, se quitó las mantas y se sentó.

No había pensado en ellos hasta ahora. El rasguño del pecho no era tan grave como había pensado en un principio y, aunque la gasa que le había puesto Shelly se estaba despegando en algunos sitios, parecía haber dejado de sangrar. Le iba a dejar una fea cicatriz, pero eso era todo, no había daños permanentes. Un rápido giro del tobillo reveló una movilidad limitada, pero dudaba que estuviera roto.

Quedaban su oreja y su dedo.

Su oreja había perdido un pequeño trozo de la parte superior donde la bala le había rozado, pero era sólo una oreja y aún podía oír perfectamente.

Su dedo, por otro lado...

Robert se acercó el dedo destrozado a la cara y examinó el tosco envoltorio, que hacía tiempo que había adquirido un color carmesí intenso. El hecho de que se acabara mucho antes de lo debido le resultó extraño, y trató instintivamente de doblarlo.

Fue un error del que pronto se arrepintió, y fue todo lo que pudo hacer para no gritar.

"¡Joder!"

Shelly se incorporó en un instante, moviéndose con fluidez a pesar de su nueva figura.

Robert se quedó mirando mientras la tela empezaba a empaparse de sangre . El dolor le subió por el brazo.

"Vas a tener que coser eso, Rob", le informó Shelly en voz baja.

Robert negó con la cabeza mientras enderezaba el dedo una vez más. De mala gana, la punta volvió a su posición original.

"No hay tiempo."

"Vas a perder algo más que tu puto dedo si no te ocupas de ello".

"¿Puedes traer un tazón de agua tibia, algunas toallas, desinfectante y un poco de Super Glue?"

Shelly hizo una mueca.

"¿Qué coño parezco? ¿Una farmacia?"

Robert no se atrevió a sonreír. Se limitó a negar con la cabeza.

"Está debajo del fregadero. Lo puse ahí cuando Amy estaba... cuando Amy... Amy..."

Shelly lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fuerza. El mero hecho de pronunciar su nombre se había convertido en todo un reto, pues se imaginaba a Leland agarrándola por los hombros, con su horrible rostro mirándola fijamente.

Y la Cabra... la Cabra se acerca...

Robert se estremeció y luego se recompuso.

"Puse algunos suministros de primeros auxilios bajo el fregadero cuando nos mudamos. ¿Quizás puedas cogerlo por mí? Creo que también puse pegamento. Podemos pegarlo, con suerte eso mantendrá baja la hinchazón y detendrá la hemorragia. También hay ibuprofeno, me vendrían bien unas dos docenas".

"Claro", dijo Shelly, y se levantó.

En algún momento de la noche -o de la mañana, cuando ya se habían acostado-, ella se había quitado toda la ropa y, mientras se dirigía al cuarto de baño a recoger las provisiones, él se maravillaba de su cuerpo.

Incluso con su creciente barriga, la encontraba casi irresistible, la carne extra en sus muslos y culo le parecía aún más hermosa ahora.

Y tan diferente a Wendy.

La idea había surgido de la nada, pero no por ello era menos cierta. Mientras que Wendy era delgada y enjuta, todo ángulos, Shelly tenía curvas.

Mientras observaba su culo mientras llegaba al baño, y a pesar de todo, sintió que la parte delantera de sus boxers empezaba a apretarse.

Justo al otro lado de la puerta del baño, Shelly se dio media vuelta y volvió a mirarle.

"Maldito pervertido", dijo riendo. "Mirando a una mujer embarazada. ¿Mucho fetichismo?"

Robert se sonrojó.

En cierto modo, su respuesta fue un alivio. Por mucho que hubieran cambiado las cosas en los últimos seis meses, era bueno tener algunas constantes, algo fiable.

Algo real.

***

Estaba mal, muy mal. Tan mal que, en cuanto Robert vio el hueso blanco y reluciente que asomaba a través de la piel que parecía carne picada, donde los dientes de Michael lo habían roído, tuvo que apartar la vista.

"Oh, Dios... acaba de una vez", dijo apretando los dientes. Shelly trabajó con rapidez, primero limpiando la herida y luego aplicando la loción antiséptica. Pero enseguida quedó claro que estaba fuera de su alcance. Sería una madre estupenda limpiando rodillas raspadas y curando pequeños cortes, pero no estaba preparada para las heridas de los caníbales.

De hecho, la mordedura era tan irregular que el plan inicial de Robert de pegar el nódulo no iba a funcionar. No quedaba piel suficiente para cubrir el hueso expuesto: necesitaba un injerto de piel,

y ambos lo sabían.

"Robert, tienes que ir al hospital, necesitas que te curen esto. Y necesitas antibióticos de amplio espectro-quién sabe qué tipo de bacterias tiene ese tipo, ese maldito *monstruo*, en su sistema. Tienes que ocuparte de esto ahora".

Los ojos de Robert se dirigieron a su cara y luego a su estómago.

De ninguna manera en el infierno -de ninguna manera en la médula- iba a dejarla ir con ellos a ver a Sean, y mucho menos a enfrentarse a Carson.

Y al darse cuenta de esto, un plan comenzó a formarse en su mente.

"Tienes razón. Y estos" -agitó el frasco de Advil en su otra mano- "no van a servir por mucho más tiempo".

Siempre era mejor esparcir la verdad sobre las mentiras. Como cuando contemplaba el cadáver en llamas de Jonás, aquella insensibilidad le entristecía.

Pero eso no le hizo cambiar de opinión. Había perdido una esposa y un hijo; no iba a perder a más gente querida.

Los hombros de Shelly se hundieron de alivio. Animado por su respuesta, empezó a asentir y continuó: "Iré al hospital, a ver si pueden curarme rápido".

La postura de Shelly volvió a cambiar.

"¿Una solución rápida? ¿Crees que esto es una solución rápida?"

"Probablemente no", admitió. "Pero no puedo dejarlo así".

"¿Y la reunión con Sean? ¿Qué pasa con eso?"

Robert se esfuerza por parecer abatido.

"No lo sé. Le diré a Aiden que llame a Sean, que le diga que ha surgido algo".

Shelly parecía dudosa.

"¿Surgió algo? ¿Sean realmente va a comprar eso?"

"Joder, no sé, Shelly, yo *sólo*..."

Se agarró la muñeca de la mano herida y se dobló por la cintura.

"...mata..."

Shelly se puso en pie.

"Sí, vamos al hospital, de acuerdo. Déjame..."

Robert le miró el vientre, la suciedad que cubría su piel.

"Ve a darte una ducha rápida, límpiate primero y yo iré a decírselo a Aiden y Cal. Que llamen a Sean".

Shelly se le quedó mirando un momento, y él pudo ver literalmente cómo le giraban los engranajes.

No se lo cree, pensó Helen. *Sabe que estás mintiendo.*

Pero, por una vez, Helen se equivocaba. Shelly asintió y cogió la gasa de la cesta. Luego, con la mayor delicadeza posible, la envolvió sin apretar sobre el hueso expuesto y la carne brillante.

"Ponle esto por ahora".

Se levantó y se dirigió a la ducha.

"Bajaré en diez minutos", dijo pasándose la mano por el pelo rubio y corto. Cuando sus dedos se engancharon, se corrigió: "Que sean quince".

Robert sonrió al verla marchar. Cuando ella cerró la puerta, su rostro se desencajó.

"Lo siento, Shelly", susurró mientras se levantaba y se vestía rápidamente. "Pero no puedo arriesgarme".

Mientras guardaba el frasco de Advil en el bolsillo, sus dedos rozaron la dura esquina de una fotografía.

Capítulo 13

Agarrar el brazo del camarero había roto su dura fachada. Ese simple acto, sin tener en cuenta, por supuesto, que Ed técnicamente había agredido al hombre, fue posiblemente la mejor pieza de "trabajo policial" del día: el hombre se había abierto verdaderamente como una presa con fugas, y ahora no se callaba.

El camarero describió con todo lujo de detalles a un hombre que había entrado aquí, se había sentado junto a uno de los habituales, había pedido unos chupitos de tequila y luego, sin previo aviso, le había agarrado del brazo de forma muy parecida a como lo había hecho Ed hacía un momento.

"No es la primera vez que un tipo me agarra por la barra, y no será la última, pero esto era diferente... eran sus ojos..."

El camarero pasó a describirlos como ojos fríos y muertos, junto con otras tres docenas de adjetivos, y Ed recordó al instante lo que les había dicho la mujer del parque.

Sus ojos definitivamente no sonreían.

"Creo que me habría cortado allí mismo, en rodajas y en dados sin pensárselo dos veces".

Ed asintió y Hugh le lanzó una mirada.

Después de todo, parece que han tenido suerte.

No hay coincidencias.

Parecía que habían atrapado a su ganso.

"La cámara de vídeo es un simple alimentador, funciona en VHS", dijo el camarero mientras los llevaba a la cocina. "Graba aquí mismo".

"Jesús, ¿qué pasa con estos arcaicos sistemas de seguridad hoy en día?" murmuró Hugh. Pero por la forma en que levantaba una olla mugrienta, Ed no estaba seguro de si el hombre estaba más sorprendido por el equipo o por el hecho de que el *Roba Bragas* tuviera realmente una cocina.

"¿Qué?"

"Nada."

El hombre sacó una llave del bolsillo y abrió el cajón que había debajo del aparato combinado de televisión y vídeo, junto a un par de barriles de cerveza.

"Normalmente sólo guardo las grabaciones unos días; las cintas son caras, ya sabes, y no tiene sentido guardar esta mierda si no ha pasado nada".

Ed asintió.

"Pero pasó algo el martes pasado, así que te lo quedaste".

"Sí."

Sacó la cinta -sin etiquetar, observó Ed- y la introdujo en la unidad.

El aparato emitió un zumbido y permaneció a oscuras un momento, pero luego se encendió el monitor. El camarero avanzó un par de horas, pero cuando una mujer morena con un ajustado traje de cuero se sentó y pidió una copa, Ed le pidió que la reprodujera en tiempo real.

"¿Algún audio sobre esto?"

El camarero negó con la cabeza.

"¿Quién es?" preguntó Hugh, tocando la nuca de la mujer en la pantalla.

"Una habitual, viene al menos una vez a la semana. Nunca dice una palabra; los hombres se le acercan todo el tiempo y le tiran los tejos, pero ella se los quita de encima. Una chica bonita como ella, uno pensaría que este no es el lugar para ella. Pero creo que encaja perfectamente, si sabes a lo que me refiero".

Un hombre entró de repente en la toma, un hombre delgado con una corta barba negra en la cabeza recién afeitada.

"Nunca dice una palabra; hasta hoy, claro".

Hugh le hizo callar, cosa que Ed agradeció. Las divagaciones del hombre habían pasado rápidamente de útiles a molestas.

En el vídeo, el hombre se acerca directamente a la barra y se instala junto a la mujer. Al principio parece que se aparta de ella, pero luego pide una copa y el camarero del barrio, increíblemente alegre, se la sirve al cabo de un rato. Entonces el hombre se acercó a la mujer. Ella se volvió y dejó caer el vaso al instante, con una mezcla de sorpresa y reconocimiento en su pálido rostro. El hombre tardó varios minutos en intentar convencerla de algo, pero ella no lo consiguió.

Y luego vino el altercado con el camarero, tal como lo había descrito, con el añadido del tequila derramado.

Durante una fracción de segundo, el hombre de la barra levantó los ojos y pareció mirar fijamente a la cámara. Y entonces la imagen estalló en estática, y Ed se apartó instintivamente del monitor.

"Se quedó así hasta unos tres minutos después de que se fueran, ni idea de lo que pasó. Charlaron, se besaron y se fueron", dijo el camarero, con la voz entrecortada.

Sólo el vídeo bastó para que volviera a sentir miedo.

"Vuelve", instruyó Ed. "Vuelve a donde miró a la cámara."

El hombre pulsó el botón de rebobinado y retrocedió la cinta.

"Ahí. Para ahí".

El hombre de la pantalla era más o menos como lo había descrito la mujer del parque: delgado, casi enfermizo, con la piel grisácea y las mejillas hundidas. Le habían afeitado la cabeza hacía poco, quizá un par de semanas, pero ahora mostraba signos de haber vuelto a crecer.

Pero fueron sus ojos los que convencieron a Ed de que éste era su hombre. Sus ojos no eran fríos y muertos como los de Michael, ni

siquiera locos como los del tipo de la camiseta de Mickey Mouse, sino que *estaban vivos*. Bailando, parpadeando sin luz, emocionados como un niño en la mañana de Navidad.

Pero, paradójicamente, también eran pozos sin alma en los que Ed sentía que podía perderse si se quedaba mirando demasiado tiempo.

Sacudió la cabeza, intentando librarse de la extraña sensación que amenazaba con invadirle.

"Este es nuestro hombre", susurró más para sí mismo que para nadie. Hugh le sorprendió respondiendo.

"Sí, es él. *Definitivamente* es él".

"Haz una foto, Hugh". Luego, dirigiéndose al camarero, añadió: "¿Puede decirme algo más sobre estos dos?".

El hombre pareció meditar la pregunta un momento. Después de ver al hombre en pantalla, había decidido de repente que tal vez lo mejor era frenar el movimiento de su lengua.

El miedo puede hacerle eso a un hombre.

Ed hurgó un poco más.

"No estoy pidiendo números de la Seguridad Social ni tarjetas de crédito. Ayúdenos". Cuando estos llamamientos no lograron quebrar su expresión severa, Ed intentó una táctica diferente. "Míralo de esta manera: nos dices algo que nos ayude a atrapar a este tipo, y no tendrás que arriesgarte a volver a verlo en tu elegante establecimiento nunca más. Y cuando lo traigamos, me olvidaré por completo de la pequeña historia que nos acabas de contar; de cómo, oh, tal vez *no* lo delataste".

El hombre hizo una mueca, dándose cuenta ahora de que habían jugado con él. No tuvo más remedio que ofrecer toda la información que tenía.

"El tipo mencionó algo sobre estar en prisión, en libertad condicional, y la mujer lo llamó Carson, creo".

Ed asintió, guardando estos hechos en su cerebro.

Hugh se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en la nuca de la mujer.

"¿Dijiste que la mujer es una habitual? ¿Alguna información sobre ella?"

El camarero negó con la cabeza.

"No, como dije, ella nunca dice mucho. Su nombre es Bella, pero eso es todo lo que sé".

"Toma unas cuantas fotos más, Hugh."

Mientras el hombre se alejaba, Ed se volvió hacia el camarero.

"Vamos a necesitar la cinta, no te importa, ¿verdad?"

El hombre se encogió de hombros, y parecía casi aliviado ante la idea de deshacerse de ella, de dejar atrás todo el encuentro.

"Lo que sea."

"Estamos bien aquí", dijo Hugh.

"Envíale las fotos a Mac, a ver si se le ocurre algo. Hazle saber lo del nombre Carson y que compruebe las bases de datos de la prisión".

El camarero pulsó el botón de expulsión y, cuando fue a coger la cinta, Ed se la alcanzó. El hombre retrocedió, temiendo claramente que le volvieran a agarrar.

Ed sonrió satisfecho y cogió la cinta.

"Vamos, Hugh, volvamos a la estación. Gracias por la ayuda, amigo. Y gracias por la cerveza", añadió mientras se daba la vuelta y se marchaba con Hugh a remolque.

"¡Son tres con cincuenta para cada uno!", les gritó el camarero.

Sin volverse, Ed dijo: "Creo que tu cerveza se ha echado a perder. Será mejor que lo compruebes antes de que pase el inspector".

Cuando Ed pasó junto a los dos barriles, alargó la mano y tiró del tubo del que tenía más cerca, y la cerveza empezó a salpicar el suelo detrás de ellos.

"¡Joder! ¡Qué coño!"

Capítulo 14

"**¿Estás jodidamente seguro de** esto, Robbo?"

Robert abrió la puerta del coche mientras sacudía la cabeza. La familiaridad de su coche le resultaba extrañamente tranquilizadora. En un mundo completamente ajeno, era agradable tener algo del tiempo anterior.

Esto fue sólo después de hacer caso omiso de las emociones que surgieron al darse cuenta de que se lo habían robado en Carolina del Sur, y la única razón por la que lo había recuperado era porque Aiden le había dicho dónde lo había aparcado.

"No", añadió, antes de entrar. "No estoy seguro de nada de esto".

"Me refiero a Shelly."

Robert se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta. Esperó a que Aiden subiera atrás y Cal delante antes de contestar.

"Te lo dije, tenía náuseas matutinas. Se sentía fatal. Estará bien, vendrá con nosotros cuando vayamos a buscar a Carson", mintió. "Vamos a movernos de una puta vez."

Cal cerró la puerta y Robert le miró por el retrovisor.

La expresión de su amigo era de tal incredulidad que, de haber sido otra la situación, Robert podría haberse reído. Cal sabía que mentía -después de todo, conocía a Shelly- pero, por alguna razón, se abstuvo de llamarle la atención. Quizá Cal había entrado en razón y se había dado cuenta de que lo que estaban a punto de hacer no debía -no podía- *implicar a* una mujer embarazada, por el amor de Dios.

No importaban sus motivaciones. Lo que importaba era que tenían menos de una hora antes de reunirse con Sean, y Shelly estaría a salvo aquí en la finca.

Por alguna razón, a pesar de lo ocurrido ayer aquí, sabía que esta última parte era cierta.

Robert puso el coche en marcha, rodeó la estatua y se detuvo ante la verja.

"¿Quieres abrirlo, Cal?"

Cal saltó sin decir palabra y Robert miró nervioso por el retrovisor, esperando con la respiración contenida. El horrible chirrido de la puerta al abrirse le hizo retroceder. De todas las cosas que estaban mal en la finca Harlop, la que más odiaba era la verja. Hicieran lo que hicieran -engrasarla, lubricarla, cambiar los engranajes-, seguía siendo una pieza obstinada de hierro forjado que era como un dolor físico en el costado.

Robert se asomó a la ventana.

"Vamos, Cal, puedo pasar. ¡Vamos!"

Cal se apresuró a volver y saltó al asiento del copiloto. Antes de

que cerrara la puerta, Robert salió de la calzada.

A pesar de sus esfuerzos, no pudo resistir el impulso de echar un último vistazo por el retrovisor.

De repente, la puerta de la finca se abrió de par en par y una figura familiar con la barriga redonda se plantó en la entrada, con las manos en las caderas. El coche se sacudió y un ruido de arañazos llenó el aire del atardecer.

"Joder", refunfuñó Cal.

Al mirar por el retrovisor, Robert se había desviado a la derecha y había rozado la puerta del lado del pasajero con el portón.

"Vámonos de una puta vez de aquí", dijo Robert antes de que ninguno de ellos pudiera cambiar de opinión.

***

"Me siento como un puto niño", dijo Cal distraídamente cuando llevaban una hora conduciendo.

"¿Qué quieres decir?"

"Bueno, ¿sabes que un niño se quema la mano en la estufa y luego lo hace una y otra vez?".

Robert pensó en Amy, en lo dulce que era, en lo mucho que le gustaba dibujar. Recordó el dibujo increíblemente detallado que había hecho en el bar el día del funeral de Wendy.

Es el océano, papá. Lo dibujé para ti.

Cal no tenía hijos, así que no podía culpar al hombre por estar tan equivocado respecto a ellos. No eran criaturas indefensas y descerebradas.

Eran, de hecho, mucho más inteligentes de lo que la gente les daba crédito. Y Amy estaba definitivamente en el extremo superior de esa escala. Aun así, entendió lo que Cal decía, a pesar de no comprender el contexto.

"¿Qué quieres decir?"

Cal suspiró y se frotó los ojos. Estaba claro que no había descansado lo mismo que Robert y Shelly.

"¿Tenemos un plan? En serio, hicimos lo mismo en Pinedale y Seaforth: irrumpir allí como comandos GI retrasados, sin el entrenamiento". Se volvió hacia Aiden en el asiento trasero, que había adquirido su típica expresión inexpresiva. "Sin ánimo de ofender. Pero, Robert, ¿qué se supone que vamos a hacer esta vez cuando nos encontremos con Sean? ¿Secuestrarlo?"

Robert no dijo nada y en su lugar se remitió al "comando GI retrasado" en busca de una respuesta. Cuando Aiden se dio cuenta de que ambos esperaban a que hablara, cambió la mordaza de un lado del labio al otro. En ese momento, un extraño pensamiento vino a

Robert.

¿Qué pasa cuando escupe? ¿Tiene que escupir?

Las palabras del hombre hicieron que recuperara la concentración.

"¿Trajiste las cosas que te dije? ¿Lo pusiste en el maletero?"

Cal asintió.

¿"Pala, cuerda, bolsa pesada? ¿Jarra de agua? Ponlo todo ahí".

Aiden respiró hondo.

"Entonces, sí, eso es exactamente lo que vamos a hacer. Secuestrar al hombre. Hacerlo hablar. Hacer que nos diga dónde está Carson".

"¿Y estás seguro de que esto va a funcionar?" preguntó Robert tentativamente.

Aiden cogió la taza de café vacía que había entre los asientos delanteros, haciendo que Robert y Cal se inclinaran dramáticamente hacia sus respectivas puertas. Era la misma taza que había utilizado para escupir cuando había apuntado a Robert con una pistola en la cabeza a la salida de la iglesia de Callahan. Aiden la agitó un poco, hizo una mueca y luego escupió un grueso chorro de jugo de tabaco.

Y eso responde a eso.

"Joder, no. Ya no estoy seguro de nada. Pero es todo lo que tenemos".

Capítulo 15

"**Muy bien, Hughey, déjame** oír lo que tienes."

Hugh enarcó una ceja.

¿"*Hughey*"? *¿Qué 'tengo'*? Muy bien, Martin Riggs."

Ed se limitó a sonreír y a señalar las fotografías que había sobre la mesa. Habían tardado una buena hora en llegar del *Robabragas* a la comisaría, a pesar del escaso tráfico para ser martes por la noche. Una vez de vuelta, se habían instalado en el comedor vacío. Hugh había hecho magia con los ordenadores y había conseguido imprimir imágenes más grandes y aparentemente de mejor calidad de los cuatro sospechosos, a los que enseguida habían llamado Larry (el hombre de la camiseta de Mickey), Curly (el hombre de los ojos muertos), Mo (la chica) y Mike (Michael Young), y las había colocado sobre la mesa. Mike estaba en el centro, con Larry y Mo a un lado y Curly al otro.

"En serio", dijo Ed al fin, cuando quedó claro que Hugh no iba a formular ninguna hipótesis. "¿Qué crees que le pasó a nuestro chico Mike?"

Ed observó atentamente a su nuevo compañero, incluso antes de que empezara a hablar. El hecho de que, bajo todo su sarcasmo e ingenio, a Hugh le gustara de verdad el reto, de que le divirtiera encajar las piezas de aquel rompecabezas humano, era algo digno de admiración.

A lo largo de su carrera como detective, y antes como policía de ronda, Ed había visto muchos tipos diferentes de policías: el tipo machista, el policía agresivo, normalmente bajito y gilipollas; el tipo tranquilo, contemplativo e inseguro; el tipo que cobra un sueldo; y el menos común, el desconcertador.

Hugh era un rompecabezas hasta la médula. Con una pizca del tipo de sueldo y una pizca de contemplación.

"No lo sé, Ed. No tengo ni idea de por qué este tipo, un psicópata adinerado de Wall Street"- pinchó a Mike en la nariz-"saldría con este tipo". Señaló con el pulgar al gordo de la camiseta de Disney.

"Bueno..."

Hugh levantó el dedo, deteniendo a Ed.

"Así que eso deja a Curly y Mo. *Huh*. Tienen que ser el vínculo entre los dos; no hay ningún escenario que pueda imaginar-corrección, ningún escenario *razonable* que pueda imaginar-en el que Michael interactúa con Larry ".

"¿No en una vida pasada? ¿En la infancia?"

Hugh negó con la cabeza.

"No. De ninguna manera. Mike ha mantenido a su demonio en secreto. Lo ha sido desde el día en que nació, me imagino. Hablar con

este hombre aquí, es sólo una receta para ser atrapado. "

"Viste su montaje, ¿verdad? ¿La jaula, la mazmorra del subsótano?"

"Sí."

"¿Por qué dejaría eso? ¿Qué le haría renunciar a todo eso? Quiero decir, para ser un puto enfermo como él, parecía un cerdo en la mierda".

Hugh suspiró.

"Ya hemos hablado de esto. Chantaje, muerte, prisión".

"No pueden ser los dos últimos; lo vimos en vídeo".

"Lo que deja el chantaje, buuuuut..."

Ed se acercó y se sirvió otros dos dedos de Crown Royal Northern Harvest. No le gustaba beber en el trabajo, pero no había nadie y había sido un día largo y ajetreado. Un rápido vistazo reveló que Hugh seguía trabajando en su bebida.

Bebió un sorbo.

"¿Parece nuestro chico Mike alguien susceptible al chantaje?"

Hugh hizo una mueca.

"Tal vez. Aunque lo dudo".

"Entonces, ¿por qué?"

Hugh cogió su bebida, se la terminó y le tendió la taza vacía para que se la rellenara. La Nariz le obedeció.

"No lo sé. No lo sé, joder".

"No te frustres. Déjame preguntarte algo: ¿por qué un alcohólico deja el bar?"

Hugh puso los ojos en blanco con tal dramatismo que a Ed no le habría sorprendido que se le salieran de la cabeza y cayeran sobre la mesa como dos bolas de cerámica.

"Joder, eres como los crucigramas de los domingos con esta mierda. Joder, no sé. ¿Por qué sale el alcohólico del bar? ¿Más alcohol? ¿Bebida *gratis*?"

Ed esbozó una gran sonrisa.

"Eres más listo de lo que pareces".

"Mejor que parecer más listo de lo que soy, supongo. Pero yo no entender".

Ed se quedó mirando, sabiendo que llegaría al hombre.

Y así fue.

"Espera, ¿crees que... uno de estos dos le está dando chicas? ¿Un puto buffet caníbal?"

Ed se encogió de hombros.

"No lo *creo*. ¿Por qué si no iba a dejar el montaje de su calabozo sin calefacción?"

Ed se inclinó hacia delante y dio otro trago a su Rye.

"¿Fue la chica o el chico-Carson?"

"No hay forma de que Mike reciba órdenes o incluso instrucciones

de esta dulzura. Más bien se la comería, diría yo".

Ed se inclinó repentinamente hacia delante y clavó un dedo justo entre los ojos de Carson.

"Así que este tipo es nuestra llave".

Hugh se echó hacia atrás, con una sonrisa en la cara. Era evidente que estaba contento, impresionado consigo mismo. Pero Ed no le culpaba. A decir verdad, él también estaba impresionado por su compañero. Enigmático o no, no había esperado que Hugh hiciera las conexiones tan rápido como lo había hecho, independientemente de las migas de pan que Ed había dejado caer por el camino.

Hugh volvió a ponerse serio de repente.

"Vale, hemos montado nuestro organigrama, claro. Pero todavía no sabemos quién demonios son estas personas, o cómo encontrarlos. Que es lo que *realmente* necesitamos averiguar".

"Oh, esa es la parte fácil."

Hugh se burló y volvió a poner los ojos en blanco.

¿"La parte fácil"? Claro que sí. Coronel Mostaza en..."

"No, en serio. Mac me llamó hace una hora. El gordo de la camiseta de Mickey Mouse se llama Jonah Silvers".

Hugh se burló.

"Dame un puto respiro. ¿Sabías esto todo el tiempo?"

Ed se rió entre dientes.

"Claro que sí. Y escucha esto: ¿último lugar de trabajo conocido? Un crematorio, a no más de dos horas de aquí".

Hugh prácticamente se puso en pie de un salto.

"Bueno, ¿a qué demonios estamos esperando? Pongámonos en marcha".

"Tranquilo, Tonto. ¿Qué vamos a hacer? ¿Correr allí, con las armas en ristre? Descansemos esta noche y salgamos mañana. Haré un par de llamadas, a ver si puedo conseguir ayuda del FBI".

"¿El FBI? Olvídate de ellos, este es *nuestro* caso".

"Tranquilo, Hugh. Recuerda tu primera lección del día: somos detectives, *detectamos*. Deja el resto a los gruñones".

Pero a pesar de sus palabras, en el fondo de su mente, la idea de entrar realmente en acción atraía a Ed en algún nivel.

Tal vez... tal vez hagamos algo más que detectar esta vez.

PARTE II - Capas y fantasmas

Capítulo 16

"No... no es suficiente. No es suficiente", dijo Carson, observando la pila de cadáveres junto al horno. Contó doce, sin incluir al niño.

Jonah había tenido razón: su compañero Vinny había ido y venido sin siquiera cuestionar la extraña historia de Carson sobre la sustitución de Jonah en el sótano de Scarsdale. El hombre, delgado y con aspecto de pájaro, ni siquiera había pedido una identificación ni se había molestado en preguntar por qué Carson apilaba los cadáveres en lugar de quemarlos.

Aun así, sabía que a Vinny le quedaban uno o dos envíos antes de que alguien tan aburrido como él empezara a hacer preguntas. Y Carson tenía la intención de tratar con él antes de que eso ocurriera.

Si el hombre traía cinco o seis cuerpos más y añadía el propio Vinny a ese número, entonces *tal* vez -tal vez- sería suficiente. Pero quizá no. Lo que Robert había conseguido hacer en la finca Harlop - controlar de algún modo a los muertos, no sólo con órdenes verbales, sino adentrándose en ellos, controlándolos con la mente- ya era *algo*.

Y dado su pedigrí similar, Carson pensó que él podría hacer lo mismo. Sólo tenía que averiguar cómo.

A su izquierda, Michael respiraba agitadamente, y Carson se volvió a tiempo de ver cómo se secaba el sucio sudor de la frente con el dorso de la mano. El hombre tenía un feo moratón desde la sien hasta alrededor del ojo izquierdo, provocado por la patada del cabrón de Allan, y parecía no haber dormido en un mes.

"¿Cuántos necesitamos? ¿Cuándo será suficiente, Carson? ¿Cincuenta? ¿Cien cuerpos? ¿Será suficiente?"

Carson se encogió de hombros.

"Cuantos más, mejor, como se suele decir. Puede que Robert nos llevara ventaja la última vez, pero no volverá a ocurrir. Tenemos que trabajar rápido, abrir la grieta antes de que Sean y los otros Guardianes nos bloqueen".

"¿Bloquearnos?"

Carson se encogió de hombros.

"No me sorprendería si Robert y su banda de inadaptados están tomando un enfoque más proactivo. Sigue apilando cadáveres, Michael". Se mordió el labio inferior. Podía notar que su pequeño cachorro se estaba poniendo ansioso, que Carson necesitaba lanzarle un hueso para mantenerlo satisfecho pronto. "La próxima vez que Vinny vuelva con los cuerpos, ayúdale a moverlos hasta aquí. Entonces podrás tenerlo".

Michael enarcó una ceja, e incluso Bella se apartó ligeramente de él.

"¿Tenerlo?"
Carson se rió entre dientes.
"Un aperitivo, ya sabes. Aperitivo antes del plato principal".
Michael sonrió, y cuando volvió a apilar los cadáveres, lo hizo con un poco más de vigor.

***

"¿Recuerdas cuando nos conocimos, Bella?" preguntó Carson distraídamente. Estaba tumbado junto a ella en el suelo, con los cuerpos empapados de sudor.

Se volvió para mirarle. Después de que el cadáver le arrancara un buen mechón de pelo, no había tenido más remedio que cortárselo. A pesar de sus esfuerzos y de su asombrosa destreza con la cuchilla, Bella no había conseguido cubrir la zona calva. Y sin su hermoso pelo negro, había bajado inmediatamente un grado en la escala de atractivo. Sus severas cejas y los profundos surcos alrededor de la boca eran más obvios, la cicatriz de la sien más perceptible sin la distracción de aquellos brillantes mechones.

"Por supuesto. Eras un bastardo arrogante de reformatorio, ¿lo sabías?"

Carson sonrió. Recordaba bien aquella época.

Tras asesinar a sus padres adoptivos, el Estado había hecho todo lo posible por juzgarlo como adulto, pero el sistema era el que la cagaba. Había confesado que había apuñalado en el pecho a su padrastro, que trabajaba como chulo y camello de su madrastra. Cuando su madrastra le encontró, le cortó el cuello sin dudarlo. Y, sin embargo, sólo había sido condenado a un centro psiquiátrico de menores desde los once años hasta la madurez.

En realidad, era una broma. Todo el mundo y su madre sabían que Carson volvería a matar, del mismo modo que sabía que Robert haría lo mismo después de probar el sabor del asesinato en Seaforth.

A pesar de lo que Robert pensaba, o de lo que el hombre se esforzaba por convencerse a sí mismo, estaban cortados por el mismo patrón, tenían la misma composición genética.

Carson se acercó y movió un mechón de pelo de Bella sobre la zona calva, que seguía roja y reluciente.

En el reformatorio había sido heterosexual, perfecta. Por aquel entonces, un joven Dr. George Mansfield, ruidoso y odioso, había sido tan negligente como para permitir que la ingenua Bella, en su primer año de internado en psiquiatría, pasara tiempo a solas con Carson.

Por aquel entonces, Carson sólo había empezado a darse cuenta de su potencial, a comprender su papel en este mundo y en el otro. Y, evidentemente, Bella también.

"¿Recuerdas cuando me enseñaste a meditar? ¿A entrar completamente en mi propia cabeza?"

Bella asintió. Al hacerlo, el pelo que él había cepillado sobre la calva se desprendió, y ella lo echó rápidamente hacia atrás.

"¿Puedes ayudarme a profundizar, Bella?"

Bella pareció contemplarlo un momento, con la lengua hundida en la mejilla.

"Tal vez", admitió al fin. "¿Vas a volver a hablar con tu padre?"

Carson negó con la cabeza.

"Quiero ir allí, Bella; esta vez, quiero entrar en la Médula".

Bella se sentó como un rayo.

"No puedes. Tú..."

Carson se rió.

"¡Mírate! Tan sensible de repente... ¿estás preocupado por mí? ¿Preocupada de que no vuelva? *¡Ja!* Sólo quiero ir allí con la *mente*. Quiero ir *y* quiero volver, Bella. *Necesito* volver-Leland no puede abrir la grieta de la Médula. Necesita que le ayudemos".

"Y necesitamos a Robert".

Carson asintió.

"Así es; necesitamos un Guardián". Miró a un lado, pensando en lo que Leland le había dicho la última vez que habían hablado, cuando había estado encerrado en Seaforth. Había otros Guardianes por ahí, incluido el bastardo de Sean, pero Robert era la opción más lógica. Tal vez la única opción. "Tenemos que encontrarlo, antes de que nos encuentre".

Bella le miró fijamente con sus vibrantes ojos verdes durante lo que pareció una eternidad.

"Sí", dijo finalmente. "Puedo ayudarte a ir más profundo. Pero tengo que advertirte, cuanto más profundo vayas, mayor será el riesgo de perderte".

Carson volvió a reír.

"Oh, mi querida Bella, es exactamente por eso que *tengo que ir a* la Médula, para asegurarme de que eso no me pase a mí, a ti, a nadie más".

Capítulo 17

Algo no le estaba sentando bien a Sean Sommers. No se trataba sólo de la extraña conversación con Aiden, aunque sin duda formaba parte de ella, sino también de algo que había dicho el hombre de la *capa* o, como él lo llamaba, *la Capa*. Las palabras del hombre habían sonado extrañas, un poco fuera de lugar, pero él había estado tan absorto con el libro que en ese momento no le había dado importancia.

Pero ahora le daba la lata, tiraba de los rincones de su mente. No le dejaba marchar.

Sean sacó un cigarrillo del paquete y se lo llevó a los labios. Lo encendió y salió de la farola para adentrarse en la oscuridad que ofrecía el lateral del edificio. Dio una calada y volvió a pensar en los acontecimientos de la última semana.

Durante más de seis décadas, había sido un Guardián, imbuido de la responsabilidad de mantener el statu quo, de mantener la Médula como una calle de sentido único. Y durante la mayor parte de ese tiempo, su trabajo había transcurrido sin incidentes. Al igual que una tubería bien gastada, había fugas ocasionales, pero Sean se las había arreglado para detenerlas antes de que se convirtieran en una inundación. Pero desde que Leland se había convertido, las cosas habían empeorado progresivamente. El hombre de la capa tenía razón; Robert nunca debería haber sido traído para hacer frente a nada de esto. Era demasiado peligroso involucrarlo. La profecía decretaba que se necesitaba un Guardián para abrir la grieta, y con su número disminuyendo a un nuevo mínimo, encontrar uno se estaba convirtiendo en una propuesta cada vez más difícil incluso para alguien tan poderoso como Leland.

Estaba el propio Sean, pero nunca se dejaría utilizar como un recipiente. Era viejo como el padre Callahan, pero no débil como él. Era fuerte; Sean había visto mucho, y había vivido aún más que rozaba justo por debajo del umbral de detección del ojo humano.

No, nunca dejaría que Carson ni nadie antes o después de él usara su cuerpo o su quiddidad para abrir la grieta.

Robert, por otro lado...

Aún no estaba del todo seguro de por qué había acudido a aquel hombre. Le había dicho a la Capa que no había tenido más remedio, que había demasiados asuntos de los que ocuparse él solo.

Pero eso sólo era cierto en parte.

Había más quiddity, sin duda, pero Robert no había sido su única opción. Pero al igual que las palabras que la Capa había dicho mientras leía la profecía, algo no estaba del todo bien y le había

molestado, su mente, sus pensamientos, algo que no había sido capaz de comprender del todo.

Algo que le había convencido de que era a Robert a quien tenía que reclutar, a pesar de los riesgos evidentes. A pesar de saber que Carson estaba encerrado y que Sean rara vez había visto caer una manzana a cientos de kilómetros del árbol.

Sean dio otra calada, sintiendo el aire caliente arremolinarse en sus pulmones. Con el cigarrillo casi terminado, sacó otro y utilizó la punta del primero para encenderlo.

A continuación pensó en lo que había fallado en Seaforth. Por lo que pudo deducir, fue Peter, el informático, el que Sean y el hombre de la capa, como los miembros más influyentes de la junta de Seaforth, habían recomendado personalmente, quien había fallado. A quien Carson y / o Leland habían llegado.

Pero todo esto podría haber sido discutible si la Capa le hubiera dejado matar a Carson cuando tuvo la oportunidad. Pero las peticiones de Sean, tan racionales y lúcidas como eran, no habían sido ratificadas.

Es decir, hasta su encuentro con Carson en Seaforth... ¿pero qué otra opción tenía? Encerrado, Carson no podía hacer mucho. ¿Pero suelto? No había manera de que pudiera dejar que eso sucediera. Incluso la Capa se dio cuenta de ello, ya que a pesar de su inclinación por los hermanos Black, su reacción ante la muerte del hombre había sido inesperadamente moderada.

Y Sean no había dejado nada al azar. Había creído que Robert mataría a Carson en su celda, o de lo contrario nunca los habría dejado solos juntos. Una parte de él esperaba que se hubieran matado mutuamente -dos pájaros de un tiro y todo eso-, pero Sean nunca había tenido tanta suerte.

En su lugar, había ordenado a Aiden volar la prisión como medida de salvaguarda, y Aiden no había dudado.

Lo que le hizo cerrar el círculo.

No era propio de Aiden ser obtuso por teléfono; el hombre era de lo más directo. Seguía sus órdenes sin cuestionarlas.

Algo no va bien...

Un coche entró en el aparcamiento del complejo de edificios, Sean apagó el cigarrillo y se escabulló por completo entre las sombras. El vehículo era un sedán azul oscuro, uno que reconoció de alguna parte, pero que no pudo ubicar inmediatamente. Sean entrecerró los ojos. Podía distinguir la silueta de un conductor y de alguien en el asiento del copiloto, pero...

"Sean se dio la vuelta y se llevó la mano a la pistola que llevaba en la cadera. Se relajó al ver que sólo era Aiden, de pie a unos treinta metros de él. El hombre llevaba las manos a los costados y, como de

costumbre, tenía una expresión inexpresiva. Al igual que Sean, Aiden estaba en la sombra y no pudo distinguir muchos de sus rasgos. Sin embargo, su postura, la forma de su cabeza y su comportamiento le confirmaron que era él.

"Aiden", Sean respondió secamente. "¿Qué pasó en la finca?"

Aiden vaciló, y Sean entrecerró los ojos con más fuerza. No era propio del hombre mostrarse inseguro, sobre todo cuando se trataba de responder a las preguntas directas de Sean.

Hay algo diferente en él.

"Hubo un... incidente."

"¿Incidente? ¿Qué tipo de incidente?"

"Un ataque. Alguien atacó la finca. Pero me encargué de ellos".

Sean no podía creer lo que estaba oyendo.

"¿Qué? ¿Qué? ¿De qué estás hablando, Aiden? ¿Alguien atacó a Robert? ¿Por qué demonios no me lo dijiste antes?"

Dio un paso adelante y Aiden inclinó la cabeza.

"Era Carson, ha vuelto y quiere a Robert".

Sean se quedó boquiabierto. Si cualquier otra persona hubiera pronunciado esas palabras, habría sabido que era mentira o, peor aún, una broma terrible.

Pero no Aiden.

Aiden no mentía, y Aiden definitivamente no bromeaba.

"¿Cómo... cómo es posible? Pensaba que..."

Recordó la explosión de Seaforth, las llamas que iluminaban las nubes de tormenta y se reflejaban en el fuerte aguacero.

No puede ser.

Cuando Sean volvió a hablar, su voz apenas superaba un susurro.

"¿Qué coño ha pasado, Aiden? ¿Qué...?"

Entonces Aiden salió a la luz y Sean casi se cae de espaldas.

"Fuuuuuck..."

La silueta del hombre no era del todo sólida y la luz a su alrededor vacilaba ligeramente.

Sean extendió un dedo y lo apuntó acusadoramente hacia el hombre.

"Eres... eres..."

"Muerto", terminó Aiden por él.

Algo se deslizó sobre su cabeza desde atrás, una tela gruesa y áspera, cegándole. Sean intentó darse la vuelta, pero antes de que pudiera moverse, algo se clavó en su columna vertebral -un puño, tal vez, o un pie- y cayó de rodillas. A continuación, una cuerda le rodeó la garganta, apretándole la capucha y cortándole al mismo tiempo el suministro de aire.

Su mano fue a por su pistola, pero encontró la funda.

"Así es, Sean", le susurró una voz familiar al oído a través de la

gruesa tela. "Aiden está muerto, y tú también lo estarás si no haces exactamente lo que te digo".

Sean resolló, intentando, pero sin conseguirlo, respirar hondo.

"¿Robert?", jadeó.

Capítulo 18

"**¿Cuántos** tienes esta vez?" preguntó Michael. El hombre que tenía delante era alto y delgado, con nariz de pico y ojos saltones.

Para Michael, parecía una rata de gran tamaño.

"Ocho. Ocho más".

"¿Ocho?"

El hombre asintió y se dirigió a la parte trasera del camión. Era un vehículo sencillo, no como los coches fúnebres que se ven en las películas. Eso era para el viaje a la iglesia, para guardar las apariencias. Después de mostrarlos en el ataúd, se retiraban los cuerpos, las cajas de pino se vendían o se reciclaban, y los cadáveres se enviaban aquí, al crematorio, en una sencilla furgoneta blanca de cubos.

O eso le había dicho Ratman.

A Michael le rugió el estómago mientras esperaba a que Vinny abriera la puerta trasera del camión. Sentía como si hubieran pasado cien años desde que le había arrancado el dedo índice a Robert de un mordisco, y eones antes de eso, cuando había mordisqueado a la chica de la jaula.

Su próxima comida tardó en llegar, pero ahora estaba ante él. La carne de macho no era su favorita -la testosterona agriaba el sabor-, pero sin duda le serviría de tentempié.

Ocho cuerpos más. Carson va a estar contento con el número, tiene que estarlo.

Al pensar en Carson, Michael se acordó de su primer encuentro fuera del edificio de su oficina y de sus posteriores discusiones en el parque y en el coche. Su impresión inicial de que el hombre era un psicópata iluso se había disipado casi en cuanto Carson abrió la boca. El hombre tenía una forma de hablar, de atraer a Michael, y no estaba de más que lo que dijera fuera cierto; Michael veía algo en los rostros de sus víctimas cuando exhalaban sus últimos alientos. Y ese aire, ese aire viciado y a menudo maloliente que expulsaban de sus bocas sin labios, era para él una especie de éter que rivalizaba con el sabor de su carne en la lengua.

Era un éter nocivo y adictivo que creía que Carson podía adquirir para él con creces.

Y todo eso antes de haber visto a los muertos cobrar vida, de haber presenciado cómo una mujer con una botella de whisky clavada en la cabeza se tambaleaba mientras Bella la desollaba con uno de sus muchos cuchillos diminutos.

Si lo que Carson había dicho sobre la Médula era cierto, le convenía ayudar al hombre en todo lo que pudiera. Y si eso

significaba que se llevaba un pequeño aperitivo por el camino, también estaba bien.

La sonrisa de su cara empezó a crecer, a pesar de que hacía que le doliera la piel hinchada del costado de la cara y alrededor del ojo.

"Date prisa, Vinny. Abre el camión y empecemos a tirar los cuerpos abajo". Michael se frotó las palmas sudorosas de las manos en los pantalones mientras esperaba impaciente a que el hombre actuara. No estaba nada seguro de por qué aquel tal Vinny, que a todas luces era uno de los *otros*, estaba de acuerdo con lo que decía Carson, pero no le importaba demasiado. Si lo hubiera pensado un poco, habría llegado a la conclusión de que se trataba del extraño encanto de Carson o de su inquebrantable creencia en una historia, un mito que Michael nunca había oído.

Vinny buscó las llaves en su cinturón para abrir la parte trasera del camión, pero se le cayeron al suelo embarrado.

Le temblaban las manos.

"Dame las putas llaves", refunfuñó Michael, apartando a Vinny de un empujón. Sólo había sido un ligero empujón, pero el hombre perdió el equilibrio y resbaló sobre su trasero.

Gritó, y Michael se volvió hacia él.

"Levántate", le ordenó. Un sonido procedente de la parte trasera del camión atrajo su atención hacia la puerta blanca y lisa.

Sus ojos se entrecerraron mientras escuchaba atentamente.

"¡Vale, vale! Me voy a levantar", respondió Vinny rápidamente, pero Michael le hizo callar y se centró en la parte trasera del camión.

¿Ya están aquí los quiddity?

Carson les había advertido que ahora vendrían más rápido, sobre todo después de lo que Robert había hecho con el cuerpo de la mujer, requisando su cadáver. Pero Michael no estaba tan seguro.

En cualquier caso, no hubo más sonidos procedentes de la parte trasera del camión, lo que no estaba seguro de cómo interpretar.

Sin duda había oído un ruido sordo hacía unos instantes.

"¿Qué estás...?"

"*Shhh.*"

Mientras esperaba, buscó las llaves en el suelo y las cogió. Las hizo sonar y esperó un poco más.

El único sonido que oía era el gruñido de su estómago.

"Ven aquí", le dijo a Vinny. El hombre estaba pálido, su nariz de rata se movía locamente. "Vamos, ven aquí de una puta vez".

Lanzó las llaves a Vinny y éstas le golpearon en el pecho. Para sorpresa de ambos, logró atraparlas.

Michael indicó la puerta con un movimiento de muñeca.

"Ábrelo".

El hombre parpadeó rápidamente y se puso delante de Michael, que

retrocedió varios pasos para alejarse del camión.

Por si acaso, por si acaso.

En caso de qué, no lo sabía.

¿Robert, tal vez? ¿O quien sea que se haya cargado a Jonah?

Cuando Vinny quitó la cerradura y agarró la parte inferior de la puerta, dispuesto a tirarla, Michael se tensó, preparándose para lo peor.

No pasó nada.

Vinny abrió la puerta de golpe y dio un salto hacia atrás, como si también hubiera estado esperando que ocurriera algo.

Todavía nada.

"Maldita rata", refunfuñó Michael, convencido por fin de que debía de ser sólo el motor apagándose, o un trozo de barro desprendido del hueco de la rueda. "Vinny, coge el primer cuerpo, tráelo abajo."

Vinny se introdujo en el camión y luego se agachó y cogió el primer cadáver. Tres veces había venido el hombre con cadáveres desde que Michael estaba en Scarsdale, y las tres veces los cuerpos habían estado en las gruesas bolsas negras para cadáveres. Esta vez, sin embargo, el primer cadáver que cogió Vinny no estaba envuelto en nada. Era sólo un tipo rubio y delgado de piel gris tendido desordenadamente de espaldas, con los ojos sin vida mirando al techo del camión. Vinny se echó el cuerpo al hombro y la cabeza del cadáver se inclinó hacia atrás de forma antinatural.

Fresco, muy fresco.

"Oye, ¿dónde están las bolsas?" Preguntó Michael mientras Vinny gruñía y pasaba a su lado.

"Medidas para reducir costes", dijo simplemente. Dio un paso tambaleante hacia la puerta y luego otro.

Michael negó con la cabeza.

Reutilizar y vender ataúdes era algo que podía entender, pero ¿escatimar en bolsas para cadáveres?

Malditos salvajes.

Le entraron más retortijones de hambre y se sacudió los pensamientos de la cabeza. Cuanto antes sacaran los cuerpos del camión, antes podría tomar su "tentempié".

Michael se dirigió hacia el camión y se metió dentro.

El olor era mejor de lo que esperaba. No olía muy bien -como un baño público, olía mucho a productos químicos que apenas tapaban el olor a heces-, pero tampoco era horrible.

Michael miró rápidamente los cadáveres del camión. Eran nueve, entre ellos dos que no podían tener más de diez años. Como había dicho Vinny, ninguno estaba en bolsas; simplemente yacían en el sucio suelo de madera contrachapada. Algunos habían rodado claramente durante el trayecto desde donde demonios había venido Vinny -una

funeraria, tal vez, o un cementerio- y uno estaba aprisionado contra la pared interior, comprimido por el cuerpo de un cadáver casi desnudo y mucho más gordo.

Vinny puede cargar con eso, pensó Michael.

Alcanzó a uno de los cadáveres más jóvenes, un hombre que parecía tener unos veinte años, y lo agarró por el tobillo. Estaba a punto de arrastrarlo hacia el borde del camión y bajarse de él, para echárselo al hombro como había hecho Vinny hacía unos momentos, cuando de repente se detuvo en seco.

Ocho. Ocho más.

Michael levantó los ojos. Había nueve cadáveres en el camión, y si incluía el que se había llevado Vinny, ya eran diez.

Entonces uno de los cuerpos se incorporó y Michael retrocedió dando tumbos. Se cayó de la parte trasera del camión y aterrizó con un ruido *sordo* en el suelo embarrado. Se esforzó por ponerse en pie y salir del barro cuando apareció una figura en la parte trasera del camión.

Llevaba una pistola en una mano y un escudo de oro en la otra.

"Oh, hola, Michael. Te hemos estado buscando".

Capítulo 19

"**¿Qué coño está pasando**? Aiden, ¿tú los trajiste *aquí*? ¿A este lugar? ¿Y moriste? *¿Qué* coño *está pasando?*"

Sean gruñó y movió las muñecas arriba y abajo contra la cuerda que las ataba. La capucha era en realidad una especie de bolsa gruesa, y dentro hacía un calor sofocante. El sudor le chorreaba por la cara y empezaba a empapar el material que le rodeaba el cuello, que seguía fuertemente atado por una segunda cuerda.

Cuando gritaba, el sonido era increíblemente fuerte en sus oídos.

"¿Cómo puedes traer a Robert aquí? ¡Él ha sido tocado por Leland, idiota! Él puede rastrearlo ahora. Y si lo encuentra... si..."

"¿Si encuentra a quién?", preguntó otra voz que Sean reconoció como la de Cal.

"¡Tú! Cal, debería haber dejado que te pudrieras en Seaforth."

Algo le golpeó en la coronilla y las estrellas se extendieron por el mar de oscuridad que era su visión. Respirando con dificultad, gruñó y trató de mantener la mente clara, a pesar del golpe.

¿Qué demonios creen que están haciendo? ¿Cómo... qué... Carson está vivo?

Tragó saliva, recordando lo que le había dicho a la Capa.

Carson está muerto. Sí, lo hice yo mismo.

"Joder", maldijo, decidiendo cambiar de táctica. "¿Qué quieres de mí, Robert? ¿A dónde me llevas?"

Esta vez, no hubo respuesta.

Sean cerró los ojos e intentó mantener la calma.

Pero no pudo hacerlo. La ira que se acumulaba en su interior era demasiado grande.

¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Engañada por Robert y sus amigos delincuentes? ¿Por Aiden?

Sean se revolvió contra las ataduras y echó el cuerpo hacia delante. Completamente ciego, su cara se estrelló contra lo que sólo podía ser el respaldo del asiento delantero. Pero eso no le detuvo.

Tuvo que conseguir que pararan el coche, que quitaran el capó. Para hablar con él.

Inmediatamente se balanceó hacia la izquierda, pegando el hombro a la puerta. Algo crujió y sintió que la ventana se inclinaba. Animado, volvió a lanzar su cuerpo contra la ventana, que se inclinó aún más.

"¡Va a romper la puta ventana! ¡Agárrenlo!"

Sean sintió que unas manos le agarraban los brazos, pero sacudió violentamente los hombros de un lado a otro, impidiendo que consiguieran un agarre sólido. Lanzó la cabeza a ciegas como si fuera un arma, guiándola con la frente, y ésta acabó chocando contra algo

duro.

Alguien gritó, y sintió que algo caliente y húmedo empapaba la parte superior de la bolsa. Por un breve instante, las manos que le sujetaban las muñecas se soltaron, y Sean aprovechó la ocasión para lanzarse por tercera vez contra la ventana.

Fue un acto de simple rabia ciega. No pensó en ello, en las consecuencias; su único objetivo era que detuvieran el coche, que dejaran de alejarse cada vez más de la que probablemente era la única persona que podía ayudarles. El hombre que podía protegerlos contra Carson.

La Capa.

La ventanilla se hizo añicos y el capó quedó salpicado de pequeños cubos que rebotaron como granizo. El ruido del viento fue de repente ensordecedor, y Sean volvió a su posición original. Aturdido, intentó moverse de nuevo, pero antes de que pudiera conseguirlo, algo se estrelló contra la parte superior de su cabeza.

Sólo que esta vez, fue lo suficientemente fuerte como para hacer un crujido audible.

El último pensamiento que pasó por la mente de Sean antes de perder el conocimiento fue que esperaba que Aiden no le tocara. Que no estuviera camino de la Médula para encontrarse con el hombre que había enviado allí hacía más de tres décadas.

***

Luces. Halos. Sudor punzante en los ojos.

Sean parpadeó y giró la cabeza hacia un lado, enviando una astilla de dolor desde la coronilla hasta los tobillos. Emitió un gemido largo y grave y volvió a perder el conocimiento.

***

Sean mantuvo los ojos cerrados esta vez y chasqueó la lengua. Tenía la boca tan seca que no podía tragar. Intentó lamerse los labios, pero su lengua era como velcro.

"Agua", graznó. "Agua".

Una mano le agarró la barbilla y la inclinó hacia atrás, provocando un sordo latido en espiral dentro de su cráneo. Le entró agua en la boca, pero fue tan inesperada que tuvo arcadas e intentó inclinar la cabeza hacia delante para escupirla. Sin embargo, la mano que tenía en la barbilla se mantuvo firme y volvió a tener arcadas.

Finalmente, le dieron un respiro y tragó. Le dieron más agua, una cantidad más razonable ahora, y la tragó con avidez.

Con un suspiro, Sean abrió por fin los ojos, parpadeando contra la

dura luz al tiempo que trataba de observar su entorno.

Para planear una huida.

Se encontraba en una especie de habitación gris, quizá de paredes de cemento o ladrillo, con una única bombilla colgando del centro. Le dolía el hombro derecho, que se había golpeado contra la puerta y la ventana, y cuando intentó mover los brazos, se dio cuenta de que los tenía atados por detrás y enganchados en el respaldo de una silla de metal.

Esta vez no se iban a arriesgar.

Aiden estaba de pie junto a la puerta, apoyado contra la pared. Cuando sus miradas se cruzaron, escupió un fino chorro gris de zumo de tabaco al suelo.

Un mareo le golpeó entonces, y Sean cerró los ojos.

"Tenemos que encontrar a Carson", exigió Robert. Sean volvió a abrir los ojos lentamente y se quedó mirando al hombre, maravillado por lo diferente que era ahora en comparación con cuando se habían conocido hacía tantos meses.

Por aquel entonces, Robert había sido manso, obediente, tímido y vacilante. Había sido desconfiado y reacio a aceptar la carta, y mucho menos a mudarse a la finca. Todo había girado en torno a Amy por aquel entonces, aunque Sean había sabido que la chica estaba muerta incluso antes de que se meara encima. Lo que no sabía, sin embargo, era el importante papel que la niña muerta de nueve años desempeñaría en los acontecimientos venideros.

Pero ahora, Robert se había endurecido, por dentro y por fuera. Tenía la cara amoratada y la parte superior de la oreja cubierta de sangre. Uno de sus pies apuntaba extrañamente hacia un lado y su mano derecha estaba cubierta de una gasa de color marrón oscuro.

En aquel entonces podría haber sido sobre Amy, pero ya no. A pesar de lo que pudiera decir, ahora se trataba de *él*.

Se trataba de Robert, y sólo de Robert.

Un escalofrío recorrió de repente la espina dorsal de Sean cuando Robert Watts dio un paso adelante y se acercó a escasos centímetros de su cara.

"Necesitamos encontrar a Carson, y tú vas a ayudarnos, joder".

Capítulo 20

La respiración de Carson era lenta, rítmica, y en eso se concentró primero. Imaginó que sus pulmones se inflaban, que el aire lo llenaba como una especie de globo orgánico, antes de ser expulsado de nuevo. Como de costumbre, los pensamientos empezaron a entrar en su cabeza: recuerdos mezclados con fantasía, de matar a su padrastro, de su primera matanza en el bosque aquel día con Buddy. En su mente, las personas a las que había matado eran monstruos de verdad, verdes y escamosos, con cuellos y gargantas enormes, capaces de devorar a la gente entera.

"Si aparece un pensamiento", dijo Bella con voz monótona, "no luches contra él. Concéntrate en él. Intenta encontrar dónde está en tu cerebro. Intenta capturarlo sólo con tu mente".

Carson hizo exactamente eso, y descubrió que perseguir los pensamientos en sus neuronas hacía que se desvanecieran.

Al fin y al cabo, no eran reales; los pensamientos no eran cosas reales y tangibles. Aparecían de la nada y desaparecían en el vacío.

Respiró hondo otra vez. Luego otra. Con cada respiración sucesiva, una oscuridad más profunda y completa empezaba a cercarle y los pensamientos dispersos se hacían cada vez menos frecuentes.

"Respira más profundo, Carson. Más profundo... deja que el aire llene no sólo tus pulmones, sino todo tu ser".

Carson inspiró por la nariz hasta que sintió que su pecho medía la circunferencia de la Tierra.

"Justo cuando crees que tus pulmones están llenos, inhala un poco más".

Empezaba a sentirse mareado y todo su cuerpo parecía hiperoxigenado; sentía hormigueo en los dedos de las manos y entumecimiento en los de los pies.

"Y más profundo", le susurró Bella al oído.

Su mente empezó a separarse de su cuerpo, a desencarnarse, como si se hubiera inyectado una dosis masiva de ketamina y se estuviera deslizando hacia el agujero K.

Sólo que esto era diferente.

Carson seguía presente, pero no como antes; sólo quedaba su esencia, su quididad. Todo lo demás se había desvanecido.

Su ídolo, su ego y su superego estaban envueltos en un paquete apretado, plegado sobre sí mismo como el ADN en un nucleosoma.

Se adentró más, sin oír a Bella ni sentir su propio cuerpo.

Transcurrió un tiempo, pero no supo cuánto. Podría haber sido un minuto, una hora, un día.

Y entonces desapareció incluso una comprensión básica y

rudimentaria del tiempo.

Sólo quedaba la identificación de Carson Black.

Y de la nada surgió el Mar.

***

La arena era suave y cálida en sus pies.

"¿Leland? ¿Estás aquí?"

Había tanta paz que Carson no quería moverse, y mucho menos caminar. Lo único que quería hacer era quedarse de pie y tomar el sol.

"¿Leland?"

Parpadeó lentamente, y cada vez que sus párpados se separaban, en lugar de aclararse, su visión se volvía borrosa, como si estuviera hundiendo la cabeza en el agua.

Al quinto o sexto parpadeo, la borrosidad desapareció y Carson enfocó a un hombre con sombrero negro. Unas sombras cubrían su rostro y su chaqueta vaquera desgastada estaba cubierta por una fina capa de arena.

"Carson... me alegro de verte, hijo mío."

Y entonces se echó a reír, un sonido chirriante que incluso hizo que Carson se encogiera.

"Padre, necesito tu ayuda otra vez".

De repente, el cielo estalló en llamas y el suave y despreocupado resplandor del sol se convirtió en un infierno casi insoportable.

El sudor brotó inmediatamente de la frente de Carson.

Carson inclinó la cabeza, pero el rugido de las llamas atrajo los ojos de Carson hacia arriba. En el fuego hirviente, vio la cara de James Harlop, la de Andrew Shaw y, finalmente, la de Jonah.

La visión del último hombre le hizo hervir la sangre casi tanto como el cielo.

"Robert es fuerte, demasiado fuerte... tomó el control de uno de los muertos".

Al mencionar el nombre de su otro hijo, la cabeza de Leland se inclinó ligeramente hacia arriba. Bajo el ala, Carson le vio la barbilla, pero no tenía cicatrices ni estaba quemada por el sol, como había imaginado. En cambio, era suave y lisa. Cuando la cabeza se inclinó un poco más, vio un labio inferior grueso, rojo y carnoso.

¿Qué demonios?

Pero entonces Leland volvió a bajar la cabeza y la fugaz imagen desapareció.

"¿Robert tomó el control?"

"Sí. Necesito que... me enseñes a hacer lo mismo".

Hubo una pausa y Carson se secó el sudor de la frente. Intentó mover los pies, pero estaban pegados al suelo alquitranado. No se

asustó. De hecho, una pequeña sonrisa cruzó su rostro. Aquél era su lugar, y allí volvería algún día con Leland en cuerpo y alma.

Para gobernar como presagiaba la profecía.

"Carson, puedo enseñarte, pero lo que Robert hizo... no es sin riesgos, consecuencias. Si vas demasiado lejos..."

Carson enarcó una ceja ante la aprensión de su padre; aquel temor no era propio de él. En las pocas ocasiones anteriores en que había profundizado lo suficiente como para transportar su mente a la Médula, el hombre había sido implacable en su necesidad de generar una grieta. Su deseo había sido omnímodo.

Los ojos de Carson se desviaron hacia arriba y contempló los rostros moldeados en fuego.

Todos los demás antes que yo han fracasado.

"No te defraudaré, Padre. Abriré la grieta".

Leland no respondió de inmediato, dejando que Carson escuchara el rugido del fuego en lo alto y el agitado mar a sus espaldas.

"Cuanto más tiempo permanezca aquí, más probable es que lo *sientan"*, dijo Leland al fin. "Y cuanto más esperemos para abrir la grieta, más probable es *que* frustre nuestros planes".

Carson asintió; no era necesario aclarar quién era el "él" del que hablaba su padre.

Sean Sommers.

Leland bajó el sombrero negro y, cuando volvió a hablar, su voz había descendido varias octavas.

"Déjame a Sean a mí."

Carson tragó saliva y asintió.

"¿Dónde está Robert ahora?"

"Ha... ha dejado la finca Harlop, dirigiéndose al este. Pero hay algo más... *alguien* más con él, *en* él. Bloqueándome. No puedo... no puedo localizarlo".

Leland extendió la mano derecha y, por una fracción de segundo, lo que Carson vio ya no era una mano humana. En su lugar había una oscura y correosa que se extendía en tres largas y puntiagudas garras.

"Alguien me está bloqueando", repitió Leland, y cerró el puño, su mano volviendo a su típica forma humana.

La mente de Carson volvió a la escena de la mujer agarrando al puto niño de las gafas en la finca Harlop, y a la forma en que se había sentido atraída por Robert poco antes de que Carson perdiera el control sobre ella.

Y Robert se había hecho cargo.

Apretó los dientes. Era el quiddity de esa mujer lo que bloqueaba a Leland, estaba seguro.

De alguna manera Robert la había implantado en su cabeza.

"No te fallaré, Padre. Ahora dime cómo controlar a los muertos...

dime cómo puedo liberarte a ti y a todos nuestros hermanos y hermanas de este lugar".

Capítulo 21

"**¿Creéis que** sabéis algo? ¿Creen que saben lo que está en juego aquí?" Sean siseó. "No sabéis nada. Debería haberte matado cuando tuve la oportunidad. Si hubiera sabido que te pondrías así de jodido, Robert, que irías en busca del mismo hombre que quiere usarte para destruir el mundo, te habría matado a tiros en la puerta de tu casa la primera vez que nos vimos."

Robert estaba de espaldas cuando le habló, pero la mención de aquel primer encuentro debió de tocarle la fibra sensible, porque se dio la vuelta. En un segundo, estaba sobre Sean, con las manos clavadas en sus muslos mientras se inclinaba hacia él.

"Bueno, no lo hiciste, ¿verdad?"

Sean intentó apartar la mirada, pero Robert le agarró la cara, pellizcándole las mejillas con fuerza. Lo miró directamente a los ojos.

"¿No es así?"

"No", logró Sean, y luego sacudió la cara.

"No, no lo hiciste. Ahora vas a ayudarnos a encontrar a Carson, o Aiden te va a dar un buen abrazo. ¿Qué te parece?"

Sean miró a Aiden, pero el hombre no reaccionó más allá de dar lo que se estaba convirtiendo rápidamente en su respuesta patentada: escupir en el suelo. Sean respiró hondo.

"No puede estar aquí, Robert. Tú lo sabes. Cuanto más tiempo se quede, más..."

"¡Me importa una mierda!" Robert gritó de repente, y Sean retrocedió.

El hombre había cambiado, eso era seguro, pero esto era una locura. Era una persona completamente diferente frente a él.

¿Qué demonios le ha pasado?

Se había cabreado cuando todos se habían ido de Seaforth, pero no se había puesto *así.*

¿Qué coño le ha pasado?

Cal, que hasta ese momento había estado mirando a un lado con los brazos cruzados sobre el pecho, se adelantó de repente y cogió el brazo de Robert.

Robert se encogió de hombros.

"¿Dónde está Carson, Sean? ¿Vas a decirme dónde coño está?"

Sean se encogió de hombros lo mejor que pudo dadas sus limitaciones.

"¿Cómo coño voy a saberlo? ¡Creía que estaba muerto! ¡Dijiste que estaba muerto! Dijiste que le disparaste en Seaforth, ¿recuerdas? Maldita sea, Robert, ojalá te hubiéramos dejado en esa isla. Cada *minuto* que sigues vivo es un segundo más cerca de que Leland abra la

grieta".

"Sí, tal vez no deberías haberlo matado, entonces, ¿alguna vez pensaste en eso?"

Sean hizo una mueca.

"¿Crees que sabes lo que pasó? ¿Crees que sabes *algo*? Déjame decirte algo, maldito imbécil, si no fuera por la Capa, entonces..." Sean cerró la boca. Había empezado a divagar; había dejado que aquel hombre, aquel *don nadie*, se metiera en su piel. Y había dicho demasiado.

Quizá Robert no era el único que había cambiado.

Robert había empezado a alejarse cuando Sean comenzó su diatriba, pero ahora se dio la vuelta.

¿"La Capa"? ¿Te refieres al hombre del sombrero? ¿Te refieres a Leland?"

Sean permaneció callado.

"¿De quién estás hablando, Sean?"

Robert levantó los brazos.

"Aiden, ¿alguna idea de cómo hacer hablar a este hombre?"

Al igual que Sean, Aiden no dijo nada.

"Sean, las cosas han cambiado. Tenemos que llegar a Carson antes de que venga por nosotros. ¿Lo entiendes? Ya no podemos quedarnos sentados mientras él colecciona más de sus monstruos y más muertos. De hecho, si no fuera por Aiden, ya estaríamos muertos", dijo Cal, con una voz sorprendentemente tranquila.

"Sí, ¿y quién crees que le dijo que te cuidara, eh? Sí, eso es lo que pensé".

Algo se cruzó en el rostro de Robert y, cuando habló a continuación, había recuperado cierta apariencia de control.

"Si no encuentras a Carson, entonces dime dónde está el libro".

Sean apretó aún más los labios, como si permitir que se abrieran lo tentara más a hablar. Los puños de Robert se apretaron y se soltaron, y Sean supo que el hombre estaba a punto de arremeter físicamente.

No le importaba. No sería la primera vez que le pegaban, y lo habían hecho hombres más grandes y más malos que ese puto contable que tenía delante.

Pero en lugar de darle un puñetazo, Robert se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Pasó junto a Aiden sin decir una sola palabra y salió de la habitación.

La puerta se cerró tras él y los tres se quedaron en silencio. Durante un largo rato, nadie dijo nada, pero como Sean había predicho, Cal no podía mantener la boca cerrada para siempre.

"Joder, Sean, ayúdanos a encontrar a Carson. Confía en mí, sabemos lo que está en juego. Por favor."

Sean miró al hombre.

"¿Por qué el cambio de corazón de repente? Hace dos semanas, queríais dejar esta mierda atrás. ¿Y ahora qué? ¿Os pica?"

Cal suspiró y rodó los hombros.

"Para que conste, siempre estuve dentro. Pero ahora... las cosas son diferentes, desde que Shelly..."

Y entonces le tocó a Cal callarse.

Fue entonces cuando Sean se dio cuenta de que el chico de las gafas y Shelly faltaban en toda esta escena.

Toda esta banda de delincuentes cazafantasmas.

"¿Qué? ¿Se rindieron? ¿Shelly y el chico?"

El rostro de Cal se endureció.

"No. El chico se ha ido. El maldito imbécil de Carson lo enfermó de muerte y lo envió a la Médula".

Sean no dijo nada. El chico conocía los riesgos; él mismo se los había explicado antes de transportar a Allan a Seaforth.

Aun así, otro muerto significaba otra muesca en el cinturón de Leland, otro soldado potencial para que lo utilizara en la gran guerra que se avecinaba.

En cuanto a Shelly...

"¿Qué le pasó a Shelly?"

Cal apartó la mirada y, en ese instante, Sean supo que le había ocurrido algo. No la habían enviado a la Médula, eso era seguro, pero había ocurrido algo más. Algo que había hecho que Robert cayera en picado. Sean se devanó los sesos, recordando cómo habían interactuado ambos cuando estuvo en su presencia. Habían estado unidos, *estaban* unidos; lo sabía por la forma en que Robert había protegido a Shelly tanto en el helicóptero como en Seaforth.

¿Le había dejado? ¿Era eso?

Planteó la pregunta a Cal, que de repente se enfadó, de forma parecida a como había actuado Robert hacía unos momentos.

"¡Dinos dónde está, Sean! ¡Dinos dónde coño se esconde Carson! Sabemos que puedes llegar a él. *¡Ahora sólo dinos dónde está!*"

Sean observó atentamente al hombre. Las manos de Cal se movían a los lados, pero no agresivamente, como las de Robert. Esto era diferente.

¿Frustración, tal vez? ¿O celos? ¿Por qué Robert está tan enojado? Sólo estaba así de molesto cuando se enteró de lo de Amy, cuando...

Sean se incorporó y tiró con fuerza de sus ataduras.

"Está embarazada, ¿verdad? ¡Por el amor de Dios, dime que Shelly no está embarazada!" Las cuerdas se clavaron profundamente en sus muñecas, pero esto sólo le hizo tirar con más fuerza. "¡Dime que no era tan estúpido!"

Cuando Cal apartó brevemente la mirada, Sean supo que sus palabras eran ciertas.

Y entonces le llegó otra revelación, lo que le había molestado de lo que había dicho la Capa, cuando había leído la profecía.

Sólo la quididad de un niño, de un niño poderoso nacido de dos Guardianes, podrá mantenerla abierta y permitir que las almas pasen al mundo de los vivos.

Dos Guardianes.

Dos putos Guardianes, no uno.

La visión de Sean se volvió roja de repente.

No era a Amy a quien Leland pretendía usar para mantener la grieta abierta, sino a este niño nonato. El hijo de Shelly y Robert, el hijo de *dos* Guardianes.

"¿Dónde está Shelly ahora?", preguntó, con el corazón latiéndole tan fuerte en el pecho que apenas le salían las palabras.

Cal se quedó inmóvil, pero no se volvió.

Sean tiró de las cuerdas con tanta fuerza que la silla de madera crujió. Luego saltó hacia delante, levantando las cuatro patas de la silla unos centímetros del suelo. Aiden finalmente se dio cuenta y se alejó de la pared.

"¡Shelly! ¿Dónde está Shelly?", gritó. Volvió a saltar, y esta vez sintió que las piernas debajo de él se flexionaban un poco. "¡Robert! *¡Robert*! ¡Vuelve aquí, joder! *¡¿Dónde está Shelly?!"*

Capítulo 22

El alcaide Ben Tristan no estaba seguro de dónde estaba. De hecho, no estaba nada seguro de lo que le había ocurrido. Lo último que recordaba era la horrible escena de su amigo, del padre Callahan, siendo despedazado, y a Carson Ford realizando algún tipo de magia negra y vudú para mantenerlo con vida.

Y entonces el bastardo cabeza cuadrada lo empujó al vacío, y se había despertado en una playa, de todos los lugares.

¿Estoy muerto? ¿Esto es el cielo?

Desde luego, parecía el paraíso. Hacía mucho tiempo que no iba a la playa, es decir, fuera de las rocosas costas de la prisión de Seaforth. Después de haber pasado la mayor parte de la última década encerrado entre los grises muros de cemento de la prisión, Ben era de lo más pálido que había y no se llevaba bien con el calor. Pero el tiempo aquí, dondequiera que estuviera, era sencillamente perfecto: cálido y soleado, sin llegar a ser excesivamente caluroso.

Y la arena era como perlas de terciopelo bajo sus pies y entre sus dedos. Miró hacia abajo y se sorprendió al ver que estaba descalzo. Seguía vistiendo su uniforme de celador, que extrañamente no le resultaba incómodo a pesar de estar diseñado para un clima mucho más frío. Llevaba los pantalones remangados hasta la pantorrilla -sus pantorrillas eran demasiado gruesas para remangarlos más-, pero no recordaba haberlo hecho.

A continuación, Ben volvió la cabeza hacia el oleaje, y su sonrisa se transformó lentamente en ceño fruncido. Aunque hubiera olvidado todo lo que había pasado antes de llegar a la playa, aunque recordara haber conducido hasta la playa, mirando aquel oleaje, habría sabido que algo no iba del todo bien.

Eran las olas; el agua rompía exactamente igual en todas y cada una de ellas. Mientras miraba a lo largo de lo que parecía ser una costa infinita, Ben vio que, como una especie de extraña ilusión óptica, las olas eran siempre las mismas. *Exactamente iguales*.

Ben parpadeó con fuerza y se frotó los ojos con los talones de las manos.

Estoy muerto o inconsciente; en coma, tal vez.

Se encogió de hombros. En cualquier caso, no había mucho que pudiera hacer al respecto ahora.

"¿Hola? Hola?" Su voz se reflejó a través de los idénticos whitecaps y rebotó hacia él. Se tapó la boca con las manos. "¿Hola*? ¿Hay alguien ahí fuera?*"

Como era de esperar, su llamada no obtuvo respuesta.

Ben se acercó al agua, probándola primero con el dedo gordo del

pie. Era increíblemente cálida y acogedora, como el agua del baño.

A continuación metió todo el pie y, antes de darse cuenta, estaba hasta los tobillos.

De repente, un pensamiento pasó por su mente.

Reponer las reservas, renunciar a ti mismo por un bien mayor.

Ben arrugó la cara. Era algo tan extraño que le vino a la cabeza en aquel momento, tan ajeno, que le hizo detener su avance y mirar a su alrededor.

El agua le ondulaba en los tobillos, aunque ya no se movía, y las olas perpetuas parecían haberse calmado a su alrededor.

Ben sacudió la cabeza y dio otro paso adelante. Parecía que cuanto más se adentraba, menos sensibilidad tenía en las piernas, como si el agua caliente fuera como novocaína para su piel.

Al principio fue agradable, pero a medida que avanzaba, se volvió inquietante, una sensación que le hizo detenerse.

¿Qué demonios estoy haciendo aquí?

El agua estaba ya cerca de sus pantalones arremangados, y cuando miró hacia abajo para ver si el dobladillo se había mojado, notó algo en el agua.

Al principio, Ben pensó que era un pez, una especie de pez verde brillante. Intrigado, se dobló por la cintura, tratando de distinguir los detalles. Ciertamente tenía la forma de un pez; medía unos quince o veinte centímetros de largo, con una cabeza grande y una cola fina. La cola en sí estaba formada por aletas de color amarillo brillante, con telarañas iridiscentes entre las espinas individuales. En su limitado tiempo libre, Ben había sido un ávido pescador, aunque con su puesto en Seaforth, no había salido en mucho tiempo. La última vez que había ido a pescar había sido a principios de febrero, cuando él y Quinn habían hecho un agujero en el hielo y se habían tomado unas cervezas. Lo único que habían pescado era un zumbido y un escalofrío.

Quinn...

Ben sacudió la cabeza, no quería rememorar este extraño lugar. En lugar de eso, se centró en el pez, que, cuanto más lo miraba, menos se parecía a nada que hubiera visto antes. En primer lugar, no parecía sentirse intimidado por él, sino que su presencia lo animaba, entrando y saliendo del espacio entre sus piernas. Era un pez ancho y, desde su posición ventajosa, a Ben le pareció que sólo tenía la anchura de una rebanada de pan. Era hipnótica la forma en que revoloteaba por el agua, vibrando a lo largo de su longitud, pero cuando esta vez pasó frente a él, dejó de moverse y pareció cernirse. Una extraña compulsión se apoderó repentinamente de Ben y fue a agarrarlo.

Pero nunca lo tocó. En cambio, en cuanto sus dedos se acercaron a la superficie del agua, algo cambió.

De repente, el pez se puso de lado y su color cambió a un verde blanquecino. Por una fracción de segundo, Ben pensó que había muerto, que había sufrido el proceso de palidecimiento que experimentan todos los peces muertos cuando flotan en la superficie.

Pero entonces el costado del pez parpadeó y una docena de ojos se abrieron de repente.

Y no eran ojos de pez. Eran ojos humanos. De hecho, se parecían mucho a los ojos azules que Carson había sostenido en sus palmas hacía lo que parecía una década.

Los ojos de Quinn.

Ben retiró la mano y se irguió como un rayo, con el corazón acelerado y sudor en la frente. El pez se enderezó y, con sorprendente rapidez, se perdió de vista.

Tragando saliva, Ben intentó comprender lo que acababa de ver. Pero nada de lo que se le ocurría le ayudaba a racionalizar la experiencia. Sintiéndose de repente incómodo en el agua caliente, empezó a retroceder hacia la orilla. Ya estaba casi en la arena cuando oyó una voz detrás de él y se dio la vuelta.

"Hola".

Ben entrecerró los ojos contra el sol brillante y salió completamente del agua.

¿Un espejismo?

Sin embargo, el chico que tenía delante parecía bastante real, con gafas de botella de Coca-Cola. Delgado, joven y pálido a pesar del sol.

"Hola", repitió, con expresión neutra. "Me llamo Allan. Allan Knox".

Capítulo 23

"¡Despierta! ¡Carson, *despierta de* *una puta vez!*"

Las palabras se filtraron hasta él como a través de un largo túnel o una lata.

"¡Carson!"

Sintió que su cuerpo se balanceaba, como si estuviera surfeando sobre las mismas olas que él y su padre estaban tan desesperados por evitar.

Puedo enseñarte... pero no es sin riesgos, consecuencias.

Una sonrisa apareció en los labios de Carson, que abrió los ojos lentamente. Bella se cernía sobre él, con la cara a escasos centímetros. Sus dedos se clavaron en la parte superior de sus brazos.

"¿Carson?", dijo ella, repitiendo esta vez su nombre como una pregunta. Ella lo soltó e intentó apartarse, pero Carson la rodeó con los brazos por la cintura. Luego la besó en los labios. Ella gruñó y se soltó.

"Carson, ¿qué coño estás haciendo? ¡Levántate!"

Se puso en pie y Carson se colocó a su lado. Estaba desnudo y cogió los calzoncillos que tenía encima del montón de ropa. Mientras se los ponía, Bella empezó a divagar.

"Joder, no te vas a creer lo que ha pasado cuando estabas fuera. ¡El maldito Vinny trajo policías con él! Están arriba ahora mismo, y tienen a Michael."

Respiraba con dificultad, al borde de la hiperventilación. No recordaba haberla visto nunca así.

"Cálmate, Bella. Cálmate, apenas te entiendo. ¿La policía? ¿Están arriba?"

Bella asintió, con los ojos todavía muy abiertos.

"Michael los está entreteniendo, pero puedo oírlos hablar justo afuera de la puerta. Van a entrar, Carson. No sé qué coño les dijo Vinny, pero están aquí y saben que tú también estás aquí. No sé cómo, pero *lo saben*".

Carson frunció el ceño. No le gustaban los policías por razones obvias.

"¿Cuántos hay?"

"Dos-dos que yo sepa. Pero ya conoces a los polis. Siempre llamando a sus amigos. Podría haber más en camino".

Esto alivió un poco la ansiedad de Carson. La última vez que lo habían detenido, había necesitado una docena de agentes de policía.

"Dos hombres". Respiró hondo y sacudió todo el cuerpo. "Bueno, Bella, vamos."

Entornó la cara.

"¿Ir a dónde? ¿No me has oído? ¿Has perdido la cabeza hablando con la Cabra?". Señaló el crematorio cubierto de hollín. "Estamos atrapados aquí abajo. Ellos están arriba, al otro lado de la puerta. A menos que conozcas un pasadizo secreto, estamos *jodidos*".

Carson miró a Bella.

"¿No tienes fe, Bella?"

"¿Fe? *¿Fe?*"

Carson ignoró su incredulidad. Luego se dirigió hacia la escalera.

¿"Carson"? *¿Carson?* ¡Joder!" Bella gritó.

Pero mientras él subía las escaleras, ella le seguía de cerca.

Volvió a sonreír.

***

"Mantengan las manos en alto", oyó Carson que le decían desde el otro lado de la puerta. El cristal era unidireccional, diseñado para mantener alejadas las miradas indiscretas del crematorio. Desde su posición ventajosa, Carson sólo podía ver a Michael de perfil, con las manos en alto como se le había ordenado. No podía ver quién le había ordenado quedarse quieto.

Carson se volvió hacia Bella.

"¿Estás seguro de que Vinny trajo cuerpos de vuelta?"

Bella asintió.

"¿Qué vas a hacer?"

"Ya lo verás. Quédate detrás de mí".

Antes de que pudiera protestar, Carson abrió la puerta de par en par y salió a la embarrada tarde.

"Caballeros", proclamó, con los brazos abiertos, mostrando que no llevaba armas. "¿Cuál parece ser el problema aquí?"

"¡Quieto!"

Carson hizo caso omiso de la orden y siguió caminando hasta situarse junto a Michael, que lo miraba con una expresión extraña en el rostro.

"¡Quieto o disparo!"

Esta vez, Carson se detuvo y observó la escena.

Dos hombres estaban a unos tres metros de él y Michael. Eran los típicos policías, o quizá detectives. Uno de ellos era mayor, de unos cincuenta años, quizá, y llevaba una fea americana a cuadros. El otro era más joven, guapo y evidentemente verde por la forma en que sostenía la pistola, como si le debiera dinero. Estaba claro que habían estado esperando a que Carson saliera del edificio, de lo contrario ya lo habrían detenido.

"Y ahora aparece el obligado hombre en calzoncillos", dijo el más joven con una mueca. Carson oyó que la puerta se abría a sus

espaldas, pero no se volvió. Mantuvo los ojos fijos en los del detective más joven.

"Ah, y por supuesto, ahí estás. Brutal corte de pelo, por cierto. ¿Por qué no te pones en la cola ahí al lado de tus novios?".

Bella hizo lo que le ordenaron, con los brazos en alto. Carson le lanzó una mirada, una sonrisa tranquilizadora, haciéndole saber que todo iba según lo previsto. Ella negó con la cabeza.

"Y ahora sólo necesitamos al pedófilo de la camiseta de Mickey y estaremos listos". El joven lanzó una mirada hacia la puerta por la que Bella y Carson habían salido hacía unos momentos. "¿Está ahí dentro con vosotros?"

"¿Quién? ¿Jonah? Sí, tuvo un pequeño accidente".

"¿Accidente?"

Carson se encogió de hombros.

"Alguien le hizo un agujero en el pecho".

Ninguno de los dos detectives reaccionó al comentario.

"Déjenme preguntarles algo, detectives, ¿es así? Ustedes *son detectives*, ¿no?"

No contestaron, pero la expresión del anciano se relajó durante una fracción de segundo.

"Ah, sí, detectives. Escuchen, ustedes se ocupan de muchas muertes, ¿verdad? Quiero decir, usted" -señaló al hombre más joven con la barbilla- "¿parece alguien de Nueva York o quizá de Chicago? ¿Es así? Sí, puedo verlo en tu cara. Así que debes haber visto mucha muerte en tu vida. ¿Has...?"

"Basta de cháchara", le ordenó el hombre mayor. "Ponte de rodillas y entrelaza los dedos detrás de la cabeza".

"Es de mala educación interrumpir", le dijo Carson al hombre. Pero hizo lo que se le ordenaba, sus rodillas haciendo un sonido de succión en el barro. En su periferia, vio a Bella y Michael hacer lo mismo.

"Espero que tengas un puto plan", refunfuñó Michael lo suficientemente alto como para que le oyera.

"Cuando eres joven, te cuentan cosas, te enseñan lo que creen que es correcto, sobre la vida y la muerte. Te dicen..."

"Eh, predicador Tom, cierra la puta boca y pon las manos detrás de la cabeza, ¿vale?"

Carson entrelazó los dedos. Dejó que sus ojos vagaran entre los dos detectives, concentrándose ahora en la parte trasera del camión cúbico, cuya puerta seguía levantada. Dentro, podía ver el contorno de varios cuerpos. Había sombras pesadas, indistintas, pero contó al menos seis.

Más que suficiente.

Y por alguna razón, ni siquiera estaban en bolsas para cadáveres.

Aún mejor.

"Al crecer, te dicen que la vida es preciosa, única, que debes saborear cada momento. Te dicen que cuando mueres es una calle de sentido único". Mientras hablaba, cerró los ojos y empezó a respirar profundamente, tal como le había dicho Leland. El detective dijo algo, pero él se concentró en su interior y no captó las palabras. Alargó la mano hacia la médula, recordando la salmuera en el aire, el suave sonido de las olas al romper.

"Te dicen que una vez que llegues a la otra vida, serás recompensado, te darán tu jodido trocito de Cielo. Pero lo que *no* te dicen es que lo que experimentas es en realidad el Infierno".

La mente de Carson saltó sobre las olas y empezó a dibujar lentamente una imagen de la parte trasera del camión, los contornos de los cuerpos. A medida que se concentraba, empezó a distinguir formas en la playa; no seis, sino ocho figuras, todas de pie, con la cabeza gacha, sin hablar, sin moverse.

Te tengo, pensó. *Os tengo a todos.*

"Mintieron", continuó. "La muerte no es una calle de sentido único".

Con la mente, Carson se fijó en la quididad perdida, y luego inspiró profundamente y volvió a su cuerpo.

Sólo que no volvió solo.

"¡Joder!", oyó gritar a alguien, seguido del sonido de pasos pesados sobre la plataforma del camión. Abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo el detective más joven se daba la vuelta mientras uno de los muertos caía literalmente del camión. Torpe, como un ternero recién nacido, intentó levantarse, pero volvió a desplomarse.

"¡Qué coño!", gritó, cayendo hacia atrás mientras el resto de los muertos del camión se ponían en pie.

Efectuó dos disparos, uno de los cuales impactó en el cadáver más cercano con un ruido sordo, mientras que el otro rebotó en algo metálico.

"¡Ed! ¡Jesucristo, qué mierda!"

El otro detective, el más veterano, había sido diligente, controlado, manteniendo la vista en Michael todo el tiempo que su compañero estuvo gritando y disparando. Pero ahora cometió un error fatal.

El hombre al que el más joven había llamado Ed miró para presenciar los horrores que se tambaleaban desde la parte trasera del camión. Fue un gesto sutil; ni siquiera giró la cabeza del todo.

Pero aún estaba demasiado lejos.

Bella se puso en pie de un salto y luego voló literalmente a través de la distancia que los separaba con la gracia de una bailarina, pero mucho más mortífera.

Agarró al hombre por el hombro delantero y lo hizo girar, al tiempo que se colocaba detrás de él. El hombre giró sobre una rodilla, y fue entonces cuando ella sacó la espada y se la clavó en la base de la

garganta.

El hombre dejó caer su arma.

"¿Greenhorn?" Dijo Carson, poniéndose de pie. "Creo que deberías seguir el ejemplo de tu compañero y soltar el arma, ¿no?".

"Demasiado para 'detectar', joder", oyó decir Carson al detective más joven antes de dejar caer su arma al suelo.

Capítulo 24

"**Robert, tienes que** dejarme ir. Por favor, necesito ir a ver a la Capa. Ha habido algún tipo de... error", suplicó Sean. Su mente trabajaba a mil por hora, tratando de averiguar y comprender las implicaciones de su error.

Desde entonces, Robert había vuelto corriendo a la habitación donde Sean estaba cautivo, aunque sólo fuera para que dejara de gritar. Sólo que cuando apareció, su rostro no estaba grabado en el miedo como Sean había esperado que fuera; en cambio, sus cejas estaban levantadas en lo alto de su frente, su reacción era de sorpresa.

"¿Quién demonios es la Capa?", preguntó, a lo que Sean se limitó a negar con la cabeza.

"Por favor, necesito hablar con él. Necesito volver a ver el libro".

La mención del libro había despertado claramente su interés, pero Sean decidió adoptar un enfoque diferente.

"Mira, me llevas a ver a la Capa, me dejas leer el libro, y si después de todo eso sigues queriendo cazar a tu hermano, te ayudaré".

Los ojos de Robert se entrecerraron, y Sean se preguntó si podría ver a través de sus mentiras.

"Así que ya sabes dónde está."

Sean negó con la cabeza.

"Yo no he dicho eso. Pero puedo... soy muy buena encontrando gente, Robert. Tú más que nadie deberías saberlo".

Robert pareció meditarlo, mordiéndose el labio. Pero antes de tomar una decisión, Cal se le acercó y le susurró algo al oído. Robert asintió a su amigo.

"¿Y bien? ¿Vas a dejar que me vaya?"

A continuación, Robert miró a Aiden, que había vuelto a su puesto junto a la puerta. Hubo una especie de intercambio silencioso, del que Sean no estaba al tanto.

"¿Quién demonios es este 'Capa'? ¿Es otro de tus matones? ¿Es todo esto una estratagema para que uno de tus esbirros venga a eliminarnos?".

Sean suspiró.

"Robert, es..."

Robert volvió a acercarse a él.

"Hace unos minutos gritabas que tenías que haberme matado -señaló a los demás presentes-, que tenías que habernos matado a todos. ¿Y ahora qué? ¿Se supone que debo creer que has cambiado de opinión? ¿Qué pasa, Sean?".

Sean apretó los labios desafiante y Robert se volvió hacia Cal.

"¿Qué le has dicho?", dijo, con un tono acusador. Cal desvió la

mirada y se encogió de hombros.
"No dije nada, sólo..."
Las palabras de Cal se desvanecieron cuando una repentina presión en el pecho de Sean atrajo toda su atención. Apretó los ojos con fuerza, y la habitación de cemento en la que estaba retenido se desvaneció de inmediato y una escena ajena pasó por su visión.
Dos disparos, un grito. Un hombre con una incisión en forma de "Y" tropieza torpemente, cayendo al suelo embarrado.
Una amplia sonrisa, de proporciones parecidas a las de Cheshire.
Más gritos.
Sean abrió los ojos y miró a Robert. El hombre también hacía muecas, y era evidente que también había sentido algo.
Había habido otra onda en la Médula, algo que no estaba del todo bien. Sólo que éste era más poderoso que con los Harlops, o incluso en Seaforth.
Carson *estaba* vivo; Sean estaba seguro de ello ahora. Sólo un Guardián podría haber causado tal revuelo.
"¿Sientes eso?", jadeó, sabiendo la respuesta antes incluso de formular la pregunta. Robert asintió y el hombre carraspeó, tratando de disimular el dolor.
Esto sorprendió a Sean; la mayoría de los otros Guardianes que había conocido a lo largo de los años sentían estas ondulaciones en la Médula como una punzada, una palpitación, o simplemente una sensación de que algo *no iba bien*. Pero Robert era diferente; al igual que Sean, Robert lo sentía en *lo más profundo de* su ser.
"No puede quedarse aquí", dijo Sean por fin, refiriéndose claramente a Aiden. "Carson ha hecho algo, *está* haciendo algo, y no tenemos mucho tiempo. Cuanto más tiempo..."
"Se queda, al menos hasta que nos digas qué quieres, hasta que nos digas dónde está Carson".
Sean volvió a cerrar los ojos y sacudió la cabeza. A pesar de la revelación, no podía darle a Robert la información que tan desesperadamente buscaba. Al menos, no hasta hablar con la Capa.
La Capa sabría qué hacer.
Sean se resignó a bajar la cabeza. Estaba claro que no iba a llegar a ninguna parte con esos hombres, al menos no con su enfoque actual.
"Robert, la Capa es un Guardián, como tú y como yo. Lleva por aquí incluso más tiempo que yo, si te lo puedes imaginar. Y necesito ir a hablar con él".
Robert cruzó los brazos sobre el pecho, pero a pesar del gesto, Sean sabía que había captado el interés del hombre.
Pero Cal fue el primero en hablar.
"¿Y por qué, por favor, necesitas tan desesperadamente ver de repente a este misterioso cruzado con capa?".

Sean no apartó los ojos de Robert cuando respondió.

"Porque... porque no es a Amy a quien Leland necesita, sino al bebé de Shelly".

Robert dejó de pasearse y se volvió para mirar a Sean.

"¿De qué estás hablando? Ya tiene a Amy, *mi* hija".

Sean suspiró.

"Robert, no lo entiendes... la profecía, la profecía no dice *que un hijo de un guardián mantendrá la grieta abierta*, sino *un hijo de Guardianes*. Guardianes, *en plural*".

Robert detuvo su avance.

"¿Qué estás diciendo, Sean?"

"Lo que estoy diciendo es que Shelly es una Guardiana, Robert. Y Leland no necesita a Amy, pero necesita al bebé nonato en el vientre de Shelly".

Capítulo 25

El arma del detective aterrizó en el barro con un estruendo audible.

"¿Qué coño está pasando?" balbuceó Hugh. Intentó retroceder para alejarse del camión, pero su tacón se enganchó y cayó de culo. Luego se quedó inmóvil y observó cómo los siete cadáveres salían de la parte trasera del camión. Algunos aterrizaron torpemente de pie, mientras que otros simplemente cayeron de bruces, sin molestarse siquiera en prepararse para el impacto. Aunque todos siguieron una ruta única y descoordinada desde la plataforma del camión hasta el suelo, tenían algo más en común que su carne horriblemente pálida, sus heridas y el maquillaje embadurnado de las vistas fúnebres: por muy torpemente que cayeran, acababan poniéndose en pie.

Incluso para Carson, estos muertos eran un espectáculo espantoso. Había cinco hombres y una mujer, y dos cuyo sexo era difícil de distinguir por el grado de descomposición.

Jesús, ¿las desenterró Vinny?

El detective Hugh le había metido una bala en el pecho a la única mujer, pero ni siquiera la había inmutado.

"¡Corre, Hugh! Corre!", gritó el policía mayor, pero era demasiado tarde para el pequeño Hugh.

Michael le pasó un brazo por la cintura y lo puso en pie. El detective no se resistió, ni siquiera se opuso a que lo maltrataran. Carson vio los rostros de los dos detectives inmovilizados y se maravilló de lo pálidos que estaban.

"Bueno, supongo que no es así como te lo imaginabas", dijo Carson riendo.

"¿Deberíamos dejarles con ellos?" preguntó Bella, indicando a los muertos que ya se habían puesto en pie.

Era un espectáculo con el que Carson dudaba que alguna vez se sintiera cómodo, por muchas veces que lo viera: los cadáveres allí de pie, con la cabeza gacha, las manos colgando a los lados, de vez en cuando retorciéndose como alguien con Tourette avanzado.

Esperando instrucciones. Por *sus* instrucciones.

"No, no lo creo, Bella. Creo que deberíamos mantener a estos tipos vivos un poco más. Podría sernos útil".

La expresión de Michael se agrió y Carson recordó la promesa que le había hecho.

"Dije que podías tener a Vinny, no a estos hombres. ¿Dónde está?"

Michael negó con la cabeza, con el ceño fruncido ya permanentemente en su rostro.

"No lo sé. El bastardo nos tendió una trampa y luego se fue. Creo

que entró, pero no estoy seguro. ¿No lo viste?"

Carson sacudió la cabeza. Bella y él habían estado abajo, y hasta el Hombre Rata tiene muchos sitios donde esconderse en la planta baja. Dio un paso adelante y se dirigió a los detectives: Ginny podía esperar.

"Díganme, caballeros, ¿están aquí solos o esperan amigos?".

Hugh estaba pálido, al borde de la translucidez, y había recurrido a mirar el barro que tenía delante. El segundo detective, Ed, parecía avergonzado al verse superado por Bella.

No te preocupes, amigo, no eres el primero ni serás el último.

Al no obtener una respuesta inmediata, Carson se acercó al hombre del horrible abrigo deportivo que ahora podía añadir manchas de barro a su lista de atributos entrañables. A medida que se acercaba, Bella le agarraba el pelo con más fuerza y la hoja le hacía cosquillas en la nuez de Adán. Carson se acuclilló sobre sus ancas para quedar a la altura de sus ojos. Cuando extendió la mano, el hombre retrocedió lo mejor que pudo dado el agarre de Bella.

Carson apartó suavemente algunos cabellos castaños de la sien del hombre.

"Será mejor que me responda, detective. Y más vale que digas la verdad, porque, créeme, no tendré que decirle dos veces a la dulce Bella que te corte la tráquea. Entonces, ¿qué me dices? ¿Hay alguien en camino? ¿Más policías, tal vez? ¿FBI?"

Ante la mención del FBI, los ojos del hombre se apartaron de los de Carson, lo que en su libro equivalía a un asentimiento.

"Ah, vale. FBI. ¿Cuántos, entonces? ¿Uno, dos? ¿Diez?"

El hombre no contestó y Carson negó con la cabeza.

"Esto no son charadas, Detective. Será mejor que me responda o haré que Bella... espere, ¿sabe qué?". Se volvió hacia Michael, que tenía a Hugh en una especie de estrangulamiento modificado. "¿Michael? No creo que nuestros amigos detectives crean que hablamos en serio. ¿Por qué no les enseñas? ¿Sólo una probadita?"

Michael no dudó. Se inclinó hacia delante y apretó los incisivos contra la oreja de Hugh. El hombre aulló y finalmente empezó a forcejear, pero el agarre de Michael lo mantuvo firme. Mientras gritaba, el muerto empezó a retorcerse más frenéticamente, pero Carson los mantuvo a raya con sus pensamientos.

Michael levantó la barbilla y Carson vio que la oreja de Hugh empezaba a estirarse de forma antinatural. Los gritos del hombre se intensificaron cuando todo su cuero cabelludo empezó a levantarse y, por el rabillo del ojo, Carson se dio cuenta de que el otro detective, inmovilizado por el cuchillo de Bella, bajaba la cabeza.

Con un último tirón y un último aullido de Hugh, el tercio superior de la oreja del hombre se desgarró. Había mucha menos sangre de la que Carson habría esperado, pero suficiente para enrojecerle las

patillas y las sienes.

Carson tuvo que reconocer el mérito del hombre; para su sorpresa, se abstuvo de emitir algo más que un gemido cuando le quitaron el trozo. Cuando Michael empezó a masticar ruidosamente con la boca entreabierta, Carson volvió a centrar su atención en Ed y le indicó a Bella que levantara la cabeza.

Ella le obedeció, con una sonrisa en su bonita cara. Cuando sonreía, casi podía pasar por alto el mechón de pelo que le faltaba.

"¿Ahora crees que vamos en serio? ¿Ah? Apuesto a que sí. Así que dígame, buen señor, ¿cuántos agentes del FBI deberíamos esperar?"

Cuando el hombre respondió, su voz era baja, casi un susurro.

"Sólo uno", admitió. "Sólo uno".

"Bien. Ahora que no era tan difícil, ¿verdad? "

Capítulo 26

Shelly supo, incluso antes de que el vapor de la ducha se disipara, que Robert se había ido. Lo sintió en las tripas. A diferencia de cuando los quiddity estaban cerca, no era una opresión en *sí*, sino más bien una liberación, una extraña sensación de calma que la invadía.

E, irónicamente, era desconcertante.

El delgado barniz de calma no duró mucho.

"¡Maldita sea!", gritó, lanzando el cepillo contra el espejo. Se hizo añicos, pero los fragmentos permanecieron pegados en su sitio. El fuerte ruido la hizo detenerse y se tomó un momento para mirar su reflejo, sabiendo que su reacción se debía, al menos en parte, a sus cambios hormonales.

Sus pechos, llenos al principio, se habían hecho más gruesos, más llenos, y sus pezones estaban oscuros e hinchados. Su vientre no era tan grande como habría esperado con casi cinco meses de embarazo, pero lo atribuyó a que, para empezar, tenía una figura rellenita.

Con un fuerte suspiro, recuperó el control de sí misma. Una parte de ella sabía que Robert tenía razón, que no debería salir a perseguir fantasmas en su estado actual.

Era demasiado arriesgado.

Pero otra parte de ella no soportaba estar sola, dejar de formar parte del equipo.

¿Y qué si estoy embarazada? Sigo siendo importante. Sigo siendo un miembro valioso del equipo. Todavía tengo un maldito cerebro, ¿no?

En algún lugar del exterior, oyó el chirrido de la verja que se abría al final del camino de entrada. Respirando hondo, Shelly resistió el impulso de correr hasta allí, agitar un palo de escoba en la puerta como una bruja enloquecida y rogar a Robert, Cal y Aiden, que sabía que se habían ido con él como una jodida tropa de Boy Scouts, que la llevaran con ellos.

Conocía a Robert bastante bien.

Simplemente se iría sin ella, dejándola avergonzada y sola, en vez de sólo avergonzada.

En lugar de eso, siguió con su rutina después de ducharse, intentando recuperar algo de normalidad. Se secó el cuerpo con unas toallas ásperas que parecían hechas de púas de puercoespín y se alisó el pelo rubio.

Vestirse resultó ser una aventura, ya que aún no había comprado ropa nueva. Se decía a sí misma que no había tenido tiempo, lo cual, dadas sus actividades del último tiempo, no era falso, pero en el fondo sabía que gran parte de ello se debía a que estaba en negación.

Al fin y al cabo, Shelly nunca había tenido intención de ser madre. No, se contentaba con vivir su vida como un espíritu libre, una hippie trasplantada, por así decirlo.

De pasar sus horas desterrando la quididad al otro lado.

Su tumultuosa relación con su madre biológica antes del proceso de adopción había agriado la noción de maternidad hacía mucho tiempo. Además, ¿quién quería estar en deuda con un bebé? ¿Un bebé lactante que, si se le dejaba solo un día, o incluso menos, perecería? ¿Una puta ameba que si le pinchabas reaccionaba, pero que por lo demás se cagaba encima y lloraba cuando tenía hambre? ¿Quién podría querer *eso*?

Ser madre era la cosa más antifeminista de la Tierra.

Sin embargo, sus sentimientos por el niño, por los niños en general, ahora que le habían implantado uno, se habían calentado ligeramente, y su retórica se utilizaba más como mecanismo de defensa que como credo para vivir. No era amor, no del todo -el amor era algo por lo que había que trabajar, como una planta, cuidarla, hacerla florecer, darle espacio y tiempo para que creciera-, pero era *algo*.

Algo nuevo, algo extraño, algo extrañamente *bueno*, en un mundo envuelto en *lo malo*.

Shelly se metió en los pantalones de cuero, se echó una blusa holgada por encima y estaba a punto de salir de la habitación cuando vio algo en la mesilla de noche, *su* mesilla de noche, que no había estado allí antes.

Era una fotografía antigua, y la imagen, aunque en blanco y negro, había amarilleado ligeramente en los bordes.

Mientras Shelly se dirigía hacia él, se dio cuenta de que sus manos empezaban a temblar, aunque todavía no podía distinguir los detalles.

Había algo en la forma en que estaba apoyada contra el despertador, en la forma en que había sido doblada y ahora estaba arrugada...

Cuando Shelly lo recogió, se echó a llorar.

Era ella, por supuesto, y de repente todo cobró sentido: la presión que sentía cuando los quiddity estaban cerca, la forma en que había sabido intrínsecamente cómo desterrar a los quiddity de la finca Harlop incluso antes de que le enseñaran cómo hacerlo.

El vacío de su infancia era tan parecido al de Robert que resultaba increíble que no se hubiera dado cuenta antes de las similitudes.

O tal vez se *había* dado cuenta, pero había bloqueado esos dolorosos recuerdos en lo más profundo de su ser.

Shelly pensó en cuando estaban en el helicóptero, cuando había estado casi dormida y había gritado tras Robert cuando corría hacia la prisión de Seaforth.

"Lo sé.

¿Por qué dije eso? ¿Por qué?

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas y gotearon sobre la fotografía. Distorsionaron la versión mucho más joven de sí misma sentada en el suelo de la iglesia, lo cual era lógico, dado cómo se sentía en ese momento. Era como si le hubieran arrancado la vida de cuajo.

Una serie de imágenes inundaron entonces su mente, materializándose lentamente al principio pero cobrando fuerza rápidamente. Vio a sus padres adoptivos, sus rostros amables y cariñosos, sus risas. Luego retrocedió en el tiempo y ahora era la niña de la foto, sentada en el suelo de la iglesia, esperando a que el padre Callahan fuera a recogerla. A continuación, se encontraba a las puertas de madera de la iglesia, con un hombre que la cogía de la mano y se la ofrecía al sacerdote. Los flashes de su pasado empezaron a acelerarse, retrocediendo, hasta culminar en la imagen de un aula monótona, de pupitres lisos. De motas de polvo dando vueltas en el aire viciado.

Era una Guardiana, lo sabía con tanta convicción como sabía que estaba embarazada. Había estado allí, en el orfanato, cuando todo empezó. Antes...

Shelly cerró los ojos con fuerza, intentando recordar, al tiempo que esperaba no poder hacerlo. Algo horrible había ocurrido en aquel orfanato, algo que había dejado a muchos de ellos muertos. Pero por más que lo intentaba, no podía recordar ninguno de los detalles. Los pupitres de mala muerte, la clase monótona, las velas parpadeando sobre los rostros asustados; recordaba todas esas cosas. Recordaba las enseñanzas, fragmentos de alguien que la instruía... y cayó en la cuenta de que probablemente por eso se había empeñado tanto en negar la existencia del libro *Inter vivos et mortuos.*

Porque el bloqueo mental que se había erigido en su mente la había convencido de que no existía, de que ese *tiempo no* existía. No podía existir, ya que nada tan malo, tan horrible, podía ocurrirles a los niños.

Esa vida no era *ella*.

De repente, Shelly sintió lástima por Robert, por lo que debió de pasar cuando le arrancaron la alfombra de debajo de los pies.

Por lo que debió de sentir al darse cuenta de que todo lo que había pensado sobre su procedencia, sobre quién era, no había sido más que una mentira, perpetrada por el padre Callahan y Sean Sommers.

Y Robert no era el único.

El orfanato, necesito ir al orfanato. Allí hay respuestas.

Shelly se secó las lágrimas y se guardó la fotografía en el bolsillo. Sintió movimiento en el vientre y llevó la mano allí, esperando sentir la patada del bebé.

Pero era demasiado pronto para eso.

Probablemente sólo fue una indigestión.

Y entonces hizo lo que se había prometido a sí misma que nunca haría. Shelly bajó corriendo las escaleras, abrió de par en par la enorme puerta y gritó en la noche.

"¡Robert! ¡Robert, vuelve aquí, joder! ¡Lo siento! ¡No lo *sabía!*"

Pero la única respuesta fue el viento y el gorjeo de un mirlo incrustado en el cielo oscuro.

Sollozando ahora, vencida por la emoción y los cambios hormonales, Shelly volvió al interior de la finca, donde cogió un lápiz y un trozo de papel y empezó a escribir.

Capítulo 27

"**¿Y bien? ¿Qué vamos** a hacer ahora? ¿Simplemente sentarnos y esperar a que llegue el FBI?" Bella exigió.

Carson miró a Michael, que contemplaba desde la puerta del crematorio los ocho cadáveres que aguardaban instrucciones. Tenía una gota de sangre en la comisura de los labios y su labio inferior estaba delimitado por una línea de color rojo oscuro.

"Uno; un agente del FBI. ¿Cómo dijo el detective mayor que se llamaba el hombre?"

"Agente Brett Cherry", respondió Michael, sin apartar los ojos de los muertos. Carson no le culpaba.

"Sí, así es. Agente Cherry."

"No podemos dejar a los dos detectives en la parte de atrás del camión para siempre", dijo Bella.

"Lo sé.

"¿Sabes dónde aparcaron el coche?" Michael preguntó.

"¿Pensé que habías dicho que venían en el camión?"

"Lo hicieron. Pero si cogieron a Vinny cerca de aquí y se subieron, eso significa que su coche está cerca. Cada uno de esos malditos coches de policía tiene GPS, si los dos detectives no se registran después de un cierto período de tiempo, los van a rastrear hasta aquí. Y entonces vamos a tener un problema mucho mayor que lidiar con un agente del FBI ".

Carson se rascó la barbilla.

"¿Dónde está ese chupavergas de Vinny, de todos modos? ¿Dijiste que entró?"

"Dije que *creo que* entró. Los detectives me emboscaron y no vi a dónde fue".

Carson se volvió hacia Bella.

"Echa un vistazo, a ver si lo encuentras".

Bella lo fulminó con la mirada; no era el tipo de mujer a la que le gustara que le dijeran lo que tenía que hacer. Ni Carson ni nadie.

"¿Qué pasa con él?", preguntó, señalando a Michael, que no se dio cuenta, pues sus ojos seguían fijos en el muerto que se retorcía.

"¿Qué pasa con él?"

"¿Por qué no busca a Vinny?"

Carson se rió entre dientes.

"Porque se lo comerá, por eso".

Al oír hablar de comer, Michael giró el cuello.

"Dijiste que podía quedármelo".

"Y ahora he cambiado de opinión. Pudiste tenerlo, pero la cagaste dejando que la policía se te adelantara".

Michael se volvió completamente hacia él, con el dedo apuntando al centro de su pecho y el ceño fruncido.

"¿La he cagado? ¿La *he cagado?*"

"Bueno, sí. La cagaste".

Michael dio un paso adelante, y Bella se deslizó instantáneamente para flanquearle.

"Yo estaba aquí arriba transportando cuerpos, mientras vosotros dos estabais abajo haciendo vuestras gilipolleces hippies. ¿Y ese tal Vinny? *Tú fuiste el* que le dijo que trajera más cuerpos; yo quería matarlo en el acto".

Carson se mordió el interior del labio, pero antes de que pudiera responder, Michael dio otro paso agresivo hacia delante.

"¿Cuál es tu plan maestro, Carson? ¿Quieres contármelo? Porque" -señaló a los muertos que se retorcían en el barro- "aunque todo esto es jodidamente fascinante, lo estaba haciendo bastante bien por mí mismo antes de que llegaras a la escena. ¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué? ¿Vamos a por Robert otra vez? ¿Hacemos que abra la grieta?"

Carson no dijo nada durante varios segundos. No había tenido ocasión de compartir con Bella lo que su padre le había contado y quería hacérselo saber antes de que Michael se enterara.

Pero ahora parecía que eso no era posible.

Suspiró.

"Estos no son suficientes. Y además, creo que ya no necesito a Robert".

Bella le miró boquiabierta.

"¿Espera? ¿No es suficiente? ¿Qué pasa con los otros en el sótano? Eso hace, ¿qué? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve?"

"Veinte", la corrigió Carson. Sacudió la cabeza. "Pero sigue sin ser suficiente".

se burló Michael.

"¿Cuántos necesitas? ¿Un ejército?"

Carson sonrió, aunque sintió como si ya hubiera tenido esta discusión antes. Pronto llegaría el momento de compartir todo lo que sabía y, cuando llegara ese momento, tanto Bella como Michael lo entenderían. Pero hasta entonces, tendrían que confiar en él.

Confía en él y escúchale.

"Sí, algo así. O tal vez sólo mejores soldados".

***

Bella bajó rápidamente las escaleras, sus pies apenas rozaban cada escalón antes de pasar al siguiente.

Vinny estaba aquí abajo, ella sabía que estaba. El hombre era un bastardo acechante y enjuto que sólo conocía su trabajo. No se iría de

Scarsdale, sin importar lo que viera o lo que pasara aquí. Mierda, el hombre ni siquiera había preguntado dónde estaba Jonah, y probablemente era lo más parecido que Vinny había tenido a un amigo.

No, él estaba aquí en alguna parte. No podía dejar este lugar.

Mientras Bella entraba en el sótano y recorría con la mirada la penumbra, reflexionaba sobre lo que Carson había dicho arriba.

Tenemos que ir a un orfanato. Orfanato Sagrado Corazón.

Bella le había seguido la corriente hasta ese momento, pero ahora temía por la cordura del hombre, sobre todo después de lo profundo que había llegado durante su última sesión.

Ella no se lo había dicho, pero había tenido convulsiones justo antes de despertarse y había dejado de respirar. No por mucho tiempo, pero lo suficiente como para dejar claro que más profundo y probablemente no lo haría volver.

Y luego estaba el tema de los cadáveres... ¿cómo no iban a ser suficientes veinte cadáveres? A Robert ya le había costado bastante mantener a raya a ocho de ellos en la finca. Y ahora que conocían su pequeño talento, no volverían a pillarlos por sorpresa.

Eso era lo peor; Bella *odiaba que la* cogieran por sorpresa. Incluso había odiado que Carson se acercara sigilosamente a ella en el *Panty Snatcher*, pero le había dado un pase.

No, esta vez no la cogerían por sorpresa. Esta vez, serían *ellos los que* la sorprenderían.

Un orfanato.

Estaba claro que Carson no le había contado todo lo que Leland había compartido con él, de lo contrario habría sabido qué cojones pasaba con un orfanato abandonado.

Cuando se conocieron, hacía tantos años, se había enamorado de él rápidamente. No era un hombre normal, y su cerebro no funcionaba como el de un hombre normal. Al principio pensó que era un psicópata demente como los demás, pero cuando empezó a entrevistarle, a escuchar lo que decía, supo que era diferente.

Entonces era sólo un niño, pero su percepción de la condición humana superaba con creces su edad y su experiencia.

Y luego estaba el tuétano.

Un sonido a la izquierda de Bella atrajo de pronto su atención. Había mantenido el sótano a oscuras a propósito, para afinar mejor sus otros sentidos. Había descubierto que los ojos eran los más fáciles de engañar, a menudo dominados por las emociones, los pensamientos y los sentimientos.

El sonido fue una inspiración casi inaudible. Su ubicación era indistinta, pero tenía un ligero eco.

Bella se deslizó silenciosamente hacia su derecha, captando la

opacidad de un objeto que tenía justo delante. Extendió la mano y la apoyó sobre la baldosa de arcilla. Luego escuchó.

Efectivamente, pudo oír el débil sonido de alguien respirando.

Una sonrisa cruzó su rostro al darse cuenta de lo que tocaba su mano.

El horno.

Vinny, ese maldito imbécil, había decidido esconderse dentro del horno.

Me encanta tener razón. Sabía que no se iría de aquí.

Al no detectar ningún cambio en el patrón respiratorio, se deslizó hacia un lado, tanteando el duro exterior, mientras las palabras de Carson se repetían en su mente.

Si lo encuentras, déjalo para Michael. Se ha ganado un pequeño tentempié, y una oreja no va a ser suficiente… ¿tengo razón, Michael? Pero no lo suficiente como para matarlo… sólo un bocadillo.

Su mano encontró algo redondo que sobresalía de la superficie de cerámica.

Bueno, a la mierda, yo también merezco algo.

Una sonrisa cruzó su bello rostro mientras se echaba hacia atrás y apretaba el botón con la palma de la mano.

Su visión se llenó de repente con el resplandor de un fuego.

Un segundo después, empezaron los gritos.

Capítulo 28

"¿De **qué coño estás** hablando?" preguntó Robert.

Sean miró al hombre que tenía enfrente.

"Por favor, Robert. Me he leído el libro. Me lo he leído de cabo a rabo tantas veces que me lo sé de memoria. Tienes que confiar en mí, la boo..."

"¿Confiar en ti? *¿Confiar en ti*? Desde que te conocí, has estado mintiendo o engañando u ocultándome algo. ¿Por qué en nombre de Dios confiaría en ti ahora?"

Sean inclinó la cabeza.

"Lo sé, Robert, lo sé. No he sido sincera contigo desde el principio. Pero tienes que entenderlo, no podía contártelo todo; simplemente no podía".

Robert levantó las manos.

"¿Por qué no? Joder, ¿por qué no puedes decir la verdad de una vez, Sean? Por qué tienes que soltar migas de pan: Ruth Harlop es mi tía, el puto Leland es mi padre, necesita a Amy para abrir la grieta, oh, Amy no, sino el bebé de Shelly... ¡qué coño!".

Sean sintió curiosidad por las palabras elegidas por Robert *-el bebé de Shelly-, pero* lo dejó para más tarde.

"No podía decírtelo porque la Capa no me dejaba, por eso".

Robert le dio la espalda a Sean, su frustración alcanzando un punto álgido.

¿"La Capa"? ¿La *Capa?* Cal, ¿has oído hablar de la Capa?"

Cal se encogió de hombros.

"The Cloak suena a algo de *The Skulls*... o es una chorrada inventada por un hombre desesperado por salvar su propia vida".

Sean negó con la cabeza.

"¿Aiden?"

Aiden vaciló antes de responder, y Sean lo fulminó con la mirada. Hacía sólo unos días, Aiden había sido uno de sus mejores hombres, si no *el* mejor, un ex militar que seguía todas sus órdenes. El hombre ni siquiera había pestañeado cuando Sean le había dicho que iban a irrumpir en una prisión de máxima seguridad. Pero ahora...

Pero ahora Aiden estaba muerto, tan jodido como sonaba. Muerto y todavía aquí. Lo que significaba que Leland y su hijo delincuente se estaban haciendo fuertes.

Y eso era realmente preocupante.

Y luego estaba la nueva actitud de Aiden. Eso también era un gran problema. Pero si Sean tenía algo que decir al respecto, no sería un problema por mucho tiempo.

"Aiden, por favor, háblales de la Capa".

Aiden escupió al suelo.

"No sé mucho, pero Sean dice la verdad; según mis observaciones, parecía recibir órdenes de alguien. Una vez vi a una persona, pequeña, femenina. Llevaba una capa".

¿Femenino?

"Mira, Robert, tenemos que darnos prisa. Leland puede rastrearte, lo sabes".

Pilló a Robert echando un rápido vistazo a su pantorrilla.

"Por favor, no hay mucho tiempo."

Mientras Sean miraba, Robert agarró a Cal del brazo y tiró de él para acercarlo. Intercambiaron susurros y luego Robert se volvió hacia él, con el ceño fruncido.

"De acuerdo, jugaré tu maldito juego. Vamos a ver a tu contacto, pero cuando terminemos, nos dices dónde está Carson".

Sean asintió enérgicamente.

"Sí, sí, por favor, trato hecho".

"Y me quedo con el libro".

Sean maldijo.

"No. No puedo..."

"Carson y el libro o no hay trato".

Cerró los ojos y se imaginó la áspera cubierta de cuero. Al cabo de unos instantes, se dio cuenta de que sus dedos se movían, trazando las letras en relieve-Inter *vivos et mortuos-en la* cubierta imaginaria. *No* podía soltarlo, no *quería* soltarlo.

"Bien", mintió. "Sólo sácame de aquí".

Robert asintió y le indicó a Aiden que diera un paso adelante.

"No estamos jodiendo, Sean. Si huelo que te estás conteniendo o intentando algo, Aiden te va a dar un gran abrazo de oso, ¿entiendes?"

Sean asintió de nuevo, con los brazos tensos contra las cuerdas que lo ataban.

"Sí, sí, entiendo".

Pero cuando la Capa oiga lo que tengo que decir, ni siquiera Aiden, vivo o muerto, podrá salvarte.

***

"No creo que sea buena idea", le susurró Cal a Robert. A pesar de que su cabeza estaba cubierta de nuevo, Sean podía distinguir bien las palabras. "Podría ser un truco".

Hubo una pausa.

"No dirá nada si no nos lo llevamos; lo vi en sus ojos".

"Sí, ¿pero dónde está la garantía de que dirá algo después de que lo cojamos? ¿Eh, Robbo?"

Otra pausa y el coche pasó por encima de una especie de bache,

empujando a Sean. Se mantuvo lo más cerca posible de la puerta de su derecha para evitar tocar a Aiden, que estaba sentado a su lado en el asiento trasero con el único sitio vacío entre ambos.

"Eh, gilipollas... ¿Seguro que es aquí? ¿Esta puta torre? A mí me parece un edificio de oficinas".

Sean se aclaró la garganta.

"¿La Torre Trellis?"

"Sí", respondió Cal rápidamente. "Estamos aquí".

"Bien, bien, ya está. Ahora déjame salir, necesito..."

"Ni hablar", le cortó Robert, deteniendo el coche. "Tú nos dices cómo comunicarnos con la Capa, y él baja aquí".

Sean sacudió la cabeza, la gruesa bolsa de tela arañándole las mejillas y la nariz.

"Nunca se va. Siempre está ahí arriba, en la habitación del último piso. Habitación 21. Y no responde ante ustedes, sólo ante mí".

Sean sintió que la presión cambiaba y que el aire frío le golpeaba los brazos cuando alguien abrió la puerta. Unas manos se deslizaron bajo sus axilas y lo sacaron del vehículo. Desorientado, estuvo a punto de caer hacia atrás, pero alguien le empujó desde atrás y se enderezó. Un momento después, le quitaron el capó de la cabeza sin contemplaciones.

Sean parpadeó rápidamente, intentando que sus ojos se adaptaran a la tenue luz. Estaban en un aparcamiento casi vacío, frente a la Torre Trellis, un edificio alto y negro como el azabache que se extendía hacia el cielo nocturno. Era un edificio con el que estaba familiarizado, en parte porque era donde se reunían los miembros de la junta de Seaforth, pero sobre todo porque era el único lugar donde la Capa lo vería.

"Ya está", susurró. El corazón se le aceleraba en el pecho.

El hijo de dos Guardianes...

"Sí, ya está. ¿Y ahora qué? ¿Tienes algún código secreto o algo para entrar? ¿Llaves en un gran anillo de latón, tal vez?"

Sean se volvió para mirar a Cal, e inmediatamente frunció el ceño al ver que Aiden estaba de pie detrás de él, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rifle aún atado a la espalda.

¿Cuánto tiempo puede quedarse aquí antes de que la Médula intente atraparlo?

"¡Eh, Sean!" Cal chasqueó los dedos. "¡Despierta! Te he preguntado cómo entras. ¿Tienes llaves?"

Sean negó con la cabeza y se encogió de hombros tensos.

"Desátame", le ordenó, mirando a Robert.

"De ninguna manera."

Sean rechinó los dientes, frustrado.

"Bien", dijo, dando pisotones hacia la entrada principal. Cal le

siguió de cerca, mientras Robert se colocaba a su lado. Supuso que Aiden iba en la retaguardia, pero en realidad no vio al hombre moverse.

"No deberíais estar aquí", le dijo a Robert mientras se acercaban a la puerta. "Ninguno de vosotros debería estar aquí. Deberías estar con Shelly. Si Carson..." Dejó escapar la frase, regañándose por haber vuelto a hablar.

"¿Si Carson qué?" Robert exigió.

"Nada". Sean indicó el teclado con la barbilla. "Allí."

De repente, Robert lo agarró por los hombros y Sean se dio la vuelta. El hombre tenía los ojos enrojecidos y unas pesadas bolsas colgaban de ellos.

"Por eso tenemos que encontrarle antes de que él nos encuentre a nosotros", siseó. "Y tú vas a ayudarnos".

Sean tragó saliva.

Robert no lo veía.

"Bien". Volvió a señalar el teclado. "Marca 212121."

Cuando Robert se limitó a mantenerle la mirada fija, Cal se adelantó y tecleó el código.

Robert estaba cegado, no veía la verdad; el hecho de que si *no había* bebé, entonces la grieta nunca podría abrirse del todo.

"Sí", graznó el intercomunicador. La voz era demacrada para empezar, pero a través del intercomunicador era casi irreconocible como humana. Sean sorprendió a Robert y Cal intercambiar una mirada. Dio un paso adelante.

"Soy Sean. Necesito subir, y no estoy solo."

Capítulo 29

"**Estuviste allí, ¿verdad**? ¿En Seaforth?" preguntó Ben en voz baja. Pateó la arena bajo sus pies.

Allan asintió.

"Estuve allí, lo vi."

Ben suspiró y sacudió la cabeza.

"Todos mis hombres, muertos. Y al Padre Callahan, también lo mataron". Luchó contra las lágrimas. "Todos en mi guardia. Mi guardia..."

Ben inclinó la cabeza. Un segundo después, jadeó cuando los brazos del chico le rodearon. Su primer instinto fue apartarse, pero estaba demasiado cansado para eso. Demasiado cansado y demasiado triste. Ben tuvo que inclinarse, pero cuando lo hizo, empezó a sollozar en el hombro del chico como un bebé.

Durante algún tiempo, sólo lloró; lloró mientras las imágenes de sus hombres colgados en el comedor, de Quinn con los ojos arrancados, con Callahan partido por la mitad, aquella horrible luz atravesándole el pecho, permanecieron fijas en su mente.

Y de él cayendo, cayendo sin parar, sólo para chapotear en agua tibia.

Cuando por fin estas imágenes se desvanecieron, levantó la cabeza y se secó la cara. El hombro del chico estaba empapado por las lágrimas.

"Lo siento", consiguió farfullar, con la garganta seca.

Allan asintió.

"Yo también he perdido. Sé lo que se siente".

Ben miró hacia el sol resplandeciente y luego centró su atención en las extrañas olas simétricas.

"¿Qué es este lugar? ¿Es el Cielo? ¿El infierno? ¿Purgatorio?"

Cuando Allan no respondió, Ben bajó la cabeza. El chico había avanzado varios metros.

"Lo sabes, ¿verdad? Es ese lugar que mencionó el padre Callahan. El que..." Sintió que las lágrimas volvían a brotar, espoleadas sólo de pensar en su viejo amigo.

El amigo al que no había escuchado, al que había creído tonto.

"¿Qué es este lugar?", volvió a preguntar, su voz apenas un susurro. Aceleró el paso para acercarse a Allan.

El chico tenía la cabeza gacha y sus pasos eran letárgicos.

"Se llama la Médula", dijo al fin. "Es donde todo el mundo va cuando muere".

Ben tragó saliva.

Sabía que estaba muerto, lo había sabido en el momento en que el

hombre del traje cubierto de sangre le había puesto la zancadilla y había caído en el agujero del pecho de Callahan. Y, sin embargo, oír al chico decir aquellas palabras le hizo ver la realidad. Las hizo reales.

Hizo que toda esta situación fuera real.

Y Ben no pudo evitar los sentimientos de lástima y pena que le invadieron.

Había llevado una buena vida, pero había terminado tan mal. No podía ser el final; no podía dejar que la muerte de sus amigos quedara impune.

Simplemente no pudo hacerlo.

Tantos hombres muertos... hombres buenos, hombres con familias, con...

"Todos los muertos vienen aquí", dijo Allan, interrumpiendo sus pensamientos. Se detuvo bruscamente y Ben siguió su mirada sobre las olas. Durante unos segundos, eso fue todo lo que Ben vio. Pero cuanto más miraba, más le parecía distinguir algo a lo lejos. Era una pequeña mancha oscura en el horizonte, pero maldita sea si no creía que era una especie de isla.

"Los muertos vienen aquí y se les somete a una decisión".

Ben asintió, recordando lo que el padre Callahan había dicho hacía un millón de años en Seaforth.

Esperó a que Allan continuara, pero cuando miró y vio que ahora estaba llorando, con lágrimas silenciosas dejando huellas en su cara sucia, se acercó al chico y le rodeó el hombro con el brazo.

Le tocaba consolar.

"¿Y has decidido lo que vas a hacer?"

De repente cayeron rayos y el cielo empezó a oscurecerse como si se estuviera gestando una tormenta tropical.

En lugar de responder, Allan le devolvió la pregunta.

"¿Lo has hecho?"

Capítulo 30

"No puedes hablar en serio", graznó la Capa.
Sean se encogió de hombros.
"No tuve elección."
El hombre se bajó la capa, ocultando por completo su rostro. Pero a pesar de no poder verle, Sean sabía que les estaba viendo.
"¿Trajiste a Robert aquí?"
"¿Cómo sabes quién soy?" Robert habló de repente. Intentó pasar junto a Sean, ponerse delante de él, pero la Capa le tendió una mano y se detuvo.
"¿Y un quiddity? ¿Trajiste un quiddity *aquí*? ¿No sientes eso en tu pecho, Sean? ¿No sabes que está pasando algo más?"
Sean, con la cabeza gacha, respondió.
"No tenía elección. He... he *aprendido* algo, algo importante, y necesito ver el libro".
La Capa se burló.
"*Necesitas* hacer tu trabajo como Guardián, Sean. Necesitas mantener la Médula a salvo. Eso es lo que tienes que hacer. No necesitas venir aquí, para traer a los muertos. No me importa en qué clase de mierda te hayas metido".
Sean levantó la cabeza. El tiempo de las metáforas obsequiosas había pasado.
"Carson no está muerto. Está vivo. Y Amy no es la chica que Leland necesita, es el bebé no nacido de Shelly".
Esta vez fue el Capa quien se detuvo en seco.

***

Sean se frotó los hombros doloridos, haciendo una mueca por la tensión acumulada tras haber estado atado durante lo que parecieron horas. Luego apoyó las manos en la mesa que tenía delante. Los cinco estaban en la habitación, Cal, la Capa, Robert, Sean y Aiden, sólo que Aiden estaba de pie al fondo de la habitación mientras el resto estaba sentado a la mesa.
La Capa tenía el *Inter* vivos delante de él, las páginas abiertas en un pasaje que tanto él como Sean conocían bien.
"Un Guardián*, atado entre mundos, abrirá la grieta, pero el Guardián no podrá mantenerla abierta. Sólo la quididad de un niño, de un poderoso niño nacido de dos Guardianes, será capaz de mantenerla abierta y permitir que las almas fluyan de vuelta al mundo de los vivos.*"
"¿Estás seguro de que eso es lo que dice?" preguntó Sean, inclinándose hacia delante.

La Capa dudó antes de responder.
"Esta es mi traducción. No sé si el Custodio tenía otra".
"Lo hizo", respondió Robert, y sorprendido de que hubiera hablado, Sean se volvió hacia él. Robert, sin embargo, tenía los ojos fijos en el libro. "Sé que lo hizo".
"¿Cómo es que no nos dimos cuenta antes?", preguntó la Capa.
Sean se encogió de hombros.
"No lo sé; ¿quizá porque ya tenía a Amy, ése era el niño que suponíamos que necesitaba?". Ante la mención del nombre de su hija, una expresión de dolor cruzó el rostro de Robert. Sean la ignoró y continuó: "Pero tiene sentido, el poder de dos Guardianes... ¿ha existido alguna vez una persona así? ¿Un niño nacido de dos Guardianes?".
La capa se movía de un lado a otro; movía la cabeza.
"Todavía no puedo creer que Shelly sea una Guardiana", susurró Robert. Por el rabillo del ojo, Sean vio a Cal acercarse y consolarlo. Le molestaba que Cal lo acompañara; el hombre era un desastre, impulsado por motivos que, por alguna razón, Rob no veía. No era un Guardián, no tenía nada que hacer aquí.
Sus ojos miraron a Aiden.
Y no debería *haber* estado aquí en absoluto.
"Lo primero es lo primero", raspó la Capa. "Robert, ¿tu hermano sigue vivo?"
Robert inclinó la cabeza antes de contestar.
"No podría matarle", susurró. "Eso me haría igual que él, y yo no soy él. No soy *eso*".
Los ojos de Sean se entrecerraron al recordar a Robert metiendo una bala en la cabeza de Callahan.
Te pareces a él más de lo que crees.
El pensamiento fue repentino, instintivo, y sobresaltó a Sean.
También le asustaba, porque cuanto más pensaba en ello, más cierto le parecía. Entonces volvió a lo que el encapotado había dicho hacía tiempo, que el mundo podría ser mejor sin Guardianes. Que sin Guardianes, no podría haber grietas. Y sin un niño poderoso, la Médula seguiría siendo una calle de sentido único para siempre.
"Está bien, Robert. Lo comprendo. Y Shelly, ¿estás seguro de que está embarazada?"
Robert asintió.
A Sean le costaba entender la reacción de la Capa ante todo aquello; había esperado indignación, una muestra violenta, tal vez, pero lo que detectó fue algo parecido a la compasión.
No tenían tiempo para esto.
"Creo...", empezó, pero la Capa levantó una mano y le detuvo a mitad de frase.

"¿Por qué permitiste que se juntaran? Sabes lo importante que es mantenerlos separados, ¿verdad? ¿Cómo puedes olvidar lo que pasó con Leland?"

Antes de que Sean pudiera responder, defender su inocencia, recordarle a la Capa que no sabía que Shelly era una Guardiana, que de algún modo lo había olvidado, algo en su mente hizo clic.

Algo sobre el orfanato, sobre que salvó a tres niños, en vez de sólo a dos.

Era como si una condensación de niebla se hubiera instalado en sus neuronas en la época en que Leland había empezado a ganar poder, cuando Ruth Harlop y su familia habían rondado por allí demasiado tiempo. Pero ahora que la niebla se había disipado, se dio cuenta de que Leland estaba desordenando de algún modo todos sus pensamientos, lo que explicaría por qué Robert no sabía nada de cuando Sean lo dejó en la iglesia, ni de su estancia anterior en el orfanato.

Sean tragó saliva, preguntándose sobre qué más tenía poder Leland.

"Leland... ¿qué le pasó? ¿Cómo murió?" Robert lanzó una mirada a Sean, y supo que el hombre estaba recordando lo que había admitido en Seaforth.

Que había matado a Leland.

Y era verdad.

Pero Robert no sabía ni la mitad, y si por él fuera, seguiría así.

"En otro momento, Robert. Pero por ahora, tenemos un trabajo que hacer. Tenemos que encontrar a Shelly", intercedió la Capa.

Robert hizo una mueca.

"¿Encontrarla? Ha vuelto a la finca. Ella no... no se sentía bien, por el embarazo. Lo que tenemos que hacer es encontrar a Carson, y hacer lo que yo debería haber hecho en la prisión. Tenemos que sacarlo para que podamos ser libres de nuevo".

La Capa no respondió durante mucho tiempo. Cuando lo hizo, su voz era aún más áspera que hacía unos instantes.

"Ya no está en la finca".

"¿No lo está? Ella..."

"Mira dentro, Robert. Eres un Guardián. Mira dentro, muy dentro".

Sean vio cómo se contorsionaba el rostro del hombre, pero, para su sorpresa, en lugar de responder, Robert guardó silencio y cerró los ojos.

Un momento después, volvieron a abrirse.

"Orfanato Sagrado Corazón", dijo casi robóticamente. "Ella fue al Orfanato Sagrado Corazón".

Cal dejó escapar el aliento en un *suspiro*.

"¿Qué? ¿dónde? ¿Está... está bien?"

Robert asintió, pero fue la Capa quien respondió por él.

"Ella está bien, por ahora. Pero me temo que ella está en un curso de colisión con Carson ".

La cara de Cal se puso blanca y se puso en pie de un salto.

"Bueno, ¿a qué coño estamos esperando? Larguémonos de aquí".

La Capa también se levantó, y Sean se dio cuenta por primera vez de lo encorvado que era. Y bajo; se dio cuenta de que la Capa sólo medía un metro setenta.

"Sí, debemos darnos prisa".

Sean se quedó estupefacto. Desde que conocía a Capa, uno de los Guardianes originales, nunca había salido de la Torre del Enrejado.

"¿Vienes?", casi jadea.

La Capa asintió.

"No tengo elección. La barrera se está debilitando y me temo que ésta es nuestra última oportunidad de evitar que se abra la grieta".

PARTE III - Sagrado, corazones rotos y valores familiares

Capítulo 31

El agente Brett Cherry se llevó la petaca a la boca y bebió un sorbo. Era agrio, horrible, pero se lo tragó de todos modos y se limpió la pequeña cantidad que le quedaba en el labio con el dorso de la mano.

Luego arrojó la petaca de plata sobre el asiento del copiloto y volvió los ojos a la carretera. Eructó y entrecerró los ojos con fuerza antes de estirar las cejas hacia arriba. Tenía la frente rígida y dolorida.

Estaba a punto de anochecer, pero el sol aún brillaba demasiado para el agente Cherry, dada la juerga que llevaba últimamente. Ni siquiera había querido despertarse esta mañana, y probablemente no lo habría hecho si Ed el Narizotas no le hubiera llamado. Hacía tanto tiempo que no tenía noticias de su viejo amigo que, cuando le había dicho de quién se trataba, el agente Cherry ni siquiera le había creído al principio.

Para Brett, la realidad había sufrido un cambio desde que su compañera, la agente Kendra Wilson, había sido asesinada de forma tan horrible en el pantano. Antes de eso, creía que controlaba la realidad, que conocía las reglas.

Que sabía lo que hacía.

Pero ese no era el mundo en el que existía ahora. Había visto la cosa ennegrecida en el suelo, la que tenía las iniciales JB brillantes en la espalda. Había visto a los muertos, el mal en este mundo, y eso le había cambiado.

Un escalofrío recorrió a Brett, e inmediatamente agarró la petaca.

Y luego las chicas... todas esas chicas gritando lo mismo una y otra y otra vez.

¡Entradme! ¡Entradme! ¡Entradme!

Brett cerró los ojos y bebió un buen trago.

No, hoy, como todos los días desde el asesinato de Kendra, definitivamente no había querido despertarse.

Durante un dulce segundo, mantuvo los ojos cerrados, debatiendo si debía o no seguir conduciendo por la carretera rural, dejarse llevar por todo y permitir que su coche derivara hacia donde quisiera.

Apretó el acelerador un poco más y el coche empezó a desviarse hacia un lado. El neumático delantero chocó contra algo y le hizo abrir los ojos. Había un árbol, un grueso roble, a un lado de la carretera, a unos doce metros de donde se encontraba.

Sería tan fácil desviarse hacia él, estrellarse contra él.

Para acabar con todo.

Nadie le culparía.

"Joder", maldijo, enderezando el volante y volviendo a poner el

coche en la carretera. "Joder, joder, joder."

A lo lejos, vio la señal del crematorio. Incluso desde unos kilómetros más allá, la vista del edificio le asaltó como una especie de olor nauseabundo.

El cartel parecía el anuncio de una casa encantada, la "s" rizada de "Scarsdale" retorciéndose en forma de serpiente, el marco de madera mostrando en varios lugares donde la calcomanía se había desgastado.

Encima del cartel azul oscuro se había pegado apresuradamente otro cartel, pero desde entonces había empezado a despegarse por las esquinas.

No hay visitas.

A lo lejos, vio un edificio cuadrado y gris con una gran chimenea que sobresalía del tejado plano como un diente de gamo.

Una espesa nube de humo negro salía de la muela, lo que Brett consideró una buena señal. Una señal que significaba que alguien estaba aquí.

Ed la Nariz.

Su amigo detective ni siquiera había necesitado decirle para qué llamaba; Brett lo sabía por su voz. Se trataba del caso de Michael Young, el psicópata de Nueva York al que le gustaba comerse vivas a las mujeres.

Brett estaba familiarizado con el caso. Su jefe, el director Ames, le había dicho que estuviera alerta, que tal vez tuviera que salir al campo, por mucho que el hombre supiera que a Brett le dolería hacerlo sin Kendra a su lado.

Pero su amigo necesitaba ayuda, refuerzos, y por eso ahora estaba aquí.

Brett sabía que Ed planeaba una emboscada, pero le había dicho que si no tenía noticias suyas antes de las cuatro, se dirigiera hacia allí. Teniendo en cuenta que Brett ya había volado desde Carolina del Sur, era sólo un corto trayecto en coche hasta el crematorio.

Un rápido vistazo al salpicadero le reveló que ya eran las cinco menos cuarto, y pisó a fondo el acelerador. Unos minutos más tarde, acercó su Chevy de alquiler hasta las puertas delanteras, observando los profundos surcos en el barro.

Luego desenfundó su pistola y salió al sol mortecino.

***

El crematorio de Scarsdale estaba vacío, salvo el cuerpo aún humeante del horno. Pero alguien había estado aquí recientemente; varias personas, de hecho. Aunque no había señales de lucha, y el lugar era en general un vertedero, observó varias pisadas diferentes en el suelo polvoriento.

Y apestaba a muerte.

Brett dudó, tratando de averiguar qué hacer a continuación. Ya había llamado a Ed, pero le había saltado el buzón de voz. También había llamado a la comisaría, pero el operador le había informado de que Ed y su compañero Hugh habían salido esa mañana y no habían regresado.

Brett volvió a asomarse al horno y el corazón le dio un vuelco. El cuerpo estaba carbonizado, un amasijo ennegrecido y crujiente del que sólo se distinguía la silueta humana.

Y por un breve instante, pensó que era Kendra, con la boca sin labios formando una horrible cara de beso.

"Dejaste que me quemara, Brett", escuchó en su cabeza. O al menos pensó que estaba en su cabeza. *"Se suponía que ibas a salvarme, pero en lugar de eso sólo me jodiste y luego me dejaste arder".*

A Brett se le humedecieron los ojos, pero apretó los dientes e intentó no derrumbarse de nuevo. Deseó tener la petaca consigo y no en el coche.

Al fin y al cabo, para eso servía el alcohol: para olvidar, para adormecer, para no sentir.

Subió las escaleras a toda prisa, tosiendo y escupiendo una mancha negra de saliva al suelo. Cuando llegó al último escalón, sacó el teléfono y marcó el último nombre de su corta agenda mental.

"Sí, Director Ames. Estoy aquí. Ed no está."

Hubo una pausa y, por un segundo, Brett pensó que tal vez el teléfono no funcionaba: la recepción había sido esporádica desde que había empezado a recorrer el camino de tierra. Pero entonces el director habló con la misma voz monótona de siempre.

"Brett, he recibido la noticia de que Michael se dirige al Orfanato Sagrado Corazón."

Brett torció la cara.

¿"Recibido"? ¿De quién? ¿Te llamó Ed?"

Otra pausa.

"Tienes que dirigirte al orfanato. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos. Tienes que hacer un reconocimiento y llamarme una vez que llegues allí, ¿entendido? Por ningún motivo interactúes con nadie que veas en el orfanato, Ed, Hugh y Michael incluidos. ¿Entendido?"

Brett se metió el pulgar y el índice en los ojos.

No se lo esperaba.

¿No se supone que interactúe? ¿Incluso con Ed?

"¿Qué está pasando, Ames? ¿Qué coño está pasando? ¿Esto está relacionado con Kendra de alguna manera?"

El hombre ignoró su pregunta.

"¿Entiendes, Brett?"

"Joder", susurró en voz baja. "Sí, entiendo. Envíame las indicaciones

a mi teléfono e iré para allá. ¿Cómo se llama el lugar?"

Esta vez, la respuesta fue inmediata.

"Orfanato Sagrado Corazón. ¿Y Brett?"

"¿Sí?"

"Do. No. Participar".

Capítulo 32

Había algo en el hombre de la capa que a Robert le resultaba extrañamente familiar, pero como muchas otras cosas en su vida -su *nueva* vida-, no lograba ubicar la sensación.

Ya tenía bastantes problemas para hacerse a la idea de que Shelly era una Guardiana, que estaba embarazada, que Sean los había traído a este edificio de oficinas de gran altura, la Torre Trellis.

Y que Shelly y su bebé estaban en peligro.

El hombre de la capa se metió el libro en la bata y marcó un número en el móvil mientras se dirigían al ascensor.

Ver de nuevo aquella gastada cubierta de cuero incitó en Robert un fuerte deseo de alargar la mano y coger el libro, pero se obligó a apartarla. Con tanto hablar de su hijo nonato, parecía que todo el mundo se había olvidado de Amy.

Pero no lo había hecho.

Su objetivo seguía siendo recuperarla.

El hombre de la capa refunfuñó algo que no llegó a captar, y luego terminó la llamada.

Cal, en cambio, había oído algo y despertó su interés.

"¿FBI? ¿Llamaste al FBI por esto?"

El Capa levantó la barbilla, y Robert se dio cuenta de que no era sólo una capa lo que llevaba puesto, sino que había una especie de máscara negra o cuello alto cubriéndole también la cara.

¿Quién coño es este tío?

Sean lo había descrito como uno de los Guardianes originales, uno de los más poderosos, pero eso significaba poco para Robert.

¿De dónde vienen los Guardianes? ¿Cuándo *llegaron?*

"Hay muchas cosas que no sabes, Cal. Hay gente en las altas esferas que está al tanto de la Médula y del peligro inminente, y que puede ayudarnos si realmente lo necesitamos."

En lugar de tranquilizarse, Cal levantó las manos, frustrado.

"Estoy harto de que la gente me diga que no sé nada. Bueno, mierda, si el líder de The Skulls me *dijera* algo, entonces tal vez puedas ahorrar tu maldito aliento más adelante. Ya sabes, una inversión en tu futuro".

Robert alargó la mano y la puso en el hombro de su amigo, tratando de calmarlo. Esperaba que Cal se apartara, pero el hombre no lo hizo. En lugar de eso, se inclinó hacia él.

"¿Tienes coche?" preguntó Robert.

El Capa negó con la cabeza.

"El mío está aquí", les informó Sean.

Robert lo meditó. Seguía detestando al hombre por ser un asesino a

sangre fría, por utilizar a los pobres Allan y Cal como cebo, por involucrarle en todo este lío, a pesar de que parecía realmente preocupado por la seguridad tanto de Shelly como del bebé nonato.

"Cal, ve con Aiden, y yo iré con Sean y la Capa".

Cal negó con la cabeza.

"De ninguna puta manera; vamos juntos, estamos juntos en esto, cabalgamos juntos, joder".

Robert se lo pensó. Quería estar a solas con la Capa, para ver si de algún modo podía hacerse con el libro, pero Cal probablemente tenía razón.

Era mejor que estuvieran juntos.

Se volvió hacia Sean.

"¿Cómo de grande es tu coche?"

"Tengo un todoterreno, de siete plazas".

"Perfecto. Tomaremos eso, entonces".

***

"Está a una hora en coche del Sagrado Corazón", les informó Robert, levantando la vista de su teléfono. "Así que creo que será mejor que nos cuentes lo que sabes".

Sean, que estaba en el asiento del conductor, se volvió hacia él.

"Ya te lo dije, tú..."

"Aiden cree que tú también deberías empezar a hablar o empezará a repartir abrazos", dijo Cal.

La Capa, que iba en el asiento del copiloto, se volvió y lanzó una mirada a Aiden, que estaba en la tercera fila del todoterreno. Aunque Robert no podía verle los ojos, de algún modo sabía que, a diferencia de Sean, éste no tenía miedo a los muertos.

"¿Quiere saber algo de Leland?", preguntó el hombre con su voz rasposa.

Robert asintió.

"Para empezar".

Sean miró a la Capa, pero incluso para Robert era obvio quién era el subordinado. Tan incómodo como parecía, no había manera de que él iba a desafiar a la Capa.

El hombre suspiró pesadamente.

"Leland Black es la encarnación del mal puro, una coalescencia de todas las emociones más primarias: lujuria, ira, dolor, amor, todo ello envuelto en una idea de ser humano. No siempre fue así, pero hace mucho tiempo, algo le sucedió, algo que lo cambió. Verás, algunas personas son egoístas, obsesionadas con el yo, con la idea de ser únicas. Pero no somos únicos; *los humanos* no somos únicos. No somos más que abejas obreras en posesión de una mente de colmena. La idea

de la autoconciencia es sólo un desliz, un error evolutivo, que nos hace pensar que existe el *yo*".

Robert trató de asimilar la idea; ya la había oído antes, pero aún no la había asimilado del todo. Y había sido su hermano, Carson Black, el primero en soltar esa retórica.

¿Sin yo? ¿Cómo puede ser? Yo soy... yo soy yo*, ¿no*?

"Piensa en Leland como el id, sin la supervisión protectora del ego. Es realmente malvado y cree que abriendo la grieta, demostrando a todo el mundo que morir no es sólo un camino de ida, puede transformar esta Tierra. En realidad, sin embargo, si lo consigue, la destruirá".

Robert miró a Cal, que tenía la mirada tan fija que se le formaban arrugas en la frente.

"Lo que ocurre con Leland", continuó la Capa, aclarándose la voz, "es que ha aprovechado el poder de la Médula, poderes que ningún hombre debería poseer. Y eso le ha cambiado aún más. Ahora, cuando miras a Leland, ves tu mayor temor encarnado".

"Espera, ¿qué?" preguntó Cal.

Robert también estaba incrédulo. Tragó saliva, recordando el horror de ver a Leland levantar la cabeza, de mostrarle la cara.

Y esa cara había sido la de Robert.

¿Qué diablos significa?

"Leland encarna tu miedo, se aferra a él y lo utiliza para controlarte. Los más susceptibles son los inseguros, los marginados, los propios malvados".

"Como Jonah y Michael", susurró Cal.

La Capa ignoró el comentario, pero Robert estaba pensando lo mismo.

"La Médula debe permanecer cerrada. El mal que alberga debe permanecer encerrado. Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano para mantenerlo así. Es nuestro deber como Guardianes".

Robert sudaba de repente y se secó la frente. Se lamió el labio inferior pegajoso y luego se volvió para mirar a Aiden, que estaba mirando por la ventana. Se preguntó qué estaría pensando el hombre, qué pensaba de todo aquello, dado que estaba muerto.

"¿Qué ves cuando le miras?". Robert casi jadea. "¿Qué ves?"

El Capa volvió la mirada hacia el parabrisas sin decir nada. La pausa se prolongó tanto que Robert pensó que el hombre iba a abstenerse por completo.

Pero entonces habló, y sus palabras dejaron sin aliento a Robert.

"Te veo, Robert. Veo tu cara".

Robert empezó a temblar, y no se lo imaginó a él, sino a aquel hombre de la capa, aquel hombrecillo de columna encorvada y voz grave, en la playa acercándose a la Cabra.

Y luego mirar hacia arriba y ver la cara de Robert bajo ese sombrero de ala ancha.

Helen, que llevaba tanto tiempo callada que Robert casi había olvidado que estaba en su cabeza, habló por fin.

Pero lo que dijo no era nada de lo que Robert esperaba.

Es una mujer.

Robert se quedó boquiabierto.

"¿Qué?", susurró en voz alta. Cal le lanzó una mirada, pero él la ignoró.

¿Cómo?

Mira cómo se mueve, las manos pequeñas. La Capa no es un hombre; es una mujer.

Robert miró fijamente a la persona embozada que tenía delante, intentando observar sus ademanes, su postura.

¿Sabes qué? Pensó. *Creo que tienes razón.*

Pero eso no cambiaba el hecho de que el propio Robert era el mayor temor de la mujer.

Capítulo 33

"¿Qué estamos haciendo aquí, Carson?" preguntó Michael, con voz irritada. Carson no respondió de inmediato. Se limitó a mirar por la ventana la enorme estructura de ladrillo que tenían delante.

Hacía tiempo que no iba al orfanato Sagrado Corazón. Mucho, *mucho* tiempo. Por aquel entonces, no era más que un niño, aprendiendo los detalles de la Médula, de la otra vida que poco después abandonaría.

Fue incluso antes de que Sean lo llevara a la iglesia. La iglesia del Padre Callahan.

Una sonrisa cruzó su rostro al recordar al hombre tendido en el suelo de su celda. El cura se lo merecía. Al fin y al cabo, él le había dejado marchar; él era el culpable de que Sean le dejara con aquellos horribles padrastros yonquis.

Carson sacudió la cabeza y miró el lugar. Aquí había almas, almas muertas. Almas muertas *importantes*.

Joven, pero poderoso.

Su patentada sonrisa de Cheshire comenzó a formarse en sus finos labios.

"¿Carson? Pregunté qué estamos haciendo aquí".

Carson se volvió, pero en lugar de ofrecer una respuesta, miró primero a Bella.

"Abre la parte trasera del camión, prepara las cosas."

Bella asintió e inmediatamente abrió la puerta. Aunque odiaba que le dieran órdenes, él se dio cuenta de que sentía el poder de aquel lugar.

Sabía lo que estaba en juego.

Carson se volvió hacia Michael.

"Esto no va a ser fácil, Michael, vamos a necesitar tu ayuda".

La expresión de Michael se agrió.

"¿Ayudar con qué? Parece que todo lo que he estado haciendo es ayudarte a ti y a tu novia, pero no estoy consiguiendo nada".

La sonrisa de Carson creció.

Michael le recordaba a una versión mucho más joven de sí mismo, a pesar de que el hombre era mayor que él.

"Hoy es un día glorioso, Michael. Hoy, papá vuelve a casa".

***

Los pasillos estaban vacíos, aparentemente intactos desde la última vez que alguien había estado en el orfanato.

Desde que el propio Carson había estado allí.

Aún quedaban manchas oscuras de sangre en el suelo, largas huellas del líquido seco que marcaban los pasillos.

Por aquel entonces, nadie sabía que estaban aquí, así que nadie sabía que había que limpiar tras ellos. Y los niños ya habían sido almas perdidas, así que tampoco había habido nadie que los buscara.

Mientras Carson avanzaba por el pasillo, intentaba ignorar el polvo que sus pasos levantaban en el aire.

"Sigan caminando", les ordenó a Ed y Hugh, que no sólo tenían las manos atadas a la espalda, sino que también estaban atados el uno al otro.

Los hombres avanzaron arrastrando los pies y Carson miró a su alrededor. Bella estaba a un lado, Michael al otro. Las veinte almas muertas que había ordenado subir a la parte trasera del camión caminaban detrás de ellos como una especie de gusano sinuoso.

La sonrisa que se había formado en el rostro de Carson en el camión seguía pegada a su cara. A pesar de lo ocurrido en Seaforth, las cosas iban mejor.

Leland estaba listo, y Carson casi tenía todo lo que necesitaba para traerlo a casa.

Siguieron avanzando por el vestíbulo principal y, aunque parecía que Carson vagaba sin rumbo, no era así.

Sabía exactamente adónde iba.

Pasaron por delante de varias aulas anticuadas y Carson se acercó a una de ellas y miró a través del polvoriento cristal.

"No", murmuró. "Este no".

Pasaron junto a dos más, idénticas a la primera. Cuando llegaron a la cuarta ventana, algo en el pecho de Carson empezó a apretarse. No necesitó ver las manchas marrones que cubrían el hormigón justo al otro lado de la puerta para saber que ésta era la correcta.

"Esta es la habitación", dijo. "Michael, abre la puerta y haz pasar a nuestros invitados. Este es el lugar".

No pudo evitar que su voz se llenara de emoción. Mientras Michael conducía a Ed y Hugh a la habitación, Bella tiró de él.

"¿Estás seguro de que esto va a funcionar? Quiero decir, llevan muertos tanto tiempo... ¿no habrán pasado ya a mejor vida?".

Carson negó con la cabeza.

"No son niños normales, Bella. Son Guardianes. No siguen las mismas reglas que los demás... por eso Leland ha podido quedarse en la costa tanto tiempo".

El rostro de Bella era terso, suave, y Carson se inclinó y la besó en los labios.

"Va a pasar esta vez, Bella. Lo sé". Se llevó un dedo al pecho. "Puedo sentirlo."

También sabía que si su plan funcionaba, crearía tal pulso de

energía que todos los Guardianes restantes lo sentirían. Y los bastardos no tendrían más remedio que venir. Y cuando lo hicieran, Carson y su ejército estarían esperando.

"Adelante", le indicó, y Bella entró con Carson siguiéndola de cerca. Una vez dentro, observó la habitación.

Era muy parecido a como lo recordaba de hace tantos años. Los sencillos pupitres de madera, la pizarra, las ventanas emplomadas. Ahora había más polvo en todo, pero le parecía que aún podía distinguir las palabras en latín que el profesor había escrito en la pizarra.

Inter vivos et mortuos.

Sí, definitivamente este era el lugar.

Se volvió hacia Michael.

"Necesito que cojas a los dos detectives y los pongas en la esquina. Quiero que vean esto, que *sepan* lo que ha pasado hoy aquí".

Michael asintió y empujó bruscamente al detective mayor por la espalda. Luego Carson empezó a mover los escritorios a los lados de la sala. Bella se unió y en pocos minutos habían despejado el centro. Satisfecho, Carson se dirigió al centro y empezó a quitarse la ropa.

"¿Qué coño estás haciendo?" Ed exigió. Michael le clavó el puño en las tripas y el hombre se dobló. Se echó hacia atrás para golpearlo de nuevo, pero Carson lo detuvo.

"Es suficiente, Michael."

El hombre frunció el ceño, pero en lugar de golpearlos, los empujó al suelo. Gruñeron al caer bruscamente sobre la dura superficie.

Aunque Ed había sido el golpeado, era Hugh quien respiraba entrecortadamente, incapaz de recuperar el aliento.

Tras quitarse la ropa, Carson la dobló cuidadosamente y la colocó sobre uno de los escritorios. Luego volvió al centro de la sala y tomó asiento, con las piernas cruzadas y las manos sobre los muslos.

"Bella, necesito que vuelvas a guiarme", dijo, y luego cerró los ojos y respiró hondo.

Esperó, sintiendo su inquietud. Con un movimiento de cabeza, la animó.

Ya era hora.

En algún lugar lejano, oyó la voz de Bella, pero no se concentró en ella. En cambio, se concentró en los muertos, ordenándoles que entraran en la habitación, que formaran un círculo a su alrededor.

En su mente, los vio cumplir sus órdenes, y luego extenderse y cogerse de la mano como una especie de grotesco Ring Around the Rosie.

Cuando sus manos se encontraron, sintió que una presión empezaba a crecer dentro de su pecho.

Bien, esto es bueno.

Luego se concentró en la voz de Bella y profundizó más de lo que nunca antes lo había hecho.

Capítulo 34

"**¿Qué coño es** esto?" Murmuró el agente Brett Cherry. Se acercó y cogió su petaca, intentó dar un sorbo, pero al darse cuenta de que estaba vacía, la tiró al suelo. "¿Qué *coño es esto*?"

Parpadeó como un loco y se frotó los ojos. Por un segundo, pensó que estaba borracho, desmayado e imaginando cosas. Se pellizcó el brazo, pero el dolor agudo le confirmó que estaba despierto.

Aunque habían tenido ventaja, Brett había alcanzado al camión unos diez minutos antes de que entrara en el aparcamiento del orfanato. Sabía que era el camión basándose en el peso del vehículo, la forma en que era más bajo en el eje trasero, y las huellas que dejó en la carretera abandonada y el camino de entrada coincidían con las del exterior del crematorio. Pero si necesitaba más pruebas, sólo tenía que esperar a que la mujer ágil de expresión severa y extraño corte de pelo corto bajara del camión y abriera la parte trasera. Estaba casi oscuro, pero la luz de la luna era suficiente para que Brett viera lo que había en el camión.

"¿Qué coño es esto?", dijo por enésima vez.

Ed y su compañero Hugh fueron sacados por la espalda, con las manos atadas a la espalda. Ed resbaló, tirando a ambos al suelo.

Brett volvió a maldecir y se resistió a salir disparado del coche.

Había aparcado lejos del camión, detrás de un árbol a unos 400 metros de distancia. Y ahora miraba a su viejo amigo a través de un par de pequeños prismáticos. Se los apartó de la cara cuando Ed aterrizó con fuerza en el barro y volvió los ojos hacia el cielo. Deseó tener unas gafas de visión nocturna, porque en menos de una hora el orfanato estaría bañado por la oscuridad.

Pero no había pensado con tanta antelación. De hecho, no había pensado que hoy estaría en la carretera.

Brett se volvió a poner las lentes en la cara y siguió mirando. La mujer llevó a los dos detectives por la parte delantera del camión, y entonces se abrieron las puertas. Brett reconoció al primero como Michael Young, seguido de un hombre delgado que nunca antes había visto. Cuando arrancaron hacia la entrada del Sagrado Corazón, estuvo a punto de seguirlos con la mirada. Pero algo en su periferia, un movimiento procedente de la parte trasera del camión, le hizo detenerse en seco.

Había más gente.

Pero no eran *personas*, no realmente.

Los cuerpos se movían de un modo extraño, angulosos, crispados, y literalmente se cayeron del camión. Entrecerrando los ojos con fuerza, Brett pudo ver que todos estaban pálidos, rozando el gris, con ropas

desgarradas o inexistentes.

Y eso no decía nada de sus rostros, sus ojos completamente negros, las venas azul oscuro que cubrían sus cabezas y cuerpos como carreteras en un mapa.

Sus puntos, sus moratones.

De repente se sintió mal, recordando a Kendra en el pantano.

Su primer pensamiento -esperanza, en realidad- fue que yacerían en el barro donde habían caído y que podría atribuirlo todo a un espejismo alcohólico.

Pero no fue así. Uno a uno, se levantaron del barro, sin molestarse en limpiar los gruesos terrones. Y luego, sin mediar palabra, tropezaron tras los demás.

Durante un minuto después de que el camión hubiera sido finalmente abandonado, Brett se quedó sentado observando. Y luego buscó su petaca de nuevo, antes de recordar que todavía estaba vacía.

"A la mierda toda esta mierda", dijo, mientras abría la puerta de su coche. "A la mierda toda esta mierda."

Y luego se dirigió tras ellos, apartando de su mente las palabras del Director Ames.

Capítulo 35

"Está pasando", susurró Robert. "Jesús, está pasando... tenemos que darnos prisa."

Sentía una tensión en el pecho, como si de repente las costillas se le hubieran quedado pequeñas. Miró a Cal y se sorprendió al ver que éste le miraba fijamente, con una expresión extraña en el rostro. Por un instante, se sintió mal por su viejo amigo, ya que era evidente que el hombre se sentía excluido de toda esta odisea, sobre todo desde que había salido a la luz que Shelly también era una Guardiana.

Una rápida mirada a Sean y a la Capa en el asiento delantero y supo que ellos también sentían la presión.

Algo estaba pasando.

Carson se estaba entrometiendo de nuevo, tratando de abrir la grieta.

Sean soltó un grito ahogado y se agarró el corazón.

"Carson también está allí. Shelly... Carson, ambos están en el Sagrado Corazón".

La Capa murmuró algo en voz baja.

"Joder", Robert se desplomó, gruñendo y resollando por el dolor.

Cal se acercó y le puso una mano en la espalda.

"Robbo, ¿estás bien?"

Con gran esfuerzo, consiguió enderezarse y respirar hondo.

"Bien", graznó. "¿Por qué... por qué está Carson ahí?"

"Él sabe... sabe lo que pasó allí. Cree que puede usar a los muertos para que le ayuden".

Robert entornó los ojos con fuerza.

"Pensé que la profecía decía que sólo un Guardián..."

"Hubo Guardianes allí una vez, diecinueve de ellos. Pero..." La voz de la Capa se quebró, dejándole incapaz de continuar.

"¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado...?"

interviene Cal.

"¿En serio vamos a hacer esto *otra vez*?"

"¿Haciendo qué?" preguntó Robert, apretando los dientes contra el dolor. La presión le había reventado el dedo y trataba desesperadamente de ponerle una gasa nueva sin llamar demasiado la atención.

"*Esto*. Irrumpir en una maldita casa del infierno llena de fantasmas sin un plan".

Parecía ridículo, incluso para Robert, que seguía confuso sobre el papel que el orfanato Sagrado Corazón desempeñaba en todo aquello. Lo único que su investigación había revelado era que solía ser uno de los orfanatos más grandes del noreste, pero había sido abandonado

hacía más de cincuenta años. Dos décadas más tarde, un rico promotor inmobiliario había intentado comprar el lugar y convertirlo en apartamentos, pero un caballero blanco, un comprador no revelado, se había abalanzado sobre él y lo había adquirido antes de que se cerrara el trato. Según todo lo que había leído, no se había hecho nada con el lugar desde entonces.

Un plan habría estado bien, pero no había tiempo. Tenían que darse prisa antes de Carson-

"Tengo un plan", ofreció Aiden desde la parte de atrás. Era la primera vez en mucho tiempo que el hombre hablaba, y atrajo la atención de todos en el coche. "Me quedaré en el punto con Ol 'Betsy, asegúrese de que nadie salga del orfanato. Robert, tú..."

"Espera, ¿cómo sabemos siquiera que el arma funcionará? Quiero decir, ¿has intentado usarla desde... desde...?"

Aiden asintió.

"Funcionará".

Sin embargo, a pesar de la confianza del hombre, Robert no estaba tan seguro.

"Sean y Robert, ustedes tomen la delantera. Averigüen dónde están Carson y Shelly dentro del orfanato. El objetivo es sacar a Carson y poner a Shelly a salvo. Cloak y Cal, ustedes van después. Apoyo para Sean y Robert. Recuerden, si encuentran fantasmas, aléjense".

¿Si?

Robert pensó que era un plan bastante débil, sobre todo viniendo de Aiden. Cal evidentemente pensaba lo mismo.

"¿Ese es tu plan? ¿Qué demonios se supone que haremos cuando Robert y Sean encuentren a Carson? ¿Y qué pasa con el amigo caníbal de Carson? ¿Su novia psicópata?"

Los ojos de Aiden se entrecerraron ante la mención de la novia de Carson.

"Tratar con Carson y su equipo es tu trabajo. Yo me encargaré de los fantasmas".

Cal se quedó callado, pues estaba recordando claramente los horrores vividos en la finca, en Seaforth.

"Esto es todo", se dijo Robert más a sí mismo que a nadie. "Esto termina aquí."

Durante los cinco minutos siguientes, condujeron en silencio. Incluso cuando el orfanato se vislumbró, nadie dijo nada.

Había nubes sobre el gran y monótono edificio, amenazadoras nubes grises que parecían girar en círculo directamente sobre él. Había un destello de luz incrustado en lo más profundo de la tormenta que se avecinaba, y a Robert le recordó al instante el fuego en la Médula, el relámpago que precedió a la llegada de Leland.

Sacudió la cabeza, tratando de mantener la concentración. No sabía

si al encontrarse con Carson -*cuando* se encontrara con Carson- sería capaz de hacer lo que no había podido hacer en Seaforth.

Pero no tenía elección.

Shelly estaba involucrada ahora, al igual que su hijo nonato.

Tienes que hacerlo, Robert, pensó Helen en su cabeza. *Tienes que acabar con esto de una vez por todas. Tienes que proteger a los tuyos, proteger esta Tierra, y tienes que enviarme a casa.*

***

Sean aparcó el coche junto a la camioneta blanca, y salieron de dos en dos, tal como Aiden les había indicado. Sólo el hombre esperó junto al coche, preparando su arma.

Desde entonces, el cielo se había convertido en una tormenta y el viento se había levantado hasta tal punto que Robert tuvo que acurrucarse para evitar ser arrastrado por el torbellino. Se mantuvo cerca de Sean mientras corrían hacia el edificio. En cuestión de minutos, habían pasado por delante de Cal y la Capa, dejándolos atrás para convertirse en la segunda oleada de ataque.

Robert preparó a Helen, temiendo tener que dejarla tomar el mando de nuevo, y pronto.

Estaba preparada.

A medida que se acercaba a las enormes puertas delanteras que se habían abierto con una cuña, los recuerdos empezaron a inundarle, igual que cuando había entrado en la iglesia de Callahan. Recuerdos de un tiempo aquí, en este orfanato gris.

¿Alguien sabe qué significan las palabras Inter vivos et mortuos*?* recordó que le preguntó el profesor.

Robert apoyó la palma de la mano en la puerta y se apoyó en ella, intentando aliviar la presión que sentía en el pecho.

Pero no pudo; sólo parecía crecer.

En cuanto su mano hizo contacto, algo brilló en su mente: una imagen de Carson, sentado en el suelo, con una nube abriéndose sobre su cabeza.

Robert se volvió hacia Sean, de repente le costaba respirar.

"Tenemos que darnos prisa".

El hombre asintió, y Robert pudo ver en su rostro que él también sentía la presión. Sean agarró la puerta y la abrió con cuidado.

Una luz gris los rodeaba, como si el propio lugar irradiara algún tipo de resplandor ambiental.

Robert había dado menos de un puñado de pasos dentro del Sagrado Corazón cuando vio al primero de los muertos.

Capítulo 36

Ed parpadeó con fuerza, pensando que tal vez después de que Michael le hubiera arrancado parte de la oreja a Hugh, se había acercado y lo había matado.

También se lo comió, quizá, pero Ed esperaba que eso ocurriera cuando ya estuviera muerto.

No había otra explicación para lo que estaba presenciando.

Los cuerpos en el camión, habían estado muertos. Eso no se podía cuestionar. Después de todo, había detenido a Vinny a treinta millas del crematorio y los había visto entonces. Incluso se había acostado en la parte trasera del camión con sus apestosos cadáveres.

Pero ahora no lo eran.

Ahora estaban de pie, tambaleándose, cogidos de la mano en un jodido círculo kumbaya gigante como en una sesión de espiritismo demente.

Y en medio había un hombre que era peor... mucho peor incluso que Michael. Michael, que atrapaba mujeres en su sótano, que mordisqueaba su piel, sus huesos, sus tendones mientras aún estaban vivas.

Este hombre tenía poder sobre los muertos, por extraño que sonara el pensamiento en su cabeza, y si Ed debía creerlo, también tenía que creer que iba a apoderarse de aún más de ellos.

Una repentina ráfaga de viento le golpeó en la cara, y sus ojos miraron inmediatamente hacia arriba. El techo se había desgarrado, a pesar de que no habían caído escombros hacia el interior, o simplemente se había vuelto transparente por algún extraño truco o magia.

Sea como fuere, las nubes en lo alto eran oscuras, premonitorias, y los relámpagos iluminaban sus bordes redondeados mientras se arremolinaban.

"Venid a mí, levantaos y venid a mí... entrad en mí", susurró Carson, cuyas palabras salieron de su boca y se elevaron como un látigo hacia la tormenta en lo alto. Las sillas y mesas de la periferia de la sala empezaron a temblar y, aunque se resistía a apartar los ojos de Carson, Ed sintió la necesidad de comprobar cómo estaba Hugh, que no había dicho nada desde que estaban en la parte trasera del camión.

"Hugh, ¿qué...?"

Pero Michael le dio un fuerte codazo en las costillas, y él hizo un gesto de dolor, inclinándose hacia ese lado.

Hugh lo miró, con los ojos grandes como platos. Estaba casi tan pálido como los muertos que formaban un círculo a menos de tres metros de ellos.

Pasara lo que pasara, fueran cuales fueran los malditos demonios que Carson estaba conjurando desde las profundidades del infierno, Ed estaba seguro de una cosa: no quería estar aquí cuando llegaran.

Pero con las manos atadas, y atado a Hugh y con Michael mirando, no tenía ni idea de cómo iba a liberar a los dos.

Bella caminaba alrededor del círculo, susurrando algo a Carson, que seguía desnudo, con los ojos cerrados, en el centro de los muertos.

Pensó que tal vez podría adelantarla, dado su nivel de distracción, aunque no había olvidado lo rápido que se le había adelantado cuando habían saltado de la parte trasera del camión.

Más relámpagos hendieron el cielo, y Ed metió instintivamente la cabeza entre los hombros.

Se dio cuenta de que Michael hacía lo mismo.

Había una mesa no muy lejos de él, justo al otro lado de Hugh.

Si de alguna manera pudiera...

Más relámpagos llenaron la habitación, pero esta vez no parecían proceder del cielo, sino del propio Carson.

Los muertos dejaron de caminar en círculo y dieron un paso atrás, con las manos y las cabezas caídas a los lados, ofreciendo a Ed una visión clara del hombre desnudo.

"Jesús", susurró, incapaz de controlarse. Pero Michael no le asestó otro golpe en el costado, como esperaba, sino que oyó al hombre inspirar bruscamente.

De los ojos y la boca de Carson brotaban finos y humeantes chorros de luz, y su barbilla se disparó hacia arriba. Y entonces la habitación se llenó de repente de un brillo intenso y cegador, tan vívido que Ed se vio obligado a cerrar los ojos.

Si hubiera tenido las manos libres, las habría utilizado para protegerse la cara.

A la luz cegadora, oyó la voz de Carson fuerte y clara, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

"Están aquí... han llegado".

Capítulo 37

Cal observó a su amigo y a Sean dirigirse hacia el orfanato y se agachó. Según el plan, esperó, aunque todos los músculos de su cuerpo le gritaban que se moviera.

A correr.

Correr tan lejos del Orfanato Sagrado Corazón como le permitieran sus malditas piernas.

La Capa se agachó a su lado, su vieja columna encorvada, la tela negra oscura convirtiendo su cuerpo en lo que parecía un montón de desechos.

"¿Cuánto tiempo tenemos que esperar, Aiden?", preguntó.

Al no obtener respuesta, miró por encima del hombro.

El muerto se había ido.

"Genial."

"Esperamos hasta que lleguen a la puerta", graznó la Capa. "Y luego vamos por detrás".

Cal observó al hombre durante un momento, intentando averiguar de qué demonios se trataba. Pequeño de estatura, definitivamente viejo. La capucha de la capa le cubría la parte superior de la cara, el pelo, los ojos, mientras que el cuello de tortuga ocultaba la mitad inferior. Cal no tenía ni idea de cómo veía aquel hombre. Entonces se acordó de la cámara que llevaba colgada al cuello y empezó a levantarla, con la intención de apuntarle a la Capa. Pero antes de que lo hiciera, la Capa volvió a hablar y su mano se detuvo en el aire.

"Eres un buen amigo, Cal".

Cal hizo una mueca, la valoración que el hombre hacía de él le sorprendió.

"¿Cómo lo sabes?", replicó. "¿Cómo demonios lo sabes?"

La Capa volvió la cabeza hacia la casa.

"Están en la puerta. Vámonos".

Empezó a levantarse, pero Cal alargó la mano y le agarró del brazo.

"Espera..."

La Capa se lo sacudió.

"Es la hora. Tenemos que darnos prisa".

Capítulo 38

Carson debía de saber que venían, pues tenía siete cadáveres parados justo en el umbral de la puerta, y en cuanto Robert y Sean cruzaron el umbral, se abalanzaron sobre ellos.

"¡Joder!" gritó Robert, retorciéndose mientras un hombre de enormes labios negros se deslizaba a su lado. El siguiente se acercó a Sean, y una fracción de segundo antes de que se moviera, Robert oyó un siseo como de aire hirviendo en su oreja ensangrentada.

La bala atravesó el cráneo del hombre de los labios gruesos y luego golpeó al quiddity que se acercaba a Sean en el centro del pecho, detrás de él.

"¡Jesucristo!" gritó Robert. Giró la cabeza para ver de dónde había salido el disparo, pero el cielo estaba tan oscuro que no vio nada.

Pero sabía que era Aiden, y cuando se volvió, supo que lo que el hombre había dicho era cierto.

El *arma* funcionaría.

El primer quiddity cayó de bruces sin siquiera bracear y se quedó inmóvil. Robert estaba a punto de apartar la mirada cuando, de repente, el quiddity empezó a temblar, con pequeños temblores al principio, pero que rápidamente se convirtieron en un ataque masivo de gran mal.

En el punto álgido de estas violentas contracciones musculares, la espalda del hombre se arqueó y sus ojos negros como el carbón miraron directamente a Robert.

Luego volvió a quedarse quieto y se disolvió en una nube de polvo y suciedad negra.

Robert se llevó instintivamente el codo a la boca para evitar inhalar la nube de quiddity. Pero no hizo falta; la nube salió disparada hacia arriba, atravesando aparentemente el techo.

Miró a Sean, que miraba fijamente al otro quiddity mientras también caía de rodillas y empezaba a temblar.

Un movimiento borroso le llamó la atención y Robert levantó la cara.

"¡Sean! Otro, *¡cuidado!*"

Se oyó otro silbido, y este quiddity también fue abatido por Aiden.

Tenemos que salir de aquí, hay demasiados, repitió Helen en su cabeza. *Robert, algo malo está pasando aquí...*

No me digas.

Sonó otro disparo y se desplomó otro cadáver.

Y, sin embargo, seguían llegando. Robert había contado ocho al principio, pero ahora parecía como si hubiera docenas de ellos, tal vez incluso cientos trepando sobre cada uno para llegar a ellos. Para poner

sus manos sobre los vivos.

Parpadeó con fuerza, intentando mantener la concentración.

"Vuelve afuera", le gritó Sean por encima del rugido de la tormenta que de pronto sonaba como si se originara *dentro* del orfanato en lugar de afuera. "Sal de una puta vez para que Aiden pueda sacarlos".

Robert asintió e iba a dar un paso atrás cuando vio algo en mitad del pasillo.

Una silueta familiar.

Una silueta de *embarazada* familiar.

"*¡Shelly!"*, gritó por encima del sonido del quiddity convulsivo y el viento azotando sus oídos. "¡Shelly!"

Pero no se giró.

Y entonces todo el orfanato se quedó blanco un segundo antes de que uno de los quiddity se abalanzara sobre él.

Robert hizo lo único que sabía hacer, en ese momento. Lo único que evitaría que lo enviaran a la Médula.

Dejó que Helen se hiciera cargo.

Capítulo 39

Cal estaba rodeando el edificio cuando oyó el grito de Robert.

"¡Shelly! *¡Shelly!*"

Inmediatamente se quedó inmóvil, ignorando las súplicas de la Capa para que le acompañara, para que se diera prisa.

Shelly, la que él había traído al redil, estaba en peligro. Shelly, la que Robert había dejado embarazada, estaba dentro del orfanato. Shelly, la que estaba embarazada del bebé que tenía el potencial de mantener abierta la grieta en la Médula, estaba al alcance de Carson.

Cal giró sobre sus talones y se volvió hacia la fachada del edificio.

"Cal", siseó la Capa tras él. "¡Cal, vuelve!"

Pero Cal no escuchó. Estaba casi en la entrada principal cuando todo el orfanato estalló en una bola de luz.

Capítulo 40

"¿Sientes eso?" preguntó **Ben** a Allan, mirándole.

El cielo se había ido oscureciendo progresivamente en la Médula hasta volverse casi completamente negro. La arena, antes aterciopelada y suave en las plantas de sus pies descalzos, se estaba volviendo de repente caliente y pegajosa.

"Lo siento", admitió Allan. "Se está volviendo más fuerte... ya viene".

Ben, que había estado contemplando las nubes que habían empezado a teñirse de un naranja intenso, miró a Allan. El chico estaba asustado, incluso aterrorizado.

"¿Quién? ¿Quién viene?"

Allan tragó con fuerza y su nuez de Adán se balanceó violentamente en su estrecha garganta.

"La Cabra. Viene la Cabra".

Ben se estremeció justo cuando el cielo estallaba en llamas.

Capítulo 41

El agente Brett Cherry rodeó los dos vehículos mientras se dirigía a la parte trasera del orfanato. Tenía la pistola desenfundada, pero algo en su interior le decía que no serviría de mucho.

Su estancia en el pantano se lo había enseñado.

El fuego, por otro lado...

Un relámpago brilló en el cielo y Brett miró hacia arriba. Las nubes de tormenta parecían dar vueltas, retorcerse y girar sobre sí mismas, formando una especie de aguja que ascendía desde el tejado del orfanato hasta el cielo.

En el centro de esa aguja, pudo distinguir la inconfundible visión de llamas.

Un fuego en el cielo.

Brett respiró hondo, aceleró el paso y se dirigió hacia esa misma aguja.

"Esto es para ti, Ken-Ken. Para ti."

Capítulo 42

La luz brillante aún le cegaba, y cuando una mano se deslizó alrededor de su cuello y tiró de él para acercarlo, estuvo a punto de gritar.

Pero la mano sobre su boca se lo impidió.

Un aliento caliente le llegó de repente a la oreja.

"No te muevas."

El pecho de Ed se desinfló. Era Brett. El hombre debía de haberse colado en la habitación al amparo de la tormenta y la luz.

Sintió presión en los brazos y, de repente, le soltaron las manos. Inmediatamente, Ed se frotó las muñecas, tratando de recuperar la sensibilidad en los puños.

"Ven conmigo", susurró Brett, su aliento apestaba a alcohol. "Sígueme exactamente y puedo sacarnos de aquí."

Ed se puso lentamente en pie lo más silenciosamente posible, recordando que Michael estaba muy cerca.

Como Hugh.

Al recordar los ojos de platillo del hombre, el rostro pálido, la mandíbula floja, dudó de que Hugh se diera cuenta siquiera de que ya no estaba atado a Ed.

"Espera", susurró. "No podemos dejar a Hugh."

Entonces la luz se apagó.

Ed y Brett se quedaron helados.

"Están aquí", volvió a susurrar Carson.

La tormenta también había amainado y, de repente, la habitación estaba muy silenciosa, demasiado silenciosa.

Y entonces Bella encendió una lámpara, y el corazón de Ed se detuvo.

Carson seguía ahora en el círculo, sólo que no era el único rodeado por el quiddity que había viajado con él en la parte trasera del camión.

Había otros. Y esos otros lo abrazaban, lo sostenían, se aferraban a sus piernas.

Eran siete, seis chicos y una chica de edades comprendidas entre los cinco y los once años, según Ed.

De repente, su corazón volvió a latir y, por alguna razón, eso le delató. Todos los niños se volvieron para mirar a Ed con sus fosas de obsidiana por ojos.

"He traído de vuelta a los Guardianes", dijo Carson con una sonrisa. "Los he traído a todos de vuelta".

Le dio una palmadita en la cabeza a un chico, luego se dio la vuelta y se centró en Brett.

"¿Usted es la Agente Cherry, supongo?" Carson preguntó.

Brett intentó huir, pero Michael se interpuso en su camino, bloqueándole el paso. Brett levantó su arma y apuntó a la frente del hombre.

"No entiendo una mierda de lo que está pasando aquí, y me importa una mierda. Pero te diré una cosa: mis amigos y yo nos vamos de aquí ahora mismo".

Carson sonrió, y Ed pensó que su boca se había hecho más grande, más llena de dientes. Y parecían haberse limado en punta.

"No, no lo creo."

Carson movió la barbilla, y el quiddity que lo había estado rodeando de repente comenzó a moverse hacia Ed y Brett. Sus andares seguían siendo torpes, pero habían mejorado en comparación con la primera vez que los vio caer de la parte trasera del camión.

Brett pasó inmediatamente el arma de Michael al quiddity más cercano a ellos.

"Para", me ordenó. "Deja de moverte."

No fue un enfrentamiento prolongado. Cuando el quiddity no se detuvo, Brett apretó fuera de una ronda.

La bala alcanzó a un cadáver masculino en el hombro, pero aparte de torcerse hacia ese lado por el impacto, ni siquiera le frenó.

"Brett, yo no..."

Pero Ed no terminó la frase antes de que Brett disparara dos veces más en rápida sucesión. Esta vez, las balas alcanzaron al hombre en la cabeza.

El resultado, sin embargo, fue el mismo.

"¡Joder!" Brett gritó. Dio un paso adelante, sostuvo el arma directamente delante de él a la distancia del brazo.

En algún lugar delante de ellos, Carson estalló en carcajadas.

La ventana a su izquierda explotó de repente y una bala de alta presión alcanzó al hombre al que Brett había estado disparando directamente en la sien. Brett puso cara de confusión y miró fijamente su arma, mientras la cabeza del hombre se vaporizaba por completo.

Cayó de rodillas y empezó a temblar.

Carson dejó de reír.

"¡Bella! ¡Baja!", gritó.

Otro disparo hizo estallar la segunda ventana del aula, y otro quiddity fue derribado.

Carson rugió de rabia.

Un tercer disparo, una tercera ventana rota. Esta vez, sin embargo, la bala alcanzó a Bella directamente en la espalda mientras se tiraba al suelo.

Pero no pasó nada.

Ed lo observó, con una expresión de confusión que coincidía con la

de ella, mientras ella se palpaba, buscando una herida que sencillamente no existía.

Brett, superando por fin la conmoción que se había apoderado de él, volvió a apuntar a Michael con el arma. Pero el hombre se había movido, y antes de que Ed pudiera advertir a su amigo, Michael clavó su puño en el costado de la cabeza de Brett. El agente Cherry se tambaleó, acercándose peligrosamente al quiddity restante.

Ed se abalanzó, pero ya no estaba en tan buena forma como antes. Fue una embestida torpe, que recordaba a la que dio trastabillando al salir del camión. Michael lo esquivó y luego asestó dos puñetazos en el costado y el estómago de Ed, que lo dejaron sin aliento de inmediato.

Se hizo un ovillo, jadeando.

"Hugh", intentó decir, pero sólo salió aire de su boca. "Hugh, ayúdame".

Michael apareció de la nada, asestándole otro golpe, esta vez en la barbilla. Ed echó la cabeza hacia atrás y sintió que los dientes le rechinaban, cubriéndole la lengua de serrín.

Ed cayó de culo y se desplomó contra la pared del fondo. Luchó contra la inconsciencia, sabiendo que si sucumbía a la oscuridad, nunca despertaría.

El tambaleante quiddity llegaría a él.

Al parpadear, tratando de aclarar su visión, se dio cuenta de que alguien se cernía sobre él.

Era Michael, y como Carson en algún lugar detrás de él, estaba sonriendo.

"Voy a disfrutar comiéndote".

Pero entonces algo le golpeó en el costado, tirándole al suelo. Ed se puso en pie, observando cómo Brett descargaba puñetazos sobre Michael como un poseso. Un gruñido procedente de su izquierda atrajo su atención, y se dio cuenta de que uno de los muertos estaba a centímetros de Hugh, que parecía congelado en el sitio.

"¡No!", gritó, agarrando a su compañero por los hombros y haciéndole girar. Mientras tiraba de él, algo pasó zumbando junto a su oreja y el brazo izquierdo del quiddity explotó. Como los demás, cayó al suelo y empezó a convulsionar.

Ed miró a su compañero.

"¡Hugh, espabila de una puta vez!", ordenó. "Recoge tu mierda, tenemos que salir de aquí, ¡ahora!"

Los ojos de Hugh se abrieron de par en par y levantó la mano para señalar, pero antes de que pudiera siquiera llevarla a la altura del hombro, Ed sintió que algo frío y afilado se deslizaba en su cuerpo justo por encima de la cadera. Fue tan limpio, tan rápido, que al principio ni siquiera sintió dolor.

Sin embargo, al mirar hacia abajo, vio el destello de una espada y

la parte superior de la cabeza de alguien, que estaba cubierta de pelo corto y negro.

Bella había llegado a él de nuevo.

Capítulo 43

"Robert", jadeó Sean desde su izquierda. "¿Qué has hecho?"

Pero Robert no había hecho nada.

Cuando la luz se apagó y volvió el resplandor ambiental, Robert se dio cuenta de que estaba agarrando un cadáver por el cuello.

O, más concretamente, *Helen* lo estaba agarrando.

Y sin embargo, Robert podía sentir la textura de su piel de cera bajo sus dedos, y podía oler su aliento fétido y putrefacto en su cara.

Esperaba que lo llevaran a la Médula, para volver a ver a Amy, y una parte de él lo deseaba. Entonces recordó a Shelly.

Está aquí y necesita mi ayuda.

Helen respondió apretando aún más fuerte, levantando al muerto del suelo. Robert nunca había experimentado tanta fuerza, tanto poder en toda su vida, ni siquiera la última vez que Helen había tomado el mando y juntos habían agarrado a Carson.

"Robert".

Helen tiró con fuerza, y la garganta del hombre se desgarró como un pavo recocido. Luego lo empujó hacia atrás, mientras yacía en el suelo jadeando. Un segundo después, empezó a crisparse, no muy distinto del quiddity que Aiden había reventado.

Entonces se abalanzaron sobre él todos a la vez, los cuatro quiddity restantes, todos con las manos extendidas, desesperados por desgarrar su carne viva. Por el rabillo del ojo, vio a Sean retroceder.

"¡Vamos!" Robert gritó. "¡Ve y salva a Shelly! ¡Yo me encargaré de estos! ¡Rápido!"

Sean asintió, y entonces Robert cerró el puño mientras se abalanzaban sobre él todos a la vez.

***

Sean no podía creer lo que había visto.

Robert realmente había agarrado a los muertos, y todavía estaba aquí. Iba en contra de todo lo que había leído, lo que le habían enseñado, lo que había *visto*.

Si la quiddidad tocaba un alma viva, entonces serían transportados juntos a la Médula. Era primordial, era idiosincrática a la separación, la idea de que los dos mundos nunca debían mezclarse, que *nunca* podían mezclarse.

Pero Robert había hecho precisamente eso.

Sean se apresuró por el pasillo, con las piernas moviéndose por sí solas. La confusión lo abrumaba, pero hizo todo lo posible por compartimentar esos sentimientos.

Aún tenía trabajo que hacer.

Entrecerrando los ojos en la penumbra, se dirigió hacia el último lugar donde había visto a Shelly.

Mientras lo hacía, un momento de claridad le asaltó de repente.

Si Robert podía tocarlos y no ser enviado a la Médula, eso sólo podía significar una cosa.

Robert ya estaba muerto.

Capítulo 44

Shelly había estado aquí antes. Ella lo sabía ahora, de hecho. Había estado en el Orfanato Sagrado Corazón cuando era más joven.

Cuando algo horrible había sucedido, cuando todos ellos habían sido asesinados.

Todos menos tres.

Se tambaleó por el pasillo, confusa sobre por qué había vuelto aquí, con la mente hecha un lío desde que había encontrado la foto de ella en la iglesia.

La que Robert había dejado para ella.

Las yemas de sus dedos rozaron la pared mientras caminaba, sintiendo la dureza del ladrillo, la fina capa de polvo como una cubierta de su alma.

Robert...

Por fin se dio cuenta de que le quería, aunque creía que llevaba tiempo sintiéndolo así.

Pero no estaba segura de que el sentimiento fuera mutuo. Había algo en él, una gran parte de él que aún se aferraba al pasado. Ella lo veía en su cara, en sus ojos, en su misma firmeza.

Lo sabía como sabía que el bebé que llevaba dentro era una niña.

Aún no había soltado a Amy, y ella ni siquiera estaba segura de que hubiera soltado a Wendy.

Tragó con fuerza y volvió a sentir aquel dolor aplastante en el pecho. Sólo que ahora era más profundo, más bajo, en sus tripas, en su estómago. En su vientre.

Shelly siguió moviéndose, sus pies apenas se levantaban del suelo ahora, sólo pasos polvorientos y arrastrados.

Su mente se remontó a aquella vez, a los demás corriendo fuera del aula, mientras que, por alguna razón, ella se había visto obligada a volver a entrar corriendo. Y fue entonces cuando Sean la encontró.

Y la había llevado a la sala de calderas.

Que era hacia donde se dirigía ahora, guiada por recuerdos de hace décadas, como una especie de GPS orgánico.

Sólo que Shelly no tenía ni idea de hacia dónde apuntaba la flecha, de cuál era su destino final.

O lo que le esperaba cuando llegara allí.

Capítulo 45

Cal se quedó boquiabierto cuando vio a Robert, con los puños cubiertos de sangre, y el quiddity a su alrededor.

"¡No! ¡No, no, no!", gritó.

O Robert no le oyó, o ya estaba de camino a la Médula; no se volvió. En lugar de eso, siguió asestando puñetazos y desgarros -se oyó un horrible sonido de desgarro en el pasillo-, a medida que se arrojaban trozos de carne muerta.

Cal saltó a un lado para evitar un mechón de pelo o el cuero cabelludo. Al hacerlo, la cámara que llevaba al cuello le golpeó en el pecho, recordándole que seguía allí.

Se la acercó a los ojos y miró por el visor.

Lo que vio le dejó sin aliento. Casi todo el campo de visión estaba lleno de la brillante luz del quiddity. Cada trozo de metralla brillaba, salpicando el campo de visión. Pero no fue eso lo que le hizo jadear.

Era el propio Robert. En lugar de ser tenue, gris, como había sido el hombre del cementerio, Robert era tan brillante que a Cal le resultaba difícil mirarlo directamente.

Robert gruñó y arrojó más carne putrefacta al suelo, mientras Cal apretaba el gatillo. Al principio, no ocurrió nada. Luego, el resto de los animales empezaron a ralentizarse y sus movimientos se volvieron más dificultosos. Al igual que los de Robert.

El hombre se volvió entonces hacia él.

"Cal, para... la cámara", jadeó. Su voz era extraña, como si no fuera completamente suya. Como si otra persona hablara a través de su boca y sus labios.

Cal estaba indeciso, sin saber qué hacer a continuación. Mantuvo el dedo en el botón.

***

Algo me está pasando, pensó Helen. *Algo está pasando, estoy siendo... estoy siendo arrastrada.*

Robert también lo sintió, aunque por alguna razón estaba convencido de que sólo afectaba a Helen y no a él.

Giró la cabeza y fue entonces cuando se dio cuenta de que Cal había entrado en el orfanato y le estaba apuntando directamente con la cámara.

"Apágala", intentó decir, pero con Helen controlándolo, las palabras le salieron extrañas, casi confusas. "Cal, apaga la cámara".

Su amigo tenía una expresión confusa en el rostro y, cuando quedó claro que no iba a escuchar, Robert sintió el impulso de volver a salir

a la palestra.

Pero tenía que esperar, esperar a que el resto de moribundos y muertos se fueran. No tenía, no podía tener el control cuando aún estaba en contacto con él.

Por favor, Robert, tienes que hacerte cargo, me están jalando y no creo--

Varios de los cadáveres que Helen había diezmado se convirtieron en vapor, mientras que otros aún, los que todavía no había despedazado, empezaron a ralentizarse, a quedar bloqueados por la cámara.

Sólo pasaría un minuto más o menos antes de que él estuviera en el mismo barco, y no estaba seguro de que si eso ocurría pudiera volver a ser dueño de su propio cuerpo.

Todavía no, Helen, todavía no.

Sintió que Helen intentaba moverse, intentaba hablar, pero no lo conseguía. Seguía al mando, en control, pero también estaba congelada.

Robert consiguió mirar a su alrededor y vio que sólo había una quididad más, una mujer con un vestido de novia roto que le tendía la mano. Tenía los dedos extendidos, las uñas horriblemente largas y amarillas por el desprendimiento de la cutícula al morir.

Aún no, aún no, aún no...

Podía sentir cómo Helen intentaba alejarse, apartarse de la mujer, pero el cuerpo de Robert no se comportaba. Entonces la mano se detuvo, a escasos centímetros de su ojo izquierdo, y Robert no pudo esperar más.

Se lanzó hacia delante, hacia arriba, como si intentara desesperadamente romper la superficie de una masa de agua. Al principio, rebotó, como si el agua estuviera cubierta de hielo. Lo intentó de nuevo, tratando desesperadamente de volver a ponerse detrás de sus ojos, en su cabeza, en control.

Por un brevísimo instante, pensó que no sería posible, que la cámara había congelado el agua y que quedaría atrapado como observador para siempre en su propio cuerpo.

Pero entonces se abrió paso.

Robert avanzó a trompicones, girando justo a tiempo para evitar la garra extendida de la mujer.

"¡Robert!" Cal gritó.

Robert pasó por encima de los trozos de cadáveres que quedaban, los que aún no se habían vaporizado, y luego se volvió hacia su amigo.

"¿Qué coño ha pasado? ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo has...?" Cal divagaba, con la cámara aún en alto delante de él.

Robert negó con la cabeza.

¿Helen? ¿Sigues aquí?

Sin respuesta.
La culpa le invadió entonces. ¿Había esperado demasiado? Le había prometido a la mujer que la llevaría a la Médula, que le daría a elegir como a los demás.
Pero no así, no desterrado como...
Aquí estoy.
Robert dejó escapar un suspiro de alivio.
"No fui yo, Cal. Fue Helen, ella se hizo cargo. Y ya está muerta, la quididad no puede con ella".
Cal frunció las cejas en señal de confusión, pero Robert también vio que algo parecido a la comprensión cruzaba sus facciones.
"¡Tengo que irme!" Gritó Robert corriendo por el pasillo. "¡Necesito encontrar a Shelly!"
"¡Espera! ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con el maldito quiddity?"
Robert no miró atrás y echó a correr.
"¡Quedaos ahí! ¡Mantenlos a raya!"

Capítulo 46

Ed se desplomó en el suelo, respirando con dificultad. Tenía las manos cubiertas de sangre del cuchillo con el que Bella le había clavado. Mirándola a los ojos oscuros, supo que ella quería seguir clavándoselo, llenándolo de agujeros. Pero Carson le había gritado, le había dicho que fuera a buscar a Shelly, fuera quien fuera.

Y entonces volvieron a estar rodeados. Michael había podido con el agente Cherry y su amigo estaba desplomado a su lado. Hugh también estaba sentado, aunque seguía con la mirada perdida, el rostro desencajado.

Y los muertos estaban a su alrededor.

Era cuestión de tiempo que volvieran a abalanzarse sobre ellos.

Y cuando eso ocurriera, no habría nada que pudieran hacer al respecto.

Respiró hondo y aceptó el hecho de que iba a morir. Contemplando el rostro sonriente de Carson, las cabezas inclinadas de los niños muertos que seguían acurrucados contra él, Ed empezó a reconsiderar si todo el mundo tenía algo bueno dentro.

Este hombre, este conjurador de demonios, era pura maldad.

Capítulo 47

Sean sabía adónde iba Shelly, incluso antes de ver su silueta. Su primer instinto fue llamarla, apresurarse y alcanzarla, pero algo lo contuvo.

Era el pensamiento que había tenido mientras había estado atado por Robert y su variopinto equipo de cazafantasmas.

Shelly y su bebé eran lo que Carson necesitaba para mantener abierta la grieta.

Se apretó contra la pared cuando Shelly vaciló, girando ligeramente la cabeza.

Ella no lo vio.

Un momento después, ella rompió a correr, moviéndose tan rápido como su gran cuerpo se lo permitía, y Sean la siguió. Otra figura apareció de una habitación a su izquierda, y Sean se quedó aún más rezagado.

Aunque no conocía a la mujer, sabía quién era basándose en las descripciones de Robert y Aiden.

La mujer de pelo corto y negro se movía como una especie de gato, deslizándose y resbalando por el suelo con una destreza sin precedentes. Sean echó mano a la pistola que llevaba en la cadera, pero entonces se dio cuenta de que Robert se la había quitado hacía tiempo y no se le había ocurrido pedírsela de vuelta.

Dudaba que el hombre se lo hubiera dado de todos modos.

Shelly giró bruscamente a la derecha y la mujer la siguió sin hacer ruido. Era imposible que Shelly supiera que Bella la seguía. Y aun así Sean no gritó, ni siquiera se movió para advertirla.

Incluso cuando Shelly entró en la pequeña sala de calderas y Bella la siguió, él se limitó a esperar sentado.

Se apoyó en el otro lado de la puerta y escuchó.

"Tú", dijo Shelly con tal desdén que Sean pensó que su voz tenía un peso real. "¿Qué coño quieres?"

"Carson dice que tienes que venir conmigo. Quiere tener una charla".

"Que se joda, no voy a ninguna parte."

Hubo una pausa. La puerta no tenía ventana, pero aunque la hubiera, Sean no se habría arriesgado a mirar dentro. En lugar de eso, inclinó la cabeza y siguió escuchando, con la mente ya tomada.

Shelly y su hijo eran demasiado peligrosos.

"¿Qué vas a hacer con eso? ¿Apuñalarme? ¿Sacarme a mi bebé? Te sacaré los putos ojos, zorra".

Bella se rió.

"Carson quiere verte, Shelly. Te conviene venir conmigo antes de

que tenga que usar esto".

gruñó Shelly.

"No le harías eso a una embarazada..."

"Sean, ¿qué haces?", susurró una voz ronca desde su izquierda. Sean se dio la vuelta, con las manos preparadas.

Enderezó la postura cuando vio acercarse una figura embozada.

"Te he preguntado qué estabas haciendo", exigió la Capa, dando un paso agresivo hacia delante. "¿Es Bella la que está ahí, con Shelly? ¿Por qué no vas con ella?"

Sean se movió inconscientemente delante de la puerta, bloqueándole el paso.

"No puedo", dijo al fin. "Necesito proteger la integridad de la Médula, y cada minuto que se deja crecer al niño, cada segundo que se acerca al nacimiento, más peligro corremos todos".

La Capa se congeló.

"¿Qué... qué estás diciendo? Sean, ¿qué estás diciendo?"

Sean bajó la cabeza.

"Digo que no puede... joder, el bebé no puede llegar a término".

Durante varios segundos, el único sonido que Sean oyó fue el de las dos mujeres discutiendo dentro de la sala de calderas.

"Apártate de mi camino", exigió por fin la Capa.

Sean negó con la cabeza.

"No puedo hacer eso. Soy un Guardián, y es mi deber mantener la Médula a salvo. Lo siento, no puedo dejarte entrar ahí".

Un sonido salió entonces de la Capa, algo que hizo que a Sean se le humedecieran los ojos y se le erizara el vello de la nuca.

Tardó un rato en darse cuenta de que la Capa se estaba riendo.

"¿No me dejas? *¡¿YO?!* Yo te di tu poder y puedo quitártelo", gruñó.

Las discusiones en la habitación detrás de Sean cesaron de repente y su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho.

Así no era como él había visto las cosas. Aun así, el Manto era viejo, estaba marchito y su tiempo había llegado a su fin. Era la única opción racional, aunque su anciano no lo viera así.

La Capa dio un paso adelante, arrastrando los pies, y Sean se preparó.

No quería llegar a esto.

Pero no había otra opción.

Las puertas de la Médula nunca pudieron abrirse.

"Yo te di tu poder", repitió la Capa mientras alzaba la mano y agarraba el labio de la capucha negra. "Y puedo quitártelo".

Con un movimiento suave, la Capa tiró de la capucha hacia atrás y, al mismo tiempo, se bajó el cuello alto.

"No", gimió Sean, tropezando hacia atrás. Su espalda se estrelló contra la puerta. "No, no puede ser, por favor, no, no, no..."

Alguien golpeó la puerta detrás de él, intentando salir, pero no hizo caso.

Y en ese momento, Sean se dio cuenta de por qué la Capa no se había enfadado ante la noticia de que Carson había muerto: era porque aún estaba vivo.

Una madre simplemente lo sabía.

"Por favor", sollozó.

Capítulo 48

En cuanto Robert dobló la esquina, se sumió en una ensoñación como una langosta en agua hirviendo.

Sus ojos se pusieron en blanco y sus talones patinaron en el suelo cubierto de polvo mientras su cuerpo se detenía de forma casi caricaturesca.

Estaba en su pupitre, sentado junto a su hermano, mirando fijamente a la profesora de rostro severo que tenía delante. Era guapa, pero estricta. Justa, pero deliberada.

"¿Quién sabe lo que pone aquí?", preguntó señalando las palabras en latín de la pizarra.

Por supuesto, Robert sabía cuáles eran, pero no levantó la mano de inmediato. No quería parecer la mascota del profesor, como si estuviera recibiendo un trato especial. Miró a su hermano, pero el chico no parecía prestarle atención.

Típico.

"¿Alguien?"

Finalmente, Robert levantó la mano y su madre le señaló inmediatamente.

"¿Robert?"

"Dice *Inter vivos et mortuos,* y significa la tierra entre los vivos y los muertos".

Robert volvió al presente con un tropiezo, apenas se detuvo antes de caer de bruces.

Algo malo había pasado aquí, algo horrible.

Algo horrible les había ocurrido a sus amigos, a su madre.

Pero no podía ocuparse de eso ahora, ni siquiera podía pensar en ello. Ahora mismo, tenía que encontrar a Shelly.

Su mente le llevó a la habitación cercana a la parte trasera del orfanato.

En la que solía recibir clases hace mucho tiempo.

Sin pensarlo, atravesó la puerta de la habitación y se detuvo en seco.

"Ah, mi querido hermano. Esperaba que aparecieras, ¿pero tan pronto? Siempre el estudiante más ansioso, ¿no es así?"

Los ojos de Robert se entrecerraron al contemplar la escena.

Carson estaba en el centro de la sala, desnudo, y le rodeaba lo que parecía un harén de jovencitos. Cerca del fondo de la clase, divisó a Michael y a más quiddity como los de la puerta principal. Los cadáveres rodeaban a tres personas que no reconoció, todas ellas parecían heridas. Todos los cuales estaban vivos.

"Suéltalos", exigió Robert, dando otro paso adelante.

"¿Quién?" preguntó Carson, sonriendo. Los chicos y una chica que lo rodeaban agacharon la cabeza, pero Robert sintió que había algo familiar en ellos.

"Los hombres al fondo de la sala. Que se vayan."

Carson se rió.

¿"Ellos"? ¿Quiénes son ellos? Un puñado de policías que no saben nada. ¿A quién le importan? Pensé que querrías que liberara..."

Los ojos de Robert se entrecerraron.

Shelly.

Pero cuando Carson levantó la mano y los niños miraron hacia arriba, Robert se dio cuenta de que no estaba hablando de Shelly en absoluto.

"Tus viejos amigos. *Nuestros viejos amigos*".

No, se refería a los chicos y a la única chica.

A Robert se le llenaron inmediatamente los ojos de lágrimas al reconocer algunos de sus rostros, y se sintió transportado de nuevo a su infancia.

Estaba en una especie de túnel, una especie de tubo de aluminio, mirando hacia abajo a través de una rejilla. Los niños estaban allí, así como la profesora, su madre, y corrían. Pero también había alguien más allí, alguien con una chaqueta vaquera desteñida y un sombrero negro.

Uno a uno, los cortó con una cuchilla, rebanándoles sus pequeñas y suaves gargantas, atravesándoles sus delgados vientres. Pero lo que le hizo a la mujer fue lo peor. Se tomó su tiempo con ella, cortándole trozos de carne de la cara mientras gritaba por los chicos y chicas que yacían en charcos de su propia sangre.

Robert fue devuelto al presente por la risa zumbona de Carson.

"Realmente no lo recordabas, ¿verdad?"

Robert se secó las lágrimas.

"Déjalos ir", sollozó, pero su voz carecía de la autoridad de hacía unos minutos. En el fondo, podía sentir cómo Helen empezaba a levantarse, deseosa de salir a la palestra de nuevo, de vengarse de Carson, que tanto dolor le había causado.

Me empujó hacia atrás.

Carson sacudió la cabeza con incredulidad.

"Sabes, tenía mis dudas de que Leland pudiera llevar a cabo todo este plan, en serio las tenía. Quiero decir, para hacerte olvidar... para juntarte a ti y a Shelly. Genio, realmente. Y manipular a ese bastardo de Sean, eso fue clásico".

Robert sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

"¿Qué?", balbuceó.

Carson volvió a reír.

"Todavía no lo entiendes, ¿verdad?"

Robert sintió que la cabeza le daba vueltas al pensar en las implicaciones de lo que Carson estaba diciendo.

¿Leland estaba detrás de todo esto? ¿Detrás de *todo*?

"Sí, Robert. Todo. Incluso causó el accidente, envió a uno de sus torpes quiddity delante del coche de Wendy esa noche durante la tormenta. La tormenta eléctrica".

Robert se sintió tan mareado que se arrodilló.

"Sí, Robert. Y Amy. Verás, Leland te había estado siguiendo durante algún tiempo. Sabía lo de Wendy y su aventura, sabía que no bastaría con llevarse a Wendy, necesitaba quitarte a Amy también".

"No", gimió Robert. "No es verdad."

"Oh, es verdad, Robert. Y si no me crees, quédate unos minutos más y podrás preguntárselo tú mismo".

Capítulo 49

"Pero... pero te vi *morir"*, susurró Sean. "Robert te vio morir".

"No morí", graznó Chloe Black. "Intentó matarme, pero no lo hizo".

Sean tragó saliva y le miró la cara. Era horrible; estaba calva y tenía el cuero cabelludo viciosamente nudoso, como los rollos de la nuca de un hombre gordo.

Pero su cara estaba peor. No tenía nariz, sólo un agujero en el centro, y le faltaba el ojo izquierdo. Desde las mejillas hacia abajo, la piel estaba desollada; en algunos puntos, aún no se había curado del todo, incluso después de tantos años. No tenía labios; su boca no era más que una hendidura justo encima de la barbilla.

Y la mutilación no terminaba ahí. Tenía un largo corte vertical que le atravesaba la garganta, lo que explicaba por qué su voz estaba tan horriblemente desfigurada.

"Pero esos niños... sólo pude salvar a unos pocos, llevarlos *dentro*". Su único ojo bueno se desvió hacia arriba.

Sean sacudió la cabeza al recordar la carnicería que se veía a través de la compuerta del conducto de ventilación. Era imposible que los chicos hubieran sobrevivido; de hecho, sólo de milagro Chloe seguía aquí.

Todo este tiempo, no había tenido ni idea.

Y sin embargo, no cambió nada. No cambió los hechos. No cambió el peligro.

"Si ese bebé nace..." Dejó que su frase se detuviera por un momento, antes de sacudir la cabeza. "No podemos permitir que nazca".

"Sean", ronroneó Chloe. "No me hagas hacer esto."

Sean se irguió y dio un paso al frente.

"¿Hacer qué?"

"*Esto*", gruñó. Antes de que él pudiera reaccionar, ella extendió las manos e inclinó la cabeza. Y entonces empezó.

Al principio, Sean no sabía qué estaba pasando. Pero entonces empezó a sentir un tirón, en lo más profundo de su estómago. Era como la sensación que tenía en el pecho cuando los quiddity estaban cerca, pero esta vez sentía como si algo *saliera* de él.

"¿Qué estás haciendo?", dijo, pero las palabras fueron arrastradas y apenas reconoció su propia voz.

Chloe se agachó y Sean sintió un mareo. Recordó una época lejana, muchas décadas atrás, cuando conoció a Chloe y supo de la Médula. Cuando ella lo había convertido en Guardián.

Pero ahora se lo estaba llevando todo.

Sean dio un paso adelante, pero se desequilibró y cayó sobre una

rodilla.

La sensación de tirón le subió por la boca del estómago hasta el pecho. Echó la cabeza hacia atrás e intentó gritar, pero lo único que salió fue un sonido horriblemente seco y graznante.

Ahora estaba a cuatro patas, pero incluso arrastrarse superaba sus capacidades. La cabeza le daba vueltas, recordando su primera estancia en el orfanato, luego con Callahan, dejando a los niños y después dando caza a Leland.

Sean sacudió la cabeza, tratando de despejarla, de centrarse, de ponerse en pie, de averiguar qué coño estaba haciendo la mujer llena de cicatrices que tenía delante.

Pero fue inútil.

Sintió que algo le subía por la garganta, y luego sintió como si le arrancaran el alma de la boca. Su juventud, su esencia, todo lo que le convertía en Guardián, había desaparecido, robado por la misma persona que se lo había dado en primer lugar.

Sean se desplomó en el suelo, reducido al vapor y el calor que salía de él.

En algún lugar lejano, oyó hablar a Chloe.

"Lo siento, Sean. No podía dejar que esto pasara".

Sintió una ráfaga de aire caliente cuando Chloe pasó a su lado y abrió de par en par la puerta de la habitación. Sean, que ahora era un cascarón vacío, se las arregló para ponerse en pie y salir tambaleándose por el pasillo.

Capítulo 50

Ed podía sentir que sus fuerzas se desvanecían, y ejercer presión sobre la herida de su costado no parecía detener el flujo. Podía sentir su sangre latiendo entre sus dedos.

Jamás en su sano juicio había pensado que rastrear a Michael Young le pondría aquí. El hombre llamado Robert estaba de pie frente a los muertos, y estaba decidido a hacer una última resistencia.

Pero viendo lo que tenía, viendo lo que Carson había hecho, Ed no sabía de una manera que podría tener éxito.

"¿Qué mierda?", refunfuñó. Michael se volvió hacia él en respuesta a su maldición, justo cuando Ed recibió un sorprendente segundo aire. Sin pensarlo, alargó la mano, agarró al hombre por el brazo y giró, haciéndolo girar. Michael había estado tan absorto en lo que ocurría entre Carson y Robert que le pilló por sorpresa.

"¡No!", gritó, luchando por enderezarse. Estaba sobre un pie, a escasos centímetros de uno de los muertos. Ed intentó ponerse en pie, estirar la mano y empujar al hombre, pero el dolor en el costado era demasiado fuerte y se desplomó contra la pared.

Michael sonrió.

"Estúpido..."

Pero entonces Hugh, que no había dicho ni hecho nada desde que llegaron al orfanato del Sagrado Corazón, alargó el pie y dio una patada a la rodilla izquierda de Michael.

La sonrisa se le borró de la cara al caer hacia atrás, chocando contra un hombre que tenía quemaduras en todo un lado del cuerpo. Al principio, no pasó nada. De hecho, el muerto amortiguó su caída. Pero entonces el quiddity pareció activarse al contacto humano. Sus brazos serpentearon alrededor del cuerpo de Michael y empezó a agarrarse a él. Michael intentó apartarlo, pero el agarre del hombre le estaba haciendo algo.

Empezó a temblar y sus ojos se pusieron en blanco. Y entonces el blanco desapareció, como si le hubieran metido tinta en un agujero del cráneo y luego hubiera ido hacia abajo, arremolinándose alrededor de sus ojos hasta que se volvieron completamente negros.

Como si los acontecimientos de hoy no hubieran sido ya suficientes, Ed vio cómo el hombre empezaba a desvanecerse, volviéndose ligeramente translúcido al principio, antes de desaparecer.

Ed cerró los ojos y dejó que la oscuridad se extendiera sobre él como una manta cálida.

Capítulo 51

"¡No!" gritó Carson. Robert miró por encima del hombro del hombre y vio una conmoción con los detectives y los muertos.

Robert se secó las lágrimas y se puso en marcha. Utilizando la perturbación como distracción, se movió alrededor de Carson, lejos de los niños muertos, y se apresuró a la parte trasera de la habitación.

"¡Alto!" Carson gritó, pero Robert siguió moviéndose. No dejaría morir a más gente.

Carson emitió un sonido, un horrible ruido gutural, y la quididad que rodeaba a los detectives empezó a girarse, a mirarle con sus horribles ojos negros.

Helen, espero que estés preparada para esto.

Y entonces Robert se desvaneció, dejándose caer en la boca del estómago, permitiendo que la mujer tomara el control. Había sido reprimida, golpeada, asesinada por su marido y, en cierto modo, supuso que su poder de ultratumba era una especie de venganza tangible.

Venganza por todos los que la habían agraviado.

Al primero lo agarró por el cuello y se lo arrancó. Al segundo lo agarró por el brazo y lo hizo girar. Con la otra mano le agarró la barbilla y tiró de ella, rompiéndole el cuello. Los dos quiddity desplomados empezaron a temblar y luego se convirtieron en espesas nubes negras como las que Robert había visto a la entrada del orfanato.

El tercero explotó por una ráfaga de rifle de alta presión que le arrancó casi toda la sección media. Robert sintió que su cuerpo retrocedía confundido, pero cuando el cuarto quiddity se abalanzó sobre él, Helen lo despachó con la misma facilidad que a los otros dos.

"¡No!" Carson rugió. "¿Qué estás haciendo? ¡Robert! *¡Robert!"*

Pero Robert era ahora sólo un pasajero.

Dos de los tres detectives, un joven de pelo rubio y otro, un poco mayor, con los ojos enrojecidos, le miraron, con la misma expresión de terror en sus rostros. El otro respiraba con dificultad, la sangre le brotaba del costado.

Carson volvió a bramar, y ahora Robert se impulsó hacia arriba, desplazando a la agotada Helen.

Luego se dio la vuelta.

"¡Carson! ¡Suelta a los niños! ¡No pueden hacerme daño! No pueden llevarme a la Médula".

Capítulo 52

Chloe podía sentir a Sean dentro de ella, su esencia llenando todo su ser. Pero no era la primera vez que absorbía el quid de alguien, su alma.

Ya lo había hecho antes en este mismo lugar, salvando a tres de los jóvenes mientras les arrancaban la vida las heridas provocadas por su marido.

Por la Cabra.

Empujó a Sean hacia abajo con los demás.

Y entonces abrió de golpe la puerta de la sala de calderas.

"Déjala ir", graznó.

Bella se asomó por detrás de la cabeza de Shelly, con un cuchillo en la garganta. Por un segundo, sus ojos se abrieron de par en par, y luego hizo una mueca al ver la cara destrozada de Chloe. Pero enseguida recobró la compostura. Estaba claro que, después de tanto tiempo con Carson, ya casi nada la sorprendía.

"No lo creo, joder. Carson la quiere, quiere su bebé. Dice que es importante. Ella viene conmigo".

Chloe respiró hondo y entrecortadamente.

"¡No!" Bella gritó. "Escuché lo que le hiciste a Sean. Tan solo respira y clavaré esta cuchilla profundamente en su suave cuello. Y luego le sacaré el maldito feto".

Para demostrar que hablaba en serio, clavó el cuchillo en la garganta de Shelly, haciéndole un hoyuelo en la piel.

Shelly jadeó e intentó moverse, pero el agarre de Bella se mantuvo firme.

"No te muevas, joder".

Chloe se quedó helada. Si hubiera tenido cejas, se le habrían fruncido; si aún tuviera conductos lagrimales, se le habrían saltado las lágrimas.

Pero no tenía ni lo uno ni lo otro.

"Atrás. Retrocede de una puta vez".

Chloe no tuvo más remedio que obedecer y salir de la habitación.

No tenía sentido que hubiera superado a un Guardián, uno de los pocos que quedaban, y lo hubiera reducido al anciano marchito que era, y sin embargo esa mujer, esa mujer pequeña con un corte de pelo raro, le hubiera sacado ventaja.

Pero al contemplar el rostro aterrorizado de Shelly y su incipiente barriga, Chloe supo que esa parte del día estaba perdida.

Pero la batalla estaba lejos de terminar.

Muy, muy lejos de estar hecho.

"Bien, ahora sigue retrocediendo", ordenó Bella mientras se

arrastraba con Shelly delante de ella.

Pasara lo que pasara, Carson y Leland no le harían nada a Shelly, no con la preciosa carga que llevaba.

Aún tenían cinco meses para salvarlos a todos.

Para salvar a todos los que aún vivían.

Capítulo 53

Sonó un disparo y Robert se agachó instintivamente. Pero no iba dirigido a él. De hecho, no creía que fuera para nadie. Era un disparo de advertencia de Aiden.

No quería disparar a los niños.

Carson, por su parte, avanzó como si nada, con los hijos de ambos en fila detrás de él.

"¿Alguna vez lo has pensado, Robert? ¿Sobre qué decisión tomarías en las orillas del Marrow?"

Robert se acercó a Carson.

"¿Qué te pasó, Carson? ¿Qué pasó que cambió todo lo que eres?"

Carson echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

"¡Ah, la ironía! ¿Qué me ha pasado? ¿Qué me ha pasado*?* ¿No es esa la pregunta? ¿Qué me hace ser *yo*? ¿Qué hace que un individuo sea único?" Se acercó hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros. "*Eso* es lo que importa. Es lo único que importa".

Helen, ¿estás...?

Pero su pensamiento le fue robado cuando alguien entró tambaleándose en la habitación.

Robert se apartó, moviendo instintivamente los brazos hacia atrás, haciendo todo lo posible por proteger a los humanos que tenía a su espalda.

Carson también retrocedió, aunque no tan violentamente como Robert.

Un hombre entró cojeando en la habitación. Un anciano, encorvado, marchito, apenas capaz de mantenerse erguido. Al principio, Robert pensó que era el Manto.

Y entonces el hombre levantó la cabeza, y Robert reconoció los ojos azul pálido, la línea de una boca, aunque era mucho más viejo de lo que recordaba.

Fue Sean Sommers.

El reconocimiento cruzó también la cara de Carson, y Robert se dio cuenta de repente de lo que estaba a punto de ocurrir.

"¡No!", gritó, dando un paso adelante, pero alguien le agarró del brazo. Intentó apartar la mano, pero era demasiado fuerte. "¡No!"

Carson se acercó a Sean, que parecía tener dificultades para respirar, por no hablar de caminar. Y entonces los estudiantes, la quididad de los Guardianes muertos, se movieron con él.

Mientras Robert observaba, sin poder hacer nada, los chicos, sus amigos, empezaron a cogerse de la mano, formando una fila india.

Sean no sabía lo que estaba pasando, eso estaba claro. Tenía los ojos completamente blancos y los brazos flojos. Incluso cuando el niño

más cercano le tendió la mano, Sean pareció no darse cuenta. En todo caso, casi parecía agarrarla. Al mismo tiempo, Carson fue a su otro lado y también apretó la mano de Sean.

"¡No!" Robert volvió a intentar zafarse, pero ahora no era una sola persona la que lo sujetaba, sino tres.

"Robert, ya ha empezado. No puedes detenerlo ahora".

Era una voz grave, la voz de la Capa. No se volvió para mirarle.

En cambio, sus ojos estaban fijos en la escena que tenía ante sí, que le recordaba a su época en Seaforth.

"¡Sí! ¡Sí!" Carson gritó. "¡Está sucediendo! ¡Papá vuelve a casa!"

El cuerpo de Sean pareció estirarse como un caramelo caliente, y las nubes de arriba empezaron a arremolinarse de nuevo. En cuestión de instantes, el techo desapareció y volvieron las nubes. Los relámpagos iluminaron el cielo como fuegos artificiales del 4 de julio.

Y entonces, entre el sonido de las risas de los niños, Sean empezó a ser apartado.

La luz salió disparada de sus antiguos ojos, boca y nariz.

Pero el faro más grande era el de su pecho, que se abría de par en par.

Robert sabía lo que venía a continuación. Carson había encontrado a su Guardián, y a diferencia de Seaforth, cuando había atado al padre Callahan a la mujer muerta y a su propio cuerpo vivo, esta vez era diferente.

Esta vez había unido a un Guardián a los muertos, a la quiddidad de los Guardianes muertos, y a sí mismo, Carson, que también era un Guardián.

La grieta se abrió mucho más rápido de lo que lo había hecho en Seaforth. Sin el niño, no podría mantenerse abierta, los dos mundos seguirían separados, pero Robert sabía que esta vez había algo diferente. Esta vez podría permanecer abierta el tiempo suficiente para que alguien, o *algo*, la atravesara.

Y quería que esa persona fuera Amy, *necesitaba* que fuera ella.

Primero vio las olas dentro del agujero del tamaño de una pelota de playa en el pecho de Sean, y luego gritó cuando vio el sombrero.

Además de Leland, había otras personas en la orilla, a una de las cuales reconoció inmediatamente.

"¡Amy!", gritó, agitándose contra los brazos que lo sujetaban con todas sus fuerzas. "¡Amy! ¡Sal! ¡Sal! *¡Vuelve a mí!*"

Había otros dos en la playa: uno era un guardia de la prisión y el otro era Allan Knox. Robert extendió la mano con lágrimas en los ojos.

"¡Ven! ¡Amy! *¡Amy!"*

Dos manos agarraron los costados de la caja torácica de Sean, pero no eran las manos pequeñas y delicadas de una niña de ocho años. No eran las manos de Amy.

Estaban desgastados.

Y entonces asomó un sombrero negro de ala ancha.

"¡Robert, por favor! ¡Tenemos que irnos! ¡Conozco una salida! ¡Por favor, Robert! ¡Ven con nosotros!"

Antes de que pudiera responder, Leland salió del pecho de Sean y entró en el mundo de los vivos.

Al principio, Robert vio una enorme bestia alada cubierta de escamas gruesas y correosas, garras que llegaban alto, casi hasta el techo que ya no existía. Una lengua bífida, pies como pezuñas.

Pero entonces la bestia se estremeció y volvió a adoptar forma humana. Lentamente, casi de forma mecánica, Leland levantó la mirada.

Y una vez más, fue la cara de Robert la que vio mirándole fijamente.

Sólo su reflejo sonreía, mientras Robert lloraba, llorando por su hija kilómetros más abajo, en una tierra a la que nunca podría llegar.

Epílogo

HACE TREINTA Y UN AÑOS

"**¡Sean! ¡Agarra a los chicos!** *¡Agárralos!*"

Sean no necesitó ninguna aclaración sobre a quién de los diecinueve niños se refería la mujer.

Ella quería que él agarrara *a sus* chicos.

Sean no lo dudó. Entró corriendo en la habitación, animando a todos los niños a levantarse a su paso.

"¡Arriba! ¡Vamos, niños! Tenemos que movernos, *¡ahora!*" Sean no sabía qué tenía que decir para que se movieran, pero su enfoque actual no parecía funcionar; los niños parecían arraigados en su sitio.

No hay tiempo para esto.

"¡Robert! ¡Levántate!"

Sean sabía que, a diferencia de su hermano, Robert odiaba que lo señalaran y, como era de prever, el chico bajó la cabeza cuando se puso en pie y ni siquiera lo vio.

"¡Venid conmigo! Seguidme todos!", gritó la mujer desde la puerta.

Cuando Robert empezó a dirigirse en su dirección, Sean le agarró por el cuello. Luego agarró a su hermano con la otra mano.

"No, por ahí no", susurró Sean. "Vamos por aquí."

Robert levantó por fin la cabeza para mirar a Sean. Tenía los ojos muy abiertos y luchaba contra el agarre de su camisa en señal de protesta silenciosa.

"¿Y mamá?"

Sean giró la cabeza para mirar a la mujer. Al principio, Chloe Black se había opuesto a la idea de reunir a todos los futuros Guardianes en un lugar central, por miedo a que sus meditaciones concentradas alertaran a Leland de su posición. Pero finalmente había accedido, ya que era lo único que tenía sentido desde el punto de vista logístico para Sean; al ritmo al que estaban persiguiendo y matando a los demás Guardianes, no disponían de mucho tiempo: necesitaban entrenar a los niños lo antes posible. Pero ahora, al ver a Chloe de pie en la puerta con los brazos extendidos, protegiéndolos como una especie de gallina madre, supo que ella había tenido razón todo el tiempo.

Su plan había sido demasiado precipitado, demasiado arriesgado.

Demasiado peligroso.

Se miraron a los ojos un instante, y él vio una profunda tristeza en aquellos pozos de color avellana.

Sabía lo que ella quería que hiciera, y aunque Sean había previsto la posibilidad de que Leland los encontrara, nunca había esperado que

ocurriera. Y su mirada le dijo que era hora de poner en práctica el plan.

Un plan que no involucraba a Chloe. Ambos sabían que esta era probablemente la última vez que ella vería a sus hijos con vida.

Una rápida inclinación de cabeza de la mujer y Sean se dio la vuelta, arrastrando a sus hijos con él. Mientras los otros niños salían por la puerta por la que Sean había irrumpido, ellos se fueron por el otro lado.

Al fondo de la clase había un armario, Sean abrió la puerta de un tirón y guió a los chicos al interior. Una mirada por encima del hombro le reveló que los demás ya habían huido del aula. Esperaba que lo hubieran conseguido, que hubieran escapado, pero en el fondo tenía sus reservas.

Leland era un-

"Basta", se reprendió a sí mismo. Robert lo miró mientras hablaba, pero Sean negó con la cabeza. "No, tú no", murmuró.

La habitación era pequeña para los tres, y estaba llena de suministros que parecían sacados directamente de un antiguo decorado de cine. Pero la escalera estaba allí donde la había dejado.

Envolviendo la desgastada madera con las manos, la trasladó al centro de la habitación. Probándolo con las manos, con la esperanza de que aguantara, volvió la mirada hacia arriba.

"Vamos, Robert. Tú primero".

"¿Subir?"

Sean asintió y señaló la rejilla de ventilación en el centro del techo. Ahora le tocaba a Robert asentir. Entonces el chico, tan obediente como era, empezó a subir por la escalera, mientras Sean se sujetaba a los lados mientras temblaba bajo su peso.

Robert deslizó la tapa de la rejilla de ventilación hacia un lado, tal como Sean le había indicado. El chico lo miró entonces y Sean sintió que la poca paciencia que le quedaba menguaba.

Se estaban quedando sin tiempo.

"¡Vete, Robert! ¡Vete!"

Robert frunció el ceño y desapareció por el conducto de ventilación.

Sean se volvió hacia Carson.

"Tu turno", dijo.

Pero, a diferencia de Robert, Carson era más inquisitivo, menos propenso a limitarse a seguir instrucciones sin siquiera una explicación. De hecho, lo único que parecía compartir con su hermano era la misma expresión triste.

"¿De quién huimos?"

Se oyó un grito agudo procedente de algún lugar del pasillo y Sean apretó los dientes.

"¡Apúrate, Carson! *¡Sube!*"

El chico vaciló y, durante un breve y aterrador instante, Sean se lo imaginó reacio a moverse. Y luego le imaginó teniendo que noquearle y subir su cuerpo por la escalera. Sin embargo, para su sorpresa, el chico se puso en acción y le miró mientras colocaba una zapatilla gastada en el primer peldaño y luego en el segundo.

Más tarde me lo contarás todo, dijo la mirada, lo que a Sean le pareció bien.

Si hubo un después.

Cuando el chico desapareció tras su hermano, Sean echó un último vistazo al aula y se dio cuenta de que Chloe había tenido razón todo el tiempo; había sido un error venir aquí. Y lo que les pasara a esos chicos... era culpa suya.

Tragando saliva, subió la tambaleante escalera y se metió en el conducto.

El interior del túnel de aluminio estaba oscuro y olía a tierra, ya que el sistema de ventilación no se utilizaba desde hacía al menos una década.

O tal vez dos.

Una de las primeras cosas que Sean había hecho al explorar este lugar había sido buscar pasadizos como éste, para diseñar rutas de escape, en caso necesario.

Sólo había una: ésta. Este respiradero, por la razón que fuera, era lo bastante grande como para que un hombre adulto como él se colara por él.

Que era lo que hacía ahora.

"Sigue moviéndote hacia delante", instruyó tan alto como se atrevió. "Muévete sobre tu estómago... muévete tan silenciosamente como puedas. En unos quince metros, deberías ver un agujero que baja. Detente frente a él y espérame. ¿Entendido?"

"Sí", respondió una voz mansa. No sabía cuál de los hermanos era el que había contestado, pero tampoco le importaba.

"Entonces vete", animó Sean.

Como una especie de ciempiés humano, los tres empezaron a avanzar arrastrando los pies, y sus movimientos levantaron suficiente tierra y polvo como para cubrir el interior de la garganta de Sean.

Sean sólo había avanzado unos cuatro metros cuando empezaron los gritos de verdad.

El sistema de ventilación silenciaba los sonidos, que habían adquirido una calidad metálica, pero seguían siendo horribles.

Había pocas cosas en este mundo peores que los gritos de un niño, y no había nada peor que diecisiete de ellos gimiendo a la vez.

Y parecían venir directamente de debajo de ellos.

Sean chocó con los pies de Carson, que había dejado de moverse.

Con el corazón acelerado, dio un empujón a la zapatilla del chico.

"¡Seguid moviéndoos! Tenemos que seguir moviéndonos", siseó.

Las palabras llegaron hasta él, rompiendo la monotonía de los gritos.

"¡No hagas esto! Leland, no hagas esto... estos chicos no han hecho nada. Es a mí a quien quieres. Tómame, pero déjalos ir".

Sean oyó reír a Leland.

"¿Dejar que se vayan? ¿Por qué iba a dejarles marchar? ¿No es su objetivo final en la vida sacrificarse? ¿No es eso lo que intentas enseñarles? ¿Hacerles creer que su singularidad, su yo, no significa nada? ¿Que deben renunciar a lo que son? Bueno, entonces, ¡sólo les estoy ayudando en su camino!".

"¡Leland! ¡¡¡No!!!

Incluso en el conducto, Sean oyó el innegable sonido de una cuchilla cortando la tela y la piel que había debajo.

Una sola lágrima recorrió el rostro sucio de Sean.

Maldijo en voz baja y volvió a empujar el zapato de Carson, pero el chico se resistió.

"¡Vete!", sollozó. "Tenemos. Para. Seguir. *Movernos*".

Carson le devolvió la mirada, sus ojos eran lo único visible en la casi oscuridad del enorme conducto de ventilación.

"Es Robert, se detuvo."

Sean rechinó los dientes de frustración e iba a llamar al chico cuando la voz de Leland volvió a filtrarse hacia él.

"¿Dónde están mis chicos? ¡No puedes ocultármelos!"

"Nunca los encontrarás, Leland. Jamás. Tú marcas mi..."

Las palabras de Chloe se vieron interrumpidas por su propio grito.

Luego otra.

Y otra.

"¿Vas a decirme dónde están mis chicos ahora? ¿No?"

Otro grito, seguido del sonido de algo húmedo que caía sobre el duro suelo del orfanato. Sean, que ahora lloraba a lágrima viva, deseaba más que nada estar allí abajo, ayudarla, acabar con Leland.

Pero tenía un trabajo que hacer, un trabajo cuyo único objetivo era proteger a esos dos chicos.

No dejaría que Chloe muriera en vano. Era lo menos que podía hacer.

Sean gruñó y empezó a arrastrarse de nuevo, haciendo avanzar a Carson con su peso. Hacía mucho más ruido del que le habría gustado, pero al menos habían empezado a avanzar de nuevo.

Respirando agitadamente, los gritos de abajo, por horribles que fueran, afortunadamente enmascaraban lo que debía de sonar como un bolo de caja de herramientas abriéndose paso por los intestinos de un gigante de hierro.

Y entonces, cuando llegó al lugar donde Robert se había detenido, se dio cuenta con horror de por qué el chico había dejado de arrastrarse.

Había una rejilla en el suelo del conducto de ventilación, una ventana al pasillo de abajo. Y la escena que revelaba era de pura carnicería.

Los diecisiete niños estaban tumbados en el suelo, con los cuerpos retorcidos en una especie de posición fetal.

Tenían los ojos y la boca casi abiertos. Y todos yacían en charcos de su propia sangre.

Y luego estaba Chloe, tumbada de lado, mirándole directamente.

Su rostro había sido desollado como un asado campestre, su carne reluciente arrancada en tiras como un cordón de queso carnívoro.

Y Robert había visto todo aquello: a su propia madre, por el amor de Dios. Incluso Sean, endurecido como estaba, sintió que se le revolvía el estómago al verlo.

Mirando el rostro destrozado de Chloe, pronunció las palabras *"Te lo prometo*" y siguió adelante.

***

La abertura en el conducto conducía a una sala de calderas, y Sean de alguna manera se las arregló para escurrirse junto a los dos chicos y luego descender a las profundidades. Desde allí, fue capaz de ayudarles a bajar a continuación.

Ya no podía mirarles a los ojos, sobre todo a Robert, sabiendo lo que había visto. En lugar de eso, echó un vistazo a la habitación. La única y solitaria bombilla que había sobre ellos, por insignificante que fuera, era tanto más brillante que el interior del conducto de ventilación que se tomó un momento para orientarse.

Allí.

Sean se acercó a la pared del fondo, consciente de que debía darse prisa, de que en cualquier momento Leland podía irrumpir en la pequeña sala del horno de dos por dos metros y hacerles lo mismo que les había hecho a los demás.

Había un gran filtro de aire apoyado contra la pared, y lo apartó, revelando una abertura toscamente tallada en la pared. Sacó el encendedor del bolsillo y lo introdujo en la abertura, revelando un túnel de tierra que se extendía en la oscuridad.

Sólo entonces se volvió hacia los chicos.

"Por aquí. Quiero que vayas por aquí y corras tan rápido como puedas".

La cara de Robert tenía un tono de blanco que Sean nunca había visto en un ser vivo. Por segunda vez en menos de una hora, pensó

que iba a tener que descerebrar a uno de los hermanos Black y llevárselo consigo. Pero el chico, tan conmocionado como estaba, hizo lo que se le ordenaba, entrando cautelosamente en el túnel antes de romper a correr. Carson siguió rápidamente a Robert, dirigiendo a Sean la misma mirada que le había dirigido en el almacén del fondo del aula.

Un día me lo vas a contar todo.

Y entonces Sean se apresuró tras ellos.

Había recorrido unos cuarenta metros cuando oyó una fuerte respiración a sus espaldas y se dio la vuelta. Sus manos buscaron a tientas a Robert y Carson detrás de él en un intento de asegurarse de que los protegía.

Es ese bastardo de Leland, de alguna manera nos encontró... después de matar a todos los otros chicos, ahora viene por ellos.

Pero habían obedecido sus instrucciones y habían seguido corriendo y sus manos encontraron aire.

"Lela..." Pero dejó de hablar cuando se dio cuenta de que no era Leland.

No podía ser Leland; la silueta era demasiado pequeña para ser Leland.

Sean volvió a sacar el mechero y lo encendió.

Una niña de grandes ojos verdes y pelo rubio se protegía la cara de la luz.

"¿Qué haces aquí?", siseó, las palabras le salieron con más rabia de lo que esperaba.

Se encogió de hombros y se secó las lágrimas.

"Te seguí", gimoteó. "Vi... vi..."

Sean levantó una mano, deteniéndola a mitad de frase mientras meditaba sus opciones. Llevarse a la chica con ellos les retrasaría, reduciría las posibilidades de que alguno de ellos saliera vivo de aquí.

Y por mucho que sintiera compasión por esa niña huérfana, le había hecho una promesa a Chloe: mantener a salvo a sus hijos, pasara lo que pasara.

Y era una promesa que pensaba cumplir.

Sean extendió la mano y la chica retrocedió. Frustrado, se adelantó de nuevo y la agarró por el cuello.

"Lo siento, Shelly", dijo en voz baja. Las lágrimas brotaron inesperadamente de sus ojos. "Siento que hayas tenido que ver eso", sollozó, "nadie debería haberlo visto".

Tiró de ella hacia el otro lado de él, más adentro en el túnel, en la estela de los chicos.

Iba a cumplir su promesa a Chloe; mantendría a los chicos con vida. Pero no iba a sacrificar a esta chica inocente en el proceso.

Ese día había habido suficientes muertes en el Sagrado Corazón

como para toda una vida.

A medida que se adentraban en el túnel, el aire se volvía más delgado, su respiración más fatigosa, y empezó a pensar detenidamente adónde irían en caso de que consiguiera salir de aquí con vida.

Había oído hablar de una iglesia, de un hombre que ayudaba a mantener a los perros callejeros, sin hacer preguntas. En algún lugar lejano.

Un sacerdote, uno con una inclinación por ayudar a los necesitados.

Iría allí, decidió Sean al fin.

Y cuando Robert y Carson Black estuvieran por fin a salvo, sería él quien se encargaría del rastreo.

Leland pagaría; el hombre iba a pagar por lo que había hecho aquí.

Esa era otra promesa que Sean Sommers estaba decidido a cumplir.

FIN

Nota del autor

La Serie Embrujada sigue creciendo en cuanto a su alcance y al número de personajes implicados. Espero que disfrutes del hecho de que he traído a varios personajes de mi *Trilogía de Valores Familiares*, y si lo has hecho, entonces te alegrará saber que puede que también haya algunas apariciones de invitados de mis otras series.

Orfanato del Sagrado Corazón es el penúltimo libro de la primera temporada de la serie Embrujadas. El próximo libro, titulado provisionalmente "**Orillas del tuétano**", será el *final de la temporada*. No es en absoluto el final de la serie, pero representa el final del viaje de Robert, que pasa de ser un contable a un Guardián responsable del destino del mundo. La segunda temporada se centrará en los resultados de sus decisiones, tanto buenas como malas, y en la forma en que moldearon el mundo.

También tengo planes de escribir otros libros relacionados con la *serie Embrujadas*, incluida una precuela que profundice en la relación entre Leland y Sean mucho antes de que Robert estuviera presente. Y luego están Allan y Ben... Podría haber dejado morir a Ben Tristen, alcaide de la prisión de Seaforth, pero me cae demasiado bien. Tanto él como Allan todavía tienen un papel que desempeñar en Robert y su Mundo, pero mientras tanto, también tienen sus propias aventuras en la Médula que me encantaría compartir con vosotros. Hay historias de los malvados de la *serie The Haunted* (Jonah, Michael, James Harlop, el propio Carson) que también podrían ser de interés. Como siempre, estoy abierto a sugerencias... Es decir, escribo mis libros para vosotros, mis lectores, así que si hay algo de lo que os morís por saber, escribidme.

Demasiadas historias, demasiado poco tiempo, demasiado túnel carpiano.

Nos vemos en el Libro 6 de la *Serie Embrujada*. Mientras tanto, tómate algo y acurrúcate con un buen libro.

Y, como siempre, puedes contactar conmigo por correo electrónico (patrick@ptlbooks) o en mi página de Facebook (@authorpatricklogan).

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Patrick
Febrero de 2017, Montreal

Diseño de portada: Ebook Launch (www.ebooklaunch.com)

Edición: Edición de línea principal (www.mainlineediting.com)

Primera edición: Diciembre 2023